

Acad.-II  
Esp- 88

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## Real Academia Española

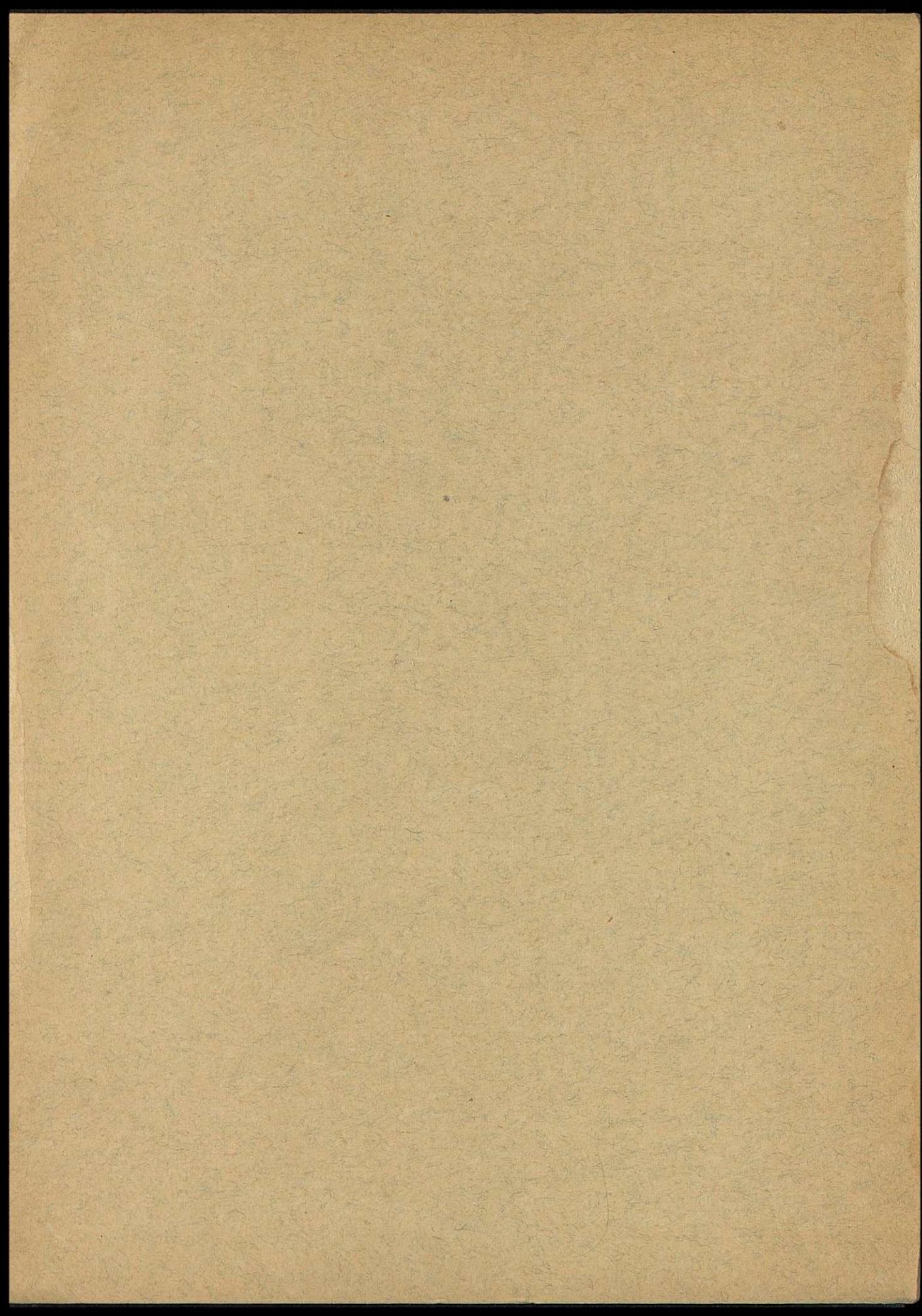
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

D. Andrés Mellado y Fernández

CELEBRADA EL 5 DE MAYO DE 1912



MADRID  
Imprenta LA EDITORA  
SAN BERNARDO, 19  
Teléfono 3.432  
1912



DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. Andrés Mellado y Fernández

1802

Real Academia Española



Imprenta de la Real Academia Española  
1802

R 40692

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## Real Academia Española

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

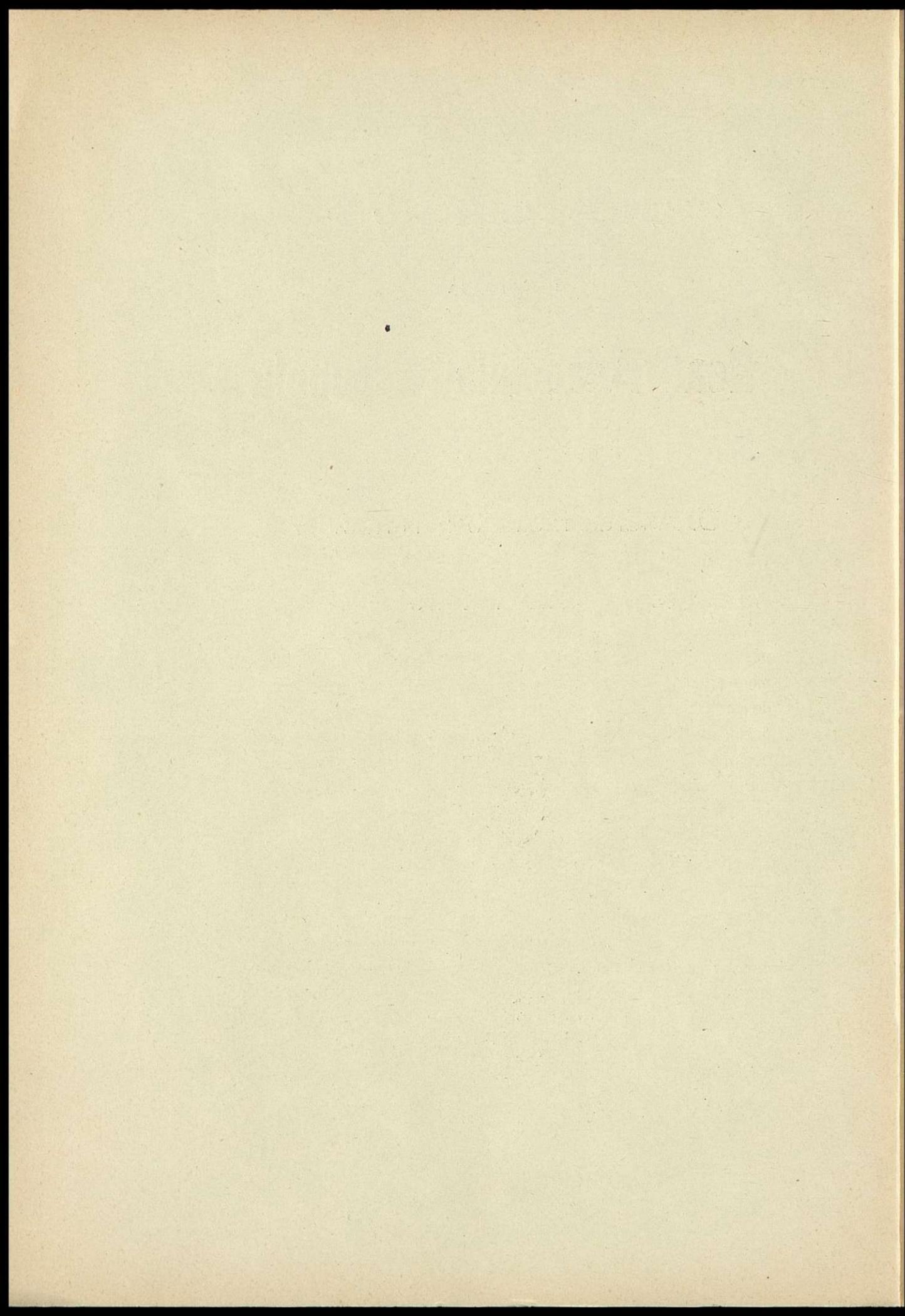
D. Andrés Mellado y Fernández

CELEBRADA EL 5 DE MAYO DE 1912



MADRID  
Imprenta LA EDITORA  
SAN BERNARDO, 19  
Teléfono 3.432  
—  
1912





SEÑORES ACADÉMICOS:

I

V ENGO de la prensa y del periodismo, de la arena candente de las luchas políticas y del rudo batallar de los partidos, con sus entusiasmos y sus desmayos, su férvido anhelo, en busca de lo ideal, sus rectificaciones frecuentes y sus desencantos ásperos y desgarradores. Y al recibir en aquellos campos, donde la pasión impera, la merced tan superior á mis merecimientos con que me enaltecéis admitiéndome en el seno de esta Corporación insigne, no acierta la voz de mi alma agradecida á expresar las hondas emociones del júbilo y del reconocimiento, cuando ya en estas últimas etapas de mi laboriosa y honrada peregrinación por el mundo de los diarios, de la administración y de los Parlamentos —*roto casi el navío—á vuestro almo reposo—huyo de aqueste mar tempestuoso.*

Largos años he vivido en la frontera de los doctos y del vulgo, con los varones de alto ejemplo en las ciencias, en las artes ó en la gobernación del Estado, y sintiendo á la par la viva palpitación de las muchedumbres populares, atormentadas por ansias y desalientos, ávidas de reivindicaciones justicieras, desbordadas á veces, cuando, roto el freno y henchido el nivel, no conocía límite la marea de sus cóleras, y estadizas luego, si el desengaño las mantenía inertes sobre el propio teatro de sus devastaciones. Los hombres de la última generación del si-

glo XIX hemos sido autores, testigos ó víctimas de las mudanzas y transformaciones más profundas de nuestra vida social. Amanecimos á la luz de la inteligencia, bien promediada la última centuria, en días de aparente serenidad, en los cuales, como la *Dama Blanca* de las leyendas del Norte, presagios fatídicos tomaban cuerpo y voz de fantasmas agoreros para predecir la caída de instituciones seculares. Proclamada más que ejercida la resistencia por Gobiernos tan irresolutos como ciegos, contemplamos la Revolución, triunfadora en los espíritus antes que en campal batalla de huestes hermanas y enemigas á la vez; bien definido el éxito por aquella suprema intuición popular que adjudicó los honores y provechos de la victoria al caudillo que no dirigió la contienda ni presenció el combate.

¿Qué éramos entonces los adolescentes escolares de la Universidad, del Ateneo, de las academias, y cenáculos juveniles? Todo en filosofía, menos cristianos: racionalistas, escépticos, soñadores, alucinados, utopistas; todo, en política, menos gobernantes: individualistas, librecambistas, demagogos; lo más incoherente, amorfo y peregrino que puede mover las entrañas y el pensamiento de una colectividad.

Quebráronse los troqueles de lo pasado por la caída del Trono, y España entera quedó, á un mismo tiempo, desconcertada y animosa, sin saber con qué había de sustituir lo derribado, pero sintiendo todos, políticos, filósofos, burgueses y plebeyos la necesidad de construir algo digno del grande anhelo que encendía las almas. Ensayóse, desde la monarquía de derecho divino en las montañas del Norte y de Cataluña, hasta el cantón anárquico en las playas de Cartagena. Todos los sistemas tenían defensores; todas las opiniones adeptos; todos los ideales devotos; ideales, sistemas y opiniones que fueron sellados con sangre, merced á esta noble y triste condición española de afirmar con la muerte lo que imponer no logra con la vida.

Pero aun en los años más tempestuosos, cuando la guerra

señoreaba á hierro y llama la Península devorando á sus hijos más heroicos, cuando á las veces se nos mostraba el horizonte más negro que las noches de nuestras pesadillas y más revuelto el suelo nativo que el mar en los oleajes de los equinoccios, vivió siempre en el fondo de nuestras almas y brilló en las cimas de nuestro pensamiento algo santo, algo entrañablemente querido é idolatrado que no provocó agresiones, odios, ni violencias, sino que antes bien juntó á los parciales de los más reñidos bandos en religión de amor y de esperanza: el culto al idioma nacional. La ola roja que parecía alzarse amenazadora contra la bóveda de los cielos, calmaba sus furores con quietud amorosa ante las aras de Lope y de Cervantes, de Calderón y de Tirso, y hasta de la santa virgen de Avila.

La belleza de la lengua hispana era como la nube luminosa que guiaba al pueblo de Dios por el desierto. Su fulgor en la tribuna, en la cátedra y en la prensa recordaba la llama que la sacerdotisa de Vesta mantenía con brillo perenne sobre los desquiciamientos del mundo romano. No evocaré los nombres gloriosos de varones insignes, gobernantes en medio de la revolución, como Castelar, Ayala, Núñez de Arce, Salmerón y otros cien que con la palabra y con la pluma enriquecieron el habla de Castilla, haciendo vibrar ideas y pasiones novísimas con toda la castiza majestad é hidalga gallardía del patrio idioma; sólo sí he de traer á la memoria cómo los igualaron, y con su estilo compitieron aquellos otros caudillos más extremados en la obra de la destrucción y de la intransigencia implacable.

Aquel preclaro varón que elevaba á dogma político la desmembración de la España histórica, el patriarca venerable del «pacto sinalagmático», D. Francisco Pi, en su prosa diáfana, austera y elegantísima, fué siempre un clásico, un émulo de los más sobrios prosistas del siglo xvii. Roque Barcia, el caudillo de la demagogia cartagenera, recordaba, en medio de aquella anarquía, su Diccionario etimológico, y sometía los sinónimos

á las más severas disciplinas académicas. García Ruíz, jefe y parcial único de la República unitaria, implacable enemigo de la tradición, era un humanista que parecía doctorado en la Capilla histórica de Santa Bárbara del viejo templo salmantino, en los tiempos de Fray Luis de León. Roberto Robert y Ramón de Cala daban paz á la piqueta demoledora para rendir culto, aquél á Quevedo, y estotro á Melo y Hurtado de Mendoza. D. Eduardo Benot, jacobino impenitente, paladín, hasta sus últimos honrados días de una renovación de todas las instituciones, fué un verdadero dictador de la sintáxis, de la prosodia y de la ortografía. Atestiguo, como véis, con muertos, para no hablar de los supervivientes, pues me vería tentado, al volver á tiempos recientes, encontrar bravas y llameantes rebeldías que deben más que á nada su aura popular al arte maravilloso con que supieron escalar las cumbres de la novela y del teatro y poner de manifiesto en libros memorables el heroísmo de la raza y la hermosura de su lengua.

Harto conoce quien de la cultura tenga al menos sospecha ó indicio, que la gloria de un pueblo se funda igualmente sobre la excelencia de sus actos y sobre la elocuencia de su palabra. No hubo en el mundo nación segura y celosa de sus destinos que no pusiera empeño y brío en colocar su verbo en el punto y ápice de la perfección, pues siempre fué natural codicia de las razas superiores refinar y extender el arte y uso de sus idiomas á la par que las leyes y los límites de sus imperios. Don divino es el don de la palabra, y el más noble y útil de cuantos se nos otorgan para ejercicio y ministerio de la razón. Bien lo estimaron los prudentes y esclarecidos varones del siglo de oro, los que subieron la lengua castellana al nivel de la griega y latina, los que alzándose del haz de la tierra, tanto por la palabra como por la espada, arribaron los primeros, no sin angustia ni aspereza, al asiento firme de la inmortalidad.

De todas las señales de cobardía y decadencia que se ad-

vierte en los pueblos abatidos, ninguna tan bárbara y tan triste como el desprecio de la lengua materna; pues, ¿cómo ha de mover la mano espadas ni timones, ni gobernar el pensamiento con justicia y pulso las inquietas muchedumbres, si es tímido y torpe el instrumento de expresión, el habla, que es al espíritu del hombre lo que á la flor el aroma y al cielo la luz; el habla que, cuando los imperios caen, y las generaciones mueren, y las historias se olvidan, y todo es polvo y silencio de sepulcros, todavía sabe guardar en un pedazo de piedra ó en un trozo de papiro la esencia, el alma de lo que fué y vivió, y arrancarle á la muerte sus callados secretos?

Viva estará la Patria y en plena madurez el genio nacional mientras persista en su corazón el fuego sacro del viejo «romance paladino». ¿Qué es el culto al idioma sino el culto al espíritu de la raza? Al través de todas las transformaciones, de todas las violencias, de todas las catástrofes, perdura el amor de la lengua nativa y, con ella, permanecen también los rasgos característicos de nuestra psicología popular.

Fácil nos sería descubrir por dentro de las costumbres, oficios, vestimentas y caracteres del día, bajo relieve del más jactancioso modernismo, personajes vivientes de la novela, del teatro y de la historia toda de nuestros siglos clásicos. ¡Cuántas veces en un fiero jacobino alienta no más que el furor intransigente de un viejo inquisidor! ¡Cuántos, entre los que abominan de los usos bárbaros de la Edad Media, si se sienten heridos en el puntillo de honra, apelan á retos y desafíos caballerescos y someten la querrela al dramático juicio de Dios, sin tener un Dios en quien creer; y cuántos apologistas del amor libre, enemigos del matrimonio como sacramento, si tienen leve sospecha de un atentado á sus uniones amorosas, aunque no estén consagradas por la religión ó por la ley, se vindican como D. Lope de Almeida, D. Gutierre Alfonso ó cualquiera otro de los terribles maridos calderonianos!

Bajo la España nueva palpita la España secular, el grande cimiento de la estirpe, con sus ideas y sentimientos fundamentales vinculados en el idioma: ¡si hasta en la expresión vehementemente y sincera de los ideales del siglo resucitan la forma, la pujanza, el acento familiar de los antiguos clásicos, merced al influjo sentimental de la palabra hecha carne y espíritu!

Aquel donoso y elegante cincelador del habla castellana, D. Juan Valera, dijo sobre este punto que «existe la identificación y unificación del espíritu y del lenguaje nacionales, porque el idioma es uno mismo con el alma; es la emanación, su verbo. Por manera que donde decae el idioma bien se puede afirmar que el genio nacional decae, y donde el habla se ha enriquecido con grandes é inmortales obras, y guarda su pureza y su hermosura, el espíritu nacional cuenta con esperanzas de vida imperecedera.»

Ello es tan evidente, debo añadir, señores Académicos, y es casi ocioso el decirlo, que la raza no está circunscrita al viejo solar, sino que alienta y se derrama con ímpetu en los países traídos á la civilización por nuestros insignes antepasados; de tal modo, que casi parecen más *nuestras* y familiares aquellas tierras, separadas por el mar, donde perdura el verbo cervantino, que estas otras, pedazos de la entraña y del corazón, donde se cierra el labio y el oído á los acentos de la dulce lengua castellana. Pues como afirma Curtius, al hablar de los Helenos, la lengua es lo que al través del tiempo y del espacio aproxima y reúne cuanto pertenece á la historia de un pueblo en el amplio sentido de la palabra. «Una vez formada la lengua, dice el historiador germánico, ejerce sobre el pueblo en general, y sobre cada uno de sus miembros, una poderosa influencia; porque cuanto más perfecto es el organismo de un idioma, está en cierto modo obligado quien de él se sirve á ordenar más lógicamente su pensamiento y á precisar sus ideas. A medida que se apropia ese rico tesoro de palabras, se ensancha el círculo

en que se mueven su imaginación y su inteligencia; á medida que aprende la lengua, le conduce ésta por grados á las más elevadas esferas del entendimiento; el deseo de dominarla completamente es un aguijón que jamás se embota, y, al mismo tiempo, mientras aquélla despierta y desarrolla en el hombre la vida del espíritu, mantiene entre el individuo y la Patria esa cohesión, esa solidaridad cuya expresión suprema es el idioma mismo.»

Con más vigorosa expresión señalaba hombre de sentido tan práctico y utilitario como fué el príncipe de Talleyrand este alcance transcendental é invencible del idioma, en su Memoria de 1794 dirigida al Instituto, trazando observaciones y juicios sobre su viaje á América del Norte, á los diez años de la independencia, vivos aun los agravios de una guerra feroz y cruelísima. «Ninguna ponderación, dice, será excesiva para calcular hasta dónde llega la influencia de la identidad del idioma. Cuando dos países hablan el mismo lenguaje se mantiene en ambos un carácter común que facilita y afirma sus relaciones y hace que los de cada uno de ellos crean hallarse en su casa cuando viajan y visitan la patria de los otros».

«Cambiarán, añade, con recíproco agrado la plenitud de sus pensamientos y toda la discusión de sus intereses, en tanto que se alza una barrera insuperable entre pueblos de diferente lengua que no pueden pronunciar palabra sin advertir que no pertenecen á la misma patria. Entre ellos toda transmisión del pensamiento es un trabajo fatigoso é ingrato; no logran jamás entenderse del todo, y al cabo de esfuerzos vanos llegan á encontrarse mutuamente ridículos. En todas las partes de América septentrional por mí recorridas, no he visto un solo inglés que no se tuviera por americano; y en cambio no hallé francés alguno que no se considerara como extranjero.»

Bien pudiera traer citas copiosas y elocuentes para añadir autoridad á mis humildes asertos; mas prefiero en este caso

romper el dique al sentimiento propio sin procurar los no difíciles arreos de erudición prestada. Cuanto más que la lengua castellana es testimonio vivo y perdurable del alto espíritu de la raza española, y algo así como la flor y nata de nuestro ingenio, de nuestra cultura, de nuestro carácter tradicional. Templado fué este idioma, valiente y duro; en los recios yunques de la guerra, al son de los martillos y á la par que las hojas de las espadas; fundido también con los bronces sonoros de las primeras catedrales; áspero y rudo, en aquellas gestas varoniles, como los versos del Poema del Cid. Nacido y creado en las entrañas del pueblo sin más afeite que el ímpetu natural, rodó de labio en labio y de risco en risco, entre el galope de los caballos y el zumbido de las ballestas, aprendiendo la música bárbara y sublime que luego había de escribir en las páginas del Romancero. Tanto creció la lengua peregrina, que, apenas llegada á su arrogante mocedad, le fueron abiertas con grande honor las puertas de los palacios, los claustros de los monasterios y las aulas de los doctos, y supo entonces rivalizar con su madre, la altiva matrona del Lacio, en los libros de las leyes, y adular el oído de las damas con el blando acento de las dulces galanterías. Y en llegando los siglos de oro se alzó á la cumbre de la grandeza y de la gloria con tanta majestad, que para hablar con Dios, debidamente, era preciso conocer las páginas del maestro Granada y de Santa Teresa de Jesús. Todavía, en medio de los desastres de nuestro siglo, esta lengua, noble expresión del alma de cien millones de seres, constituye nuestro mayor y más ilustre título de honor y de esperanza... ¡Sí! ¡Todavía el espíritu español vuela como las águilas sobre las cumbres, y pasa por encima de los mares, y se remonta hasta los cielos con resplandores divinos, merced á la virtud y eficacia de este noble instrumento, que fué de hierro y se tornó de oro, gracias á la elocuencia y excelsitud moral del pulcro y elegantísimo idioma castellano!

Imaginad, pues, señores Académicos, cuál no será mi gratitud á vosotros—sacerdotes de este templo, custodios de esta herencia, artifices de esta joya—al verme admitido entre los consagrados á su culto, guarda y conservación. No extrañéis que al franquear el atrio me detuviese como deslumbrado y sobrecogido; porque desde los campos bulliciosos que atrás dejé á este apacible seguro, donde la Inmortalidad enciende sus aras, hay un tan grande espacio, que fuera menester para medirlo otra palabra más robusta que la mía.

Más diligentes os mostrásteis vosotros al otorgarme la merced que yo en venir á recibirla de vuestras manos; pero no achaquéis la tardanza á los desmayos de la indolencia; me intimidaba, al acercarme á estos umbrales, el temor reverente de las glorias próceres que aquí fundaron hogar y casa solariega; pasáronse los días entre vacilaciones propias de mi cortedad y perplejidades de quien se ensaya en trabajos superiores á sus habituales ejercicios...

No hallo modo de ponderaros mis largas incertidumbres sin apelar á muy excelsos protagonistas de menos fundadas timideces. Todos sabéis un tierno episodio en que intervienen Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Habían recibido la encomienda de escribir el oficio para una de las más altas solemnidades de la Iglesia católica. Tocó leer primero su escrito al Angel de las Escuelas, y así que hubo terminado adelantóse San Buenaventura, con grande humildad, y enseñó, rotas, las páginas que antes trazara. Si fuese lícito á pecador como yo imitar la conducta honestísima del Santo, bien pudiera presentar aquí en montón copioso los fragmentos de mis estudios malogrados ante la lectura de tantas obras maestras de muchas académicas recepciones.

No corre igual suerte el que ahora leo, pues me persuade á respetarlo el deseo de no parecer ingrato ni tibio á el alto favor que me concedéis. Tal como soy, me elegísteis; tal como

soy he de presentarme. Del periodismo salgo, y como periodista escribo con espontaneidad, con pasión, sin duda con incoherencia, que así modeló mis hábitos de prosista la labor de muchos años, al trazar todos los días alguna página de *omni rescibili et quibusdam aliis*. Harto habréis advertido en la llaneza de mis palabras que no pretendí elaborar un discurso, sino antes bien, conforme á mi oficio y mi linaje, trazar unos artículos mal hilvanados—miscelánea, juntura ó taracea—que á lo menos tuviesen el donaire de lo familiar y pintoresco, y, como ahora se dice, de lo *vivido*. Sea, pues, mi propósito como un acto de humildad y á la vez de profunda reverencia hacia vosotros los que sabéis entallar con mágicos cinceles el eterno mármol de nuestro idioma.

## II

COMO es deber ritual, y en este caso obligación gratísima, devoción que del alma sale, evocar el recuerdo del último predecesor insigne en la silla á mí destinada por generosidad vuestra, permitidme que lo que pudo ser en un exordio alusión piadosa á la memoria de aquel esclarecido compañero, sea tema único de estas páginas mías.

Disertaré, pues, sobre la personalidad literaria y política de D. Francisco Silvela, una de las figuras más interesantes, más nobles y más pulcras de nuestra época, aun para los que militamos en opuesta grey política; varón eminente que brilló en la tribuna, en el foro y en las letras con lumbré que apenas alcanzaron dos ó tres de los más altos lumináres de sus tiempos; que desplegó en los negocios públicos una originalidad, todavía presente en el partido de su antiguo mando, que llegó por dere-

cho propio á las cimas del Poder donde esperan á los escogidos cuantos halagos sueña la humana vanagloria; y, que, cuando todo lo tuvo y de todo logró los privilegios, con imperial desdén, con resolución ascética, como si en aquellos vértices olímpicos sintiera su espíritu selecto las erosiones de la impureza, abdicó de todo sin combate, sin enemigos, sin odios, con una sonrisa que embelleció sus dolores, desilusiones y repugnancias, y que, á semejanza de las grandes puestas de sol, dejó en cuantos le contemplaron sombras oblicuas y prolongadas de tristeza.

Hallo singular impulso para rendir este homenaje á la memoria honrada de un muerto ilustre, no ya sólo en el ejemplo de la Academia Francesa, sino más todavía, en el deseo de apartarme del afán y prurito introducidos ahora en nuestras costumbres de glorificar á los vivos sin aguardar el término de su carrera en el mundo, con usurpación de los derechos de la historia.

No condeno que cada cual ponga su admiración donde se le antoje, y aun añado que hasta una media docena de contemporáneos han merecido en vida esos magníficos honores. De ellos diré, como el buen gobernador de la Barataria de los médicos sabios, prudentes y discretos, que los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. ¿Pero no ha de ser permitido, si se ha de decir lo que se siente, el dolernos de que no pase día sin holgorio ni bullanga panegíricos de cualquier superhombre de campanario ó eminencia de pan llevar? Homenajes deambulatorios ó peripatéticos que interrumpen el curso de la vía pública y alborotan la vecindad con pendones y charangas; homenajes lapidarios en que el tiempo borra justiciero ó piadoso el nombre inscripto en las paredes, del cual el transeunte ó nada sabe, ó más vale que nada sepa; homenajes escultóricos con suscripciones populares espontáneas, en que el pueblo no es otro que una junta de pretendientes, caciques y familiares; homenajes gastronómicos, que, salvo pecado de gula,

suelen ser los más inocentes, si el festejado tiene fortaleza gástrica bastante para hacer compatibles los manjares con las angustias del embotellado discurso de sobremesa... y qué se yo cuántos más.

La inventiva trabaja en vano por hallar nuevas manifestaciones á las apoteosis, y no puede menos de exaltarse el espíritu ante el contraste de ver glorificadas tantas vulgaridades mientras cubre el olvido tantas glorias fenecidas.

¡Cuán pocos se acuerdan, fuera de este recinto, de aquel hombre modelo de finura, de ingenio, de lealtad, de cultura y desinterés que se llamó D. Francisco Silvela; de aquel maestro del buen decir, de quien tanto hay que aprender; de aquel patriota que encarnó en los días tristísimos de un desastre consumado sin su culpa los grandes alientos, las poderosas iniciativas, las vacilaciones tormentosas, los éxitos y los desencantos de los luchadores de nuestro tiempo! Vive su memoria en algunos de sus leales; y vive, sobre todo, en el hogar santo donde la digna compañera de aquel hombre sin tacha ofrece todos los días en los altares del recuerdo la ofrenda de su dolor y de sus lágrimas. Pero en el revuelto palenque de la política, donde él combatió con tanta nobleza por adecantar nuestras costumbres públicas, por encaminarnos á la comunión de la vida internacional, por defender, ante propios y extraños, el buen nombre de la patria de una insolencia afrentosa, allí una niebla gris de indiferencia ó de injusticia va cubriendo la memoria del gran gobernante...

¡Ah, la política! En ella milito, señores Académicos; á sus luchas dediqué mi vida entera; pero yo no sabré deciros qué especie de monstruo devorador, qué pérfida sirena es ese amasijo de pasiones que bautizamos, subvirtiendo el sentido etimológico, con el nombre de política. ¡Bien se venga cruel y rencorosa de las mordaces ironías con que él la flagelara, de los cauterios que aplicó sobre su carne pecadora! ¿No se

llegó recientemente á disputarle un acta al heredero de aquel apellido glorioso en el mismo distrito que el padre destacó del mapa electoral de España con la luz de su nombre, tachándole sólo el ser de la familia? Tal vez la vehemencia de mis palabras suene con acritud en un recinto donde ha vibrado siempre con mesura el tono de la templanza. Pero ya os dije que periodista soy, y si al periodista le quitáis la pasión de lo justo, suprimís su personalidad entera.

Mas aun para este asunto que abordo logré poca fortuna. Hecha está ya la alabanza necrológica de D. Francisco Silvela, y de mano maestra, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas; el Sr. Sanz Escartín hizo obra tan acabada y singular, que sólo me corresponde admirarla y encarecerla.

Pero entre las dos lindes que el género biográfico tiene, desde la sobriedad de una lápida funeraria con un nombre y dos fechas, la del natalicio y la del óbito, hasta la prolijidad hiperbólica á que alude el personaje moratiniano en aquella vida del obispo electo de Mechoacan, con un tomo para cada año—¡y nada menos que ochenta y dos bien colmados alcanzó el buen Fray Serapión de San Juan Crisóstomo!—hay margen discreta para que yo pueda recordar algo interesante de los distintos períodos en la vida del hombre á quien estos apuntes se consagran. También he de prescindir del sistema, muy en boga entre autores modernistas, de buscar en las raíces genealógicas, por misteriosos determinismos atávicos, la explicación de las virtudes ó defectos, sistema, según el cual, quedan los hombres despojados de todas las prerrogativas de la voluntad y del juicio, y así, cualquier rasgo singular de la vida de un contemporáneo corresponde á algún tatarabuelo remotísimo que guerreó con los moros, y cualquier flaqueza, si la hubiere, resulta herencia fatal de alguna damisela del siglo XVIII, destemplada de nervios y entreverada en la ascendencia del biografiado. Apartándome de extremos, igualmente peligrosos, escogeré de la vida fecunda y brillante de

D. Francisco Silvela cuanto tiene relación con la esfera literaria y artística, que es, en definitiva, lo que de tan culto espíritu puede ser más grato á esta Academia.

Cuando Silvela, adolescente, pisó los umbrales de la Universidad, alcanzaba aquella docta Casa esplendores que acaso no han vuelto á amanecer. Henchida el aula, bulliciosos los alegres claustros, llenos de ardor maestros y discípulos, brotaba de allí un entusiasmo fervoroso por cuantos ideales pueden orientar la vida de los hombres; de este ardentísimo crisol salieron casi todos los personajes que han gobernado á España durante medio siglo. Si la juventud es, según frase de Lamartine, genio en flor, grande cosecha se preparaba entonces en el viejo caserón de la calle de San Bernardo. Había en aquel recinto algo independiente del estruendo y alegría de la mocedad; todas aquellas cabezas juveniles en que la moda del día exageraba un poco la elegancia de la melena, estaban nimbadas por la esperanza; nacía la fe en las conciencias y la ilusión en los corazones; se creía con ímpetu en los destinos de la Patria, en su gloria inmarcesible, en su espléndido porvenir, y hacia su conquista parecía encaminarse la estudiantil legión sin los desmayos, perplejidades y pesimismo que las generaciones sucesivas, sobre todo las que en plena razón presenciaron el desastre, evidencian hoy en su postura de combatientes. ¡Líbreme Dios de comparar la juventud de entonces con la de ahora en demérito de ésta! La juventud es una y la misma, la flor y el orgullo de una raza, el lozanísimo renuevo de la vieja y gloriosa estirpe. Mas por ser flor no es insensible á las modificaciones del ambiente, y es natural que la atmósfera de esperanzas rosadas de la juventud en que figuró Silvela no sea la misma que el escarmiento ha formado en torno nuestro, cuando ya son realidades tristes las ilusiones de antaño y muy otras las influencias mundiales que vienen á completar nuestros graves problemas interiores.

Los krausistas, con D. Fernando Castro y Sanz del Río, recién llegado éste de su viaje á Alemania; los hegelianos, con el insigne maestro D. Francisco de Paula Canalejas; los ultramontanos, con Cafranga y D. Vicente de la Fuente, el historiador de nuestras Universidades; los jurisconsultos clásicos, bajo la inspiración de los tratadistas de derecho antiguo con Colmeiro, Comas y D. Benito Gutiérrez; los economistas, con Madrazo y Figueroa; los líricos del Renacimiento, con Bardón y Camus, sacerdote de Horacio; los demócratas con Castelar y Moret, á la sazón discípulo y maestro, hacían de la Universidad que alcanzó Silvela una colmena bullidora, activa, infatigable, donde radicaba el germen de cuantos sistemas políticos se ensayaron después.

Entre todos aquellos grupos y escuelas pasó el escogido espíritu de mi antecesor académico, por don providencial observador sagacísimo, más atento á las realidades de la vida que á las falacias de los ergotismos y al boato de las propagandas. Por su ingenio despierto, por su atractivo natural, debió de tener grandísimo ascendiente sobre sus camaradas, pues algunos recuerdan que, entusiasmados una vez de cierta conferencia que les diera en clase, la imprimieron en homenaje al compañero esclarecido. Era ya entonces lo que luego acreditó en tan alto grado: un hombre pulcro, mundano, elegante, tal vez poco expansivo, pero de continuo jovial; y gustó, según dije, en edad temprana, como predestinado del éxito, la miel de esas publicaciones que edita el entusiasmo de un partido cuando el jefe hace obra capital de elocuencia en la tribuna parlamentaria.

Sus compañeros, que le veían pasear en salones, asistir á teatros y lucir, no obstante, en el aula, decían entre maravillados y envidiosos: ¿cuándo estudia Silvela? Y Silvela estudiaba siempre, más los hombres que los libros, al principio, y después acaso más los libros que los hombres, cuando conocidos éstos nubló su alma la desesperación que dió á su muerte un hondo matiz crepuscular.

Licencióse en Derecho antes de los veinte años. Quizá el verse juriconsulto en edad que parece incompatible con el don de consejo y con la austera rigidez de los cánones jurídicos, le inspiró algunos epigramas, ya populares, sobre la abogacía y los españoles; mas no sin sentir y comprender, como pocos, la dignidad de la profesión. Joven, ingenioso, elocuente y letrado, no sorprende verle aparecer con brillo en la Academia de Jurisprudencia allá por el año de 1863. La Academia de Jurisprudencia era la prolongación de la Universidad y la más resonante tribuna abierta á la juventud que no podía llegar al Parlamento.

No estaba aún promulgada la vigente ley orgánica del Poder Judicial. Los Ministros de Gracia y Justicia repartían varas y fiscalías á su talante, sin otra condición que la de que el favorecido fuese Letrado. No había en las leyes cortapisa para la omnipotencia ministerial. Los Académicos jóvenes que por elocuentes, audaces ó diestros en la polémica *caían en gracia* á los prohombres, más asiduos éstos que ahora en presidir las sesiones de la Academia, veíanse súbitamente convertidos en jueces, fiscales ó covachuelistas privilegiados. Huelga decir cuán poderoso estímulo para la controversia constituía semejante cebo; mas era harto vulgar para que tentase los apetitos de un tan cabal ingenio; antes al contrario, experimentó siempre Silvela una aversión á la nómina, muy explicable en quien se siente con bríos para emanciparse de esta adocenada servidumbre. Prueba evidente de ello fué que, habiendo obtenido en brillante oposición una plaza en el Consejo de Estado, al frisar en los veinte años, la renunció á los veintitrés para atender á su bufete, cada día más próspero.

La época de mayor actividad de Silvela en la Academia de Jurisprudencia osciló entre los años de 1862 y 1875; es decir, durante el período en que ocurrieron los sucesos de *La noche de San Daniel* (10 de Abril de 1865), el levantamiento del 22

de Junio de 1866, la revolución de Septiembre, el golpe de Estado del 3 de Enero de 1874, etc., etc. El último Gobierno moderado juzgó, en 1865, á tal punto hostil y demagógica la Academia, que la clausuró al día siguiente de San Daniel, y para que volviese á abrir sus puertas nombrósele de R. O. una Junta de gobierno. La destituida por los moderados no volvió á constituirse hasta Octubre de 1868. Desde los sucesos aludidos, durante los cuales la represión del Gobierno contra la algarada estudiantil recrudeció las pasiones políticas, hízose en la Academia de Jurisprudencia mucho más ardiente la lucha entre los elementos liberales y los que entonces se apellidaban neocatólicos. En el modesto piso bajo de la casa que hoy ostenta una lápida á la memoria del primer Marqués de Urquijo, en la calle de la Montera, riñeron batallas descomunales de un lado los tradicionalistas y del otro los defensores de las nuevas ideas, llegando ambos á términos de viva exaltación y cólera.

Silvela, en tanto, ya por temperamento, ya por lo holgado de su casa, ó más bien por el dominio de la voluntad, aparecía siempre sereno, plácido, ecuánime, sobre el hervor de las polémicas y los tumultos. Púsose al frente del bando liberal desde el primer momento, y la influencia que ejercía sobre la juventud universitaria acrecentóse en la Academia, merced á la superioridad de su ingenio, su saber y su palabra, sin que por ello se mostrase nunca orgulloso ni altivo, pues una de sus preciosas cualidades era la sencillez. No habían llegado aún los días exuberantes y los tiempos sublimes en que los jóvenes intelectuales se congregan para cantarse mutuas alabanzas, ni se llevaba á los periódicos el nombre del incipiente orador, del literato novel, encumbrado sobre las más sonoras hipérboles.

No quiere decir lo arriba apuntado que la Academia de Jurisprudencia fuese entonces una especie de club político donde únicamente resonasen, bien que dignificadas por el talento, las candentes controversias de la plaza pública. Antes por el con-

trario, debatíanse en aquel humilde local arduos problemas de derecho, interviniendo en las discusiones Ramón Nocedal, López Puigcerver, Moret, Moreno Nieto, Alberto Aguilera, Chico de Guzmán, Alvarez Guerra, Gamazo, Liniers, León y Castillo, Balbín de Unquera, Díez Macuso, Martos y otros muchos que, brillando como notabilidades en la política y en el foro, ilustraron nuestra época.

Silvela emuló á los mejores, y por ninguno fué sobrepujado. Ya desde entonces su frase, limpia y flexible como el acero, correcta y fina aun en los momentos de pasión, dejaba adivinar al gran orador futuro de las Cortes españolas. Todas las cuestiones objeto entonces de discusión ofrecían vasto campo para sostener las más contrapuestas ideas. Reaccionarios y liberales extremaban la nota cuanto podían; aquéllos con el culto á lo pasado, y éstos con el acicate de la revolución, que ya flotaba en la atmósfera y por doquiera se presentía.

En tan modesto hogar de la ciencia, reducido de espacio y corto de adornos, se formó para su oratoria preclara D. Francisco Silvela. Allí, á la cabeza del grupo liberal, que sin ruidosas manifestaciones tenfale por jefe, derrochó tesoros de ingenio y juicios de atinada crítica, que en breves pensamientos y bajo forma anecdótica recogieron y recuerdan los pocos supervivientes de aquella época tan llena de entusiasmo y tan extraña á los pesimismos que más adelante pusieron un fruncimiento de pensador amargado en la espaciosa frente del político y del gobernante.

Las atenciones de la vida pública le alejaron al cabo de aquel teatro de sus primeros triunfos, no para perder relieve su figura, sino para adquirir líneas más enérgicas, planes más salientes, pedestal más alto, desenvolvimiento, en fin, de estatua tallada para la inmortalidad á prueba de inclemencias del tiempo y de injurias de los hombres.

Y al llegar á este punto parece obligado pasar á un estudio,

siquiera sea breve, de la personalidad de Silvela en la oratoria parlamentaria, arte para el cual esta ilustre Casa reservó siempre con justicia altísimos honores.

### III

EL persuadir á los hombres, el convencerlos para que adopten reglas, leyes, preceptos y cánones que hagan grata y apacible la sociedad, y lograr que el derecho á vivir juntos no sea un combate, sino armonía y pacífico desarrollo, es el papel adecuado de lo que llamamos oratoria política. Importa poco que el punto de reunión sea el templo, el bosque, el foro, el campo de Marte, el antiguo ó el moderno Senado, el Congreso de Procuradores ó la Cámara de Diputados, este Concilio ó aquellas Cortes. El sitio donde se hable á las gentes congregadas para definir el derecho, es indiferente. Lo extraordinario é importante es el orador, *vir bonus dicendi peritus*, hombre inspirado, rico en ideas, de reputación intachable, fácil y armoniosa facundia, que se destaca del grupo, destruye las rutinas tradicionales, las preocupaciones de raza, los prejuicios científicos y convence y persuade á todos.

Vehículo de este misterioso poder es la elocuencia, que al perfeccionarse y ennoblecerse constituye un género literario digno, augusto, de irresistible majestad, en el cual el idioma se fija, enriquece, acrisola, adorna, ensancha, criba, perfecciona y purifica. Por eso la oratoria no sólo sirve para domeñar y someter siendo catapulta de voluntades y ariete de resistencias, sino que interpretando con escrupuloso contraste, vertiendo á puñados razonamientos y volcando á raudales ideas, adquiere por el uso que la imitación impone, por el hábito que todo lo

acicala y atilda, la noble cualidad de género literario por excelencia, ya que al multiplicar las palabras ensancha las ideas y con ellas las inexploradas extensas regiones del espíritu. Cada vocablo que se inventa es un nuevo matiz que el alma adquiere para expresar ideas y sensaciones.

Por este concepto y razón, la oratoria parlamentaria cae debajo de la esfera de la Academia, y justificado se halla que ésta busque entre los oradores políticos los de más aquilatada valía.

La elocuencia, sin embargo, es manjar que ha de gustarse en vivo y sangrando en plena existencia, de la cual el recuerdo y la memoria no son más que recuerdo sin semejanza y retrato sin parecido; la historia de la humanidad está llena de discursos casi indecifrables para los hombres de la edad presente. ¿Qué importa que una adulación póstuma los haya impreso? Falta el nervio de la énfasis, la música de la voz, la contracción artística del gesto, la mirada que subyuga, suplica ó atrae, la energía que les diera agitándose ó plegándose los brazos y las manos; un dedo que señala al enemigo, un puño que amenaza al adversario, son y serán ademanes que no pueden transmitirse por medio de la imprenta ni por cualquier otro medio representativo. El arte pictórico no ha logrado todavía comunicarnos ni sacar del sepulcro un sólo mohín desdeñoso de Cicerón ó una mirada fulgurante de Demóstenes. Pocos pueden conmoverse leyendo á esos grandes oradores en sus obras muertas, verdaderos cadáveres, testigos de una vida acabada; faltan el teatro, la decoración, el actor, el público, la vida y el momento psicológico en que se pronunciaron. La mayor parte de las oraciones recogidas por la piedad literaria aparecen como flores secas que el tiempo marchitó, incapaces por su deterioro de dar idea del perfume que tuvieron y de los colores que abrigaron sus pétalos.

La ciencia, el estudio, son aditamentos que adornan la elocuencia, pero que no aumentan su valor; puede la ciencia huir

asustada de los cuasi umbrosos pórticos de las Asambleas populares; el público no advierte tales ausencias; un diputado, un senador, es árbitro de desarrollar las teorías más disolventes y desatinadas; nadie suele pedirle cuentas por los extravíos de la imaginación ni por los dislates de su ignorancia, pero si el orador llega á cometer una falta gramatical, si pervierte la eufonía de los vocablos, prostituye la sintáxis, se hace reo de una *concordancia vizcaína*, la corriente eléctrica se interrumpe, el concurso se alborota y el desatino léxico ó prosódico, ortográfico ó sintáxico, queda flotando en el aire como un pregón de ignominia que acompaña al superhombre hasta la huesa.

Este afán del público por apreciar lo estético y lo literario de la oración por encima de su fondo científico ó filosófico, influye ó debiera influir en el idioma hasta el punto de justificar el aforismo inglés de que la lengua adquirió su perfección por los oradores del Parlamento.

Mas aunque exagere mucho el optimismo más complaciente, no me atrevería á extender tal afirmación hasta la diaria y habitual elocuencia indígenas, donde asistimos, con raras excepciones, á una insurrección permanente contra las leyes del idioma y de la preceptiva.

Ocurre ciertamente en España la contradicción estupenda de que siendo incalculable el número de los que peroran en público, declaman y arengan, acusan ó adulan con frase altisonante, y brotándonos los discursos á la vuelta de cada esquina, en los teatros, juegos de pelota y hasta en las huertas, donde les nacian los dioses á los egipcios, esta es la tierra en que hay menos oradores. Porque, decidme: ¿en cuántos de los de cartel y de aquellos á quienes sin la dignidad cardenalicia apellidamos «eminentes» hallaremos, como pedía Cicerón, «la agudeza de los dialécticos, las sentencias de los filósofos, la memoria de los jurisconsultos, la voz de los trágicos y el gesto de los mejores actores?» Ciertó es que el sumo maestro Tulio, después de

señalar esas dotes que acreditaran el título, añadía «que nada hay más raro y difícil que hallar en el género humano un orador perfecto».

Y ya una vez citado el inmortal orador romano, aun rehu-  
yendo el hacer comparación entre los retóricos antiguos y nues-  
tros tribunos del pueblo, me habréis de perdonar que ceda á la  
tentación de traducir unos cuantos renglones de Tácito sin darles  
trascendencia ni aplicación especial alguna. El autor maravil-  
loso de los *Anales* ponía en los labios de *Messala* estos con-  
ceptos al disertar sobre el estado de la oratoria á fines del siglo  
primero de la era: «Los charlatanes de hogaño deponen en sus  
discursos las heces de las conversaciones más vulgares; caen  
en los errores más groseros y más chocantes. No conocen las  
leyes ni las *senatus consultus* del derecho civil. Trocándolo y  
mutilándolo todo, prescinden de la moral y del estudio. Así re-  
ducen la elocuencia á un círculo vicioso de agudezas é ideas  
mezquinas; derrocan de su trono á aquella soberana que antes  
marchaba con el magnífico cortejo de todas las ciencias. Sin  
aparato, sin honores, la dejan en estado de mísera degradación.  
Entonces ya aprenden y ejercen su ministerio como oficio vil».

Y como quiera que ese cuadro de la decadencia oratoria con-  
vertida en charlatanismo triunfante tan severamente trazado por  
Tácito, pudiera tomarse como fotografía ó espejo de achaques,  
vicios ó dolencias modernísimas, y que acaso se han hallado á  
nuestra vista, debemos considerar como uno, si no el primero  
de los caminos de la redención y de la enmienda, el estudio de  
los que con esmero cultivaron aquella arte suprema y dejaron  
en pos de sí huella luminosa de gloria y de enseñanza. He ahí  
por qué después de haber acompañado en sus brillantes co-  
mienzos á D. Francisco Silvela lo sigo y lo estudio en su per-  
sonalidad, en sus actos y oraciones, cuando entra en el más alto  
y grandioso escenario de la representación nacional y de las  
esferas donde se gobierna.

En las Cortes Constituyentes de la Revolución aparece ya como figura original, interesantísima, con luz y personalidad propias, brillando rápidamente en medio de aquella constelación de astros de la tribuna española y de maestros insuperables del buen decir. «No tiene la grandilocuencia de Castelar, ha dicho de él uno de los publicistas de nuestros días, honra y espejo de la prensa; no tiene la erudición y el vigor de Cánovas, la intención de Sagasta, la ternura de Moret, el entusiasmo y la tenacidad de Romero ni los arranques brillantes de Martos; pero como reúne de las condiciones propias, peculiares y características de cada uno de estos oradores la cantidad necesaria para luchar con ellos dignamente, bien merece que le consideremos y reconozcamos como una de nuestras figuras políticas contemporáneas más completas y concluidas.»

«¡Cuántos debates que languidecían y agonizaban—continuaba diciendo D. Miguel Moya en sus semblanzas—no han recibido vida y calor al conjuro de su hermosa y acerada palabra!... Su oratoria es artística, de desesperante corrección, sobria, elegantísima; una oratoria á la moderna, exenta de ampulosas formas, desnuda de inútil ropaje; una oratoria verdaderamente parlamentaria, que peca de falta de matices; pero jamás distrae ni cansa al auditorio.»

Nada más exacto, y he aquí, según pienso, la razón de tan constante buen éxito. La característica de su oratoria, de sus escritos, de su individualidad entera, se determina siempre por su amor al buen gusto y su aversión á lo exagerado, á lo extravagante, á lo ridículo. Abomina del énfasis y de la pompa verbalista, de los desequilibrios del entendimiento y de la frase, de las dislocaciones de las ideas, de lo conceptista y de lo culterano, y es ferviente adorador de la sobriedad ática, de la producción espontánea y fácil, del estudio de los modelos eternos de lo bello.

Pero después que se puso en contacto con el público, ya por

otras condiciones de su carácter y su estilo, ya por transmuciones de corrientes eléctricas distintas y contrapuestas entre lo exterior y lo íntimo, se proyectaba su oratoria en el auditorio como la más intencionada, incisiva, mordaz, acerba é implacable de cuantas resonaban en el Parlamento.

Nuestro ilustre Director dijo de él en ocasión solemne de presentarlo en esta Casa: «La fama de la intención que presta el vulgo de las gentes á sus palabras más sencillas, le han colocado en una tremenda dificultad: la de no poder decir algo sin herir ó sin que la gente crea que ha herido con herida incurable». Y en comprobación de tan exacto juicio contaba con donaire una anécdota en que figuraba como testigo. «No puede borrarse de mi memoria cierta ocasión en que no había acabado (Silvela) de decir: «Señores diputados», cuando vi guiñarse picarescamente un ojo á mi lado, y escuché una voz que murmuraba maliciosamente á mi oído: «Ya lo clavó».

Preocupándose de tal contraste entre el pensamiento íntimo de una personalidad y de las versiones extrañas con que lo interpretaba el vulgo, hizo nuestro Director en el mismo discurso una observación honda y tan cabal, que puede tomarse por profecía de lo que aconteció tres años después. No he de omitir la reproducción ahora de aquellas líneas, porque me sirven de guía y justificación para el estudio de un carácter y de un acto que tanto influyó en la política española, y de que hablo más adelante.

«Si la moderna revolución—dijo D. Alejandro Pidal—dió al traste con el Santo Oficio de la Fe, que acechaba toda expresión sospechosa para darle aclaración ó castigo, ni revoluciones ni dictaduras han podido acabar con ese no santo, sino malvado oficio de la maledicencia y del chisme, inquisición de vecindad y de corrillo político, que acecha la menor expresión, no seguramente para aclararla ó recogerla, sino para trasladarla caliente, sazónándola en el camino, á los propios oídos de aquel á quien

se refiere, que no puede menos de acoger con enfado, traído así, lo que, expuesto con naturalidad ó presenciado por él, sólo le hubiera movido á chistosa contestación cuando no á benévola sonrisa».

Así vivió siempre, en ese eterno dualismo de tal como era y tal como lo creía la gente, siendo muy diversa y contradictoria su manera de pensar y de sentir de aquella otra que resultaba en las proyecciones efectistas con que lo recibían el auditorio y el público grande.

La tribuna del Congreso fué desde su primer discurso escaabel y asiento de su fama, teatro de su acción reflexiva, impulso de su palabra é instrumento, atmósfera y vida de su elocuencia apasionadamente fría y severa. No he de recordar sus campañas de fiscalización implacable, de oposición analítica y disectora hasta la crueldad, ni en sus oraciones de gobernante y de hombre de Estado; habría para ello que recorrer las páginas dramáticas y trascendentales de la historia de medio siglo, poniendo en juicio contradictorio hombres, ideas, partidos y acontecimientos. Solamente incumbe á la tarea por mí acometida hacer revivir en la memoria algunos rasgos salientes de la monografía psicológica del hombre y del literato.

Y dejando, para no ser excesivamente molesto, recuerdos más remotos, reconcentro la atención y enfoco la máquina fotográfica de la memoria y de la fantasía sobre aquel más largo período de la plenitud de sus grandes facultades en las Cortes de la Regencia, y en las últimas más recientes del actual reinado.

Solía sentarse, cuando no lo hacía en el banco azul, en un escaño del centro, de los que forman sillón, en los sectores circulares de la Cámara. Allí arrellanado, destacábase sobre la felpa roja su cráneo un poco parecido al de Ayala en el soberbio modelado de la frente; sus lentes fulguraban con destellos de espada y su boca desplegábase en sonrisa, que el brillo de unos dientes magníficos hacía atractiva y la expresión enigmá-

tica de los ojos temible. Daba todo él la impresión de una serenidad burlona, de una perspicacia punzante, de una fuerza disciplinada por la urbanidad más exquisita. Tan elocuentes casi como sus labios eran sus manos; manos hidalgas, finas, alargadas, nerviosas, menos pálidas que las del caballero de la Espada del Greco, más varoniles que las del propio Van-Dick en su auto-retrato del Museo; manos, en fin, que al ser estrechadas daban una indefinible sensación de pulcritud y de nobleza. Acaso por ello tuvo un modo singular de tenderlas para el saludo, que recordaba á los galantes contemporáneos de los Luises de Francia. Rara vez oprimía con efusión cordial la diestra que hallaba al paso. Puede decirse que la cogía como para apartarla, con la natural propensión suya á desviarse de lo vulgar.

Cuando en las tardes solemnes del Parlamento se alzaba de su escaño, erguía la cabeza, entornaba los ojos bajo los quevedos relucientes, dibujaba en la boca una sonrisa, y, marcando con aquellas manos las cautas inflexiones de la frase, los giros de una sintaxis, algo complicada pero castiza, lograba cautivar el auditorio con el brío de una irresistible sugestión. Y al concluir sus discursos siempre quedaban temblando en el oído la sentencia, el donaire, la profecía, la flecha aguda del ingenio, que pasa silbando por encima de las muchedumbres para clavarse en el pecho de la posteridad. No conoció, como orador, el olvido: sus oraciones son de las pocas que conservan vida espiritual en ese mar de palabras muertas de los archivos parlamentarios.

Un cronista ingeniosísimo, buen literato y político de experiencia, D. Conrado Solsona, decía, no sin exactitud, refiriéndose á nuestro orador: «Su voz, ni sonora, ni agradable, es clara y cuasi estridente. Su acción muy sobria, su ademán elegante y su gramática escolapia, lisa, sencilla, corriente. Por esta limpieza de su sintaxis juraría, sin conocer sus aficiones

artísticas que le gusta más el Escorial que la catedral de Toledo. Se produce con cierta monotonía, porque no posee la variedad de las cadencias oratorias, que otros llaman matices de la voz, y corta la oración, no por defectos en el decir, sino por abusiva costumbre de subrayar las palabras.»

Aun siendo esto exacto, en cambio nadie le aventajó en la rectitud de sentido para apreciar las conveniencias públicas ni en el certero golpe de vista con que, entre la confusión de los bandos políticos, entre los errores de sus propios correligionarios, sabía distinguir los derroteros salvadores. Sus discursos son para leídos y estudiados. En ellos está todo su temperamento vacilante; indeciso, satírico, acusador; pero resuelto y abnegado, cuando sentía clara la voz del deber. Entonces no vacilaba, aunque dejase en el camino, según palabras suyas, trozos de la piel. Para ser justos, debe ponerse en la cuenta de sus vacilaciones una imperiosa circunstancia: le tocó liquidar el desastre colonial, y tenía, como dijo con frase célebre, que operar sobre *cuerpos vivos*. Las dudas que evidenció no eran sobre los remedios aplicables, sino sobre la resistencia del enfermo, necesitado de crueles operaciones quirúrgicas.

Otra de las nobles causas de sus perplejidades mal comprendidas fué su amor á lo bello, á lo pulcro, á lo delicado. En el porte correctísimo, en el aplomo varonil y al mismo tiempo espiritual de la figura, ya se transparentaban los pudores aristocráticos de su ser íntimo al contacto con la plebeya realidad circundante. Su traje casi siempre negro, traje en otros de rábulas y escribas, parecía en él de hombre de Academia, de sociedad y de corte por nativa distinción y espontánea elegancia, nunca por artificios ni adobos. Pues aún era más atildado por dentro, como perpetuo enamorado de la bella compostura. Si la belleza es el resplandor de la verdad, puede afirmarse que Silvela la amó y se *desposó con ella*, más por hermosa que por verdadera. Lo que se llamó su escepticismo

no fué indiferencia ni sequedad del corazón, sino amor idolátrico al ideal supremo, al ideal inasequible. ¡Cuántos hombres superiores, al sentir la nostalgia del sumo Bien esconden el ardor y la tristeza del alma bajo los velos de la ironía!

Obligado muchas veces á mezclarse con los pobres epicúreos; impelido á batallar en la política, á respirar el vaho de las huestes ávidas y egoístas, replegábase en sí mismo y buscaba refugio en aquello que Santa Teresa llamaría su morada interior. La fama que tuvo Silvela de irresoluto nació de ese último recogimiento. Desdeñaba, temía el aplauso del vulgo, la aquiescencia de la masa grande, de la turba-multa. Juzgaba certeramente los asuntos, comprendía bien las soluciones, no le faltó patriotismo para proponerlas, pero al sentirse cercado de eso que algunos llaman *aura popular*, dudaba de sí mismo, encontrábase inferior á sí propio y concluía por diputarse frustrado.

Cuando en los días críticos de Cuba habló Silvela de *liquidación*, tuvo un insigne acierto de político; en aquella frase célebre se contenía una aspiración unánime. Pero al verse aplaudido y loado, al advertir que el asentimiento le nivelaba con la galería de *chorizos* y *polacos* de la plaza pública, comenzó á pensar que bordeaba el error y no se decidió á seguir con ímpetu la campaña que pedían las conveniencias nacionales; se retrajo, y enmudeció.

Otro momento solemne hay en su vida, donde mejor se prueba su esquiva inadaptación á las ásperas realidades del mundo político. Hablo de aquella rivalidad que el vulgo imaginó siempre entre Silvela y Romero Robledo. Los amigos, no aquellos pocos de corazón que aún siguen fieles á su memoria, sino los otros, esos seres extraños, cortesanos del éxito, que con este sagrado nombre á guisa de remoquete, forman la clientela de los hombres públicos, les hicieron rivales, ya que no enemigos belicosos. Cuando ambos paladines disolvieron sus escol-

tas, es decir, cuando se quedaron sin bando, se respetaron y fraternalmente se entendieron. Figuró Romero como Presidente de una Cámara silvelista, y quería Romero ser Ministro presidido por Silvela, en sus últimos tiempos. Pero hubo antes una jornada en que mil incidentes y episodios de la vida pública, escándalos concejiles, irregularidades en Ultramar, efervescencias callejeras, habían saturado el ambiente de miasmas venenosos; la atmósfera era muy densa; mil nobles estímulos de patriota impulsaban á Silvela á despejarla.

No es propio de esta solemnidad ni es lícito á los contemporáneos usurpar derechos de la posteridad adelantándose á sus fallos imparciales en el juicio de los móviles, y fallar el alcance y las consecuencias de aquella excisión política de un partido gobernante, ruptura ó cisma que alteró la normalidad de los sucesos y marcó una crisis definitiva en una fuerza histórica de la Monarquía restaurada; pero es imposible darse cuenta del encuentro de aquellos dos grandes oradores, del choque de aquellas inteligencias soberanas, sin evocar las sendas ideas políticas inspiradoras de ambos combatientes, incompatibles de momento, aun siendo por igual nobles y generosas.

En Cánovas la edad, la experiencia, el desgaste de la vida, el trato continuo con toda clase de gentes, la misma necesidad en un jefe de contar con la fuerza íntegra de sus adeptos, determinaban, ya en el ocaso majestuoso de su vida, cierta bondadosa indulgencia, un dejo de paternal misericordia hacia las flaquezas que no llegaran á maldades. Solía mirar con lástima y desdén compasivo á los pecadores que hacían equilibrios en las fronteras de lo bueno y de lo malo; sus enojos no pasaban de alguna frase epigramática, pronto olvidada por él, y cuando algún fiscal obscuro, ardiendo en celo desafortunado, le señalaba tachas en algún personaje, solía exclamar: «¡Es tan difícil ganar amigos en estas alturas del poder y de los años, que dejo al público que acuse y juzgue, reservándome el indulto si la culpa no es im-



perdonable!» En el arrepentimiento veía solamente lo bueno que antes hiciera el acusado y la probable esperanza en una redención cumplida. Recibía al hijo pródigo, como el padre de la parábola, con los brazos abiertos y sacrificando en honor suyo el mejor de sus corderos.

Silvela, por temperamento, por la edad más moza, por amor férvido á lo ideal, tal vez por atracción invencible á destacarse entre los más puros, creía cumplir un imperativo categórico de su conciencia depurándolo todo, doctrinas y hombres, actos y propósitos. Su criterio de la selección era una especie de Port-Royal de la política, y quizá ningún espíritu en lo acerado, en lo fino y en lo implacable, se ha parecido tanto al de Blas Pascal como el de D. Francisco Silvela.

En las debilidades políticas veía una culpa: perdonar la falta no le parecía misericordia, sino condescendencia pecadora y contubernio con la prevaricación. Completando el símil del hijo pródigo, diré que no creía en el arrepentimiento del que se reintegraba á los lares paternos, sino que sospechaba en él recaídas peores. Así, en los abrazos de la reconciliación, no consideraba lo sincero de la enmienda, sino que percibía la ingratitud del abandono y el vaho de las orgías y francachelas en que se consumió la ausencia.

La pugna, pues, surgió irreductible entre quien defendía por práctico lo bueno, transigiendo con lo mediano, y el que exigía siempre lo mejor, por creerlo debido y hacedero. Al abandonar Silvela la vida pública, acaso reconoció la incompatibilidad de tan inflexible y absoluto criterio con la realidad que le circundaba inexorable. Más en la ocasión á que aludo el choque sobrevino.

Una tarde inolvidable se levantó á hablar; la Cámara estaba de bote en bote; cuando la gente vió erguida en el escaño la figura de Silvela, hubo un silencio tan hondo que llegó á hacerse angustioso, y en aquel silencio quedaron sumidas, como repti-

les agazapados entre tinieblas, mil pasiones ajenas al alma del orador. Habló Silvela con sencillez, con seguridad, con corrección. No hubo ponzoñas en sus labios, porque no las había en su corazón tampoco. Fué su palabra como nunca sobria, tersa, irónica para algunos y respetuosa para su jefe. Hablaba Silvela subrayando su palabra con estridores de la voz, que perjudicaban mucho á su elocuencia. Aquel subrayado fonético era para muchos la quinta esencia de la más refinada intención, una de las características del *florentinismo* con que fué bautizado su estilo oratorio. Aquella tarde, más que en ninguna otra ocasión, el público puso en lo que era natural hábito de Silvela cuantas malicias incuban solapadamente los despechos, las ambiciones y las esperanzas de los parciales. Así es que cuando el orador pronunció, con referencia á su jefe insigne, una frase, mejor dicho, una palabra, el infinitivo de un verbo que ha pasado á la historia, todo aquel mundo incoercible de espíritus malignos, al acecho de una ocasión para desencadenarse, se apoderó del vocablo, lo transformó en saeta y lo envió con silbo agudo á la cabeza del banco azul donde el gran Cánovas, sereno como siempre, desdeñoso como nunca, oía el discurso prodigando los peculiares sacudimientos altivos de su cabeza dominadora. Yo que recuerdo todos los incidentes de aquella escena como si ahora mismo tuviera realidad plástica ante mis ojos, puedo asegurar que Silvela se desconcertó ante el efecto que su frase producía. Su espíritu debió sentir, al contacto del espíritu de la Cámara, impresión semejante á la que en el mundo físico puede causar sobre una piel delicada el roce con una ortiga que cobijase una sierpe. Y cuando terminó la sesión, cuando Cánovas iba á Palacio á presentar la dimisión á la Reina Doña María Cristina, cuando todo eran enhorabuenas y aplausos, ditirambos y encomios al golpe certero de la famosa *daga florentina*, Silvela, evadido de las efusiones de los pasillos y del salón de Conferencias, refugiábase en lo más íntimo de su hogar y sufría

con angustia las consecuencias de un acto sólo inspirado en desinteresados anhelos de patriota. Quizá en aquella hora, como del primero de los Apóstoles, podía repetirse, sin faltar á la verdad, el *Flevit amare*.

Ardientemente deseaba él que se rectificara entonces la política conservadora; pero al verse aplaudido, no ya por el grupo selecto de sus amigos, sino por cesantes, por adversarios, por los pescadores de río revuelto; al sentir el aplauso craso de una muchedumbre que de todo su discurso no apreciaba ni comprendía más que la involuntaria mortificación inferida al jefe ilustre, al amigo de siempre, volvió á creerse equivocado, y desde luego se sintió arrepentido. Quiso abandonar la vida pública, sustraer su espíritu lastimado al roce tosco de las mil impurezas repulsivas de la política y expiar en aislamiento penitencial la dolorosa equivocación padecida. Poco tiempo pudo durar su voluntario ostracismo. Era demasiado sensible á la voz del deber para permanecer en retrainamiento estéril, sin realizar el bien público que estaba en sus manos conseguir.

Volvió, pues, á la batalla, aunque volvió herido muy en lo hondo de su exquisita sensibilidad. Cualquiera choque con la realidad impura que su pulcritud espiritual rechazaba, de presumir era que terminase con la fortaleza del campeón desengañado. El desenlace vino por donde él menos podía esperarlo. Vino de las pocas manos que estrechó siempre con fraternal cordialidad. No podré acertar yo á describir aquel definitivo derrumbamiento de sus energías morales, cuando advirtió que, cerca sí, se maquinaba para heredarle en vida por quienes más confianza y espiritual amor le merecían. Sobraban en su ánimo arrestos varoniles para combatir y triunfar de la conjura amagadora; pero no lo hizo, porque, como él dice, pintándose sin duda á sí mismo en la biografía de su hermano D. Manuel, «sintió en sí lo que se siente cuando una idea, una afección, una gloria que se tenían por ciertas y seguras se desvanecen, algo como

la muerte de lo máspreciado de nuestro ser», y, además, como indica en el propio trabajo poniendo su misma alma en la pluma, «su espíritu y su gusto le llevaban á una libertad de acción, á una independencia para su vida y sus amistades, á un individualismo práctico que no se conciliaba con las esclavitudes morales y materiales á que por lo común están sometidos, no como vulgarmente se cree los que obedecen, sino en mucho mayor grado, los que mandan». Consideró deshecha su obra, malgrado su intento, y deslustrada la autoridad de su jefatura.

El único reparo que podía tener su previsión de patriota para un definitivo apartamiento de la política, lo disipaba la realidad; porque era notorio que sobre los asaltos de inquietos ambiciosos ó desasosegados por la impaciencia, se alzaba en el partido conservador una personalidad nueva, vigorosa, de la cual recibió Silvela en aquellos días de desilusiones amargas pruebas elocuentes de adhesión incondicional, y con la cual convivió ya en afecto cordial hasta su muerte. La responsabilidad de la jefatura y dirección de la importante fuerza que dirigía, la transfirió íntegra á quien poco después el partido aclamaba para tan suprema jerarquía, confirmando la desinteresada designación del anterior jefe. Y aliviado ya del único vínculo que le retenía en la vida pública, con una mayoría adicta, con un porvenir de dominación que hubiera asegurado sin esfuerzo, con el respeto de todos los adversarios que se granjeó desde muy joven, tuvo entonces aquel gesto de desdén cesáreo, de melancolía imperial á que aludí al comienzo de estas páginas, y que tanto espiritualiza el ocaso de sus días.

## IV

Silvela entonces se retiró á su hogar para reconfortar en las puras dichas que allí encontraba, el espíritu desgarrado por desilusiones acerbadas. Sólo volvió á mostrarse al público en la tribuna del Ateneo para comenzar las conferencias que habían de constituir la *Historia de las ideas éticas en España*. Lo uno era consecuencia de lo otro. La ética en la conducta, la ética en la Administración, la ética en el Gobierno, habían sido la preocupación principal de aquel grande hombre. La selección, el sentido jurídico, mil frases que de él se recuerdan preñadas de pensamientos, tienen ese noble y elevado origen. Para él no fueron las cuestiones de Gobierno más que cuestiones de moralidad. Natural era que cuando apagó en la política la linterna con que inútilmente buscara aquella virtud en toda su integridad, la encendiese de nuevo sobre una cátedra donde lo diáfano del ambiente permitiera, por lo menos en la magia de las evocaciones históricas, la radiante aparición de aquella deidad. «Según el sentir de Silvela—dice el Sr. Sanz Escartín en la Necrología que con justo aplauso cité—pudiera definirse la moral como el esfuerzo del hombre para reprimir las tendencias naturales contrarias al desarrollo armónico de la humanidad». Semejante concepto lo afirma el propio Silvela en sus conferencias, con estas hermosas palabras:

«Este movimiento—dice—de represión, de disciplina, de contradicción, de disminución aparente de fuerzas, no aparece por ningún lado creado por la naturaleza misma. No encontraréis como nacido de ninguna de sus evoluciones ese sentimiento

ético del sacrificio y de la represión de la propia fuerza natural. Este es un bautismo del alma, de un agua que viene evidentemente del cielo: esta es una luz que viene evidentemente de otros mundos y una demostración de que el hombre recibe de otras esferas que no son las esferas naturales lo más esencial y característico de su ser: el sentido ético».

Y mucho antes, cuando estudiaba el epistolario de Sor María de Agreda, ya entresaca de él este aforismo: *El que se vence, vence*; que debiera, añade, ser divisa de cuantos luchan en la vida.

Compréndese bien, cuando en los discursos y escritos de este ilustre desengañado de las vanidades del poder se va revelando la limpia grandeza de su espíritu, que le fuera difícil una larga convivencia entre hombres en los cuales los refinamientos de la sensibilidad y los vuelos á más ideales esferas no abundan más que por perversión del medio, acaso por exigencias del oficio que pide ante todo, por lo menos en el grueso de la hueste, mayor fiereza para conquistar lo temporal que abnegaciones ascéticas para merecer lo eterno. He aquí tal vez la explicación de que creyendo Silvela, hondo anatomista de las causas de nuestra decadencia, que la mayor de las pobrezas sufridas por España era la pobreza de administradores y de gobernantes, teniendo, además, por excelente la masa pobladora, renunciase para siempre á todo conato de gobernar y administrar con españoles, oficio que siempre tuvo—según sus propias frases—por *arriesgado y difícil*.

¿Cómo no había de considerarse desterrado en esquivada soledad y pobre compañía, quien en medio de las luchas por las prebendas, de las conspiraciones por los oficios, y de las mezquinas codicias de oligarquías altaneras, oía en su interior la voz delicadísima que le inspiraba estrofas al bien moral, tan sentidas como estas que reproduzco, para regalar nuevamente vuestros oídos, que en este mismo recinto fueron pronunciadas?

«En el día de separarse las almas unidas en el mundo, siéntese con íntima evidencia cómo el bien moral es el fin superior del hombre sobre la tierra: el arte, el ingenio, el trabajo y los esfuerzos por ser amado, resultan oscurecidos al lado de los heroísmos, los sacrificios por el bien, la verdad y el alivio de las desdichas del prójimo: estas virtudes son las únicas que quisiéramos enaltecer y recordar en quien nos deja, señal cierta y revelación segura de que son ellas las que nos enlazan á la eternidad. Todo lo demás, son, como las riquezas materiales, destinadas á quedar de la parte de acá del sepulcro; y el bien y la caridad y el amor son las esencias con que el espíritu se adorna y atavía para presentarse en otro mundo purificado por la segregación de la materia impuesta por la muerte.»

Como véis, son estos pensamientos y frases que no parecen haber brotado de un hombre cuyo espíritu se forjase desentrañando pleitos ó interpretando códigos, ni cuya sensibilidad se hubiese acorchado dando y recibiendo mandobles en los combates parlamentarios. Hay en ese y otros bellos pasajes de los escritos de mi predecesor preclaro armonías que parecen venidas, en efecto, de muy altas esferas, y sentimientos que de la «fuente sellada» de aquel corazón, tenido por el vulgo como redoma en que se agitase el alma de Maquiavelo, brotan en limpia vena con cierta serenidad horaciana que no excluye en algún momento vehemencias de la piedad, dignas del alma inflamada de nuestros místicos.

De ahí sin duda la emoción sincera y comunicativa que la prosa de Silvela produce cuando retrata algún dechado de perfección moral, cuya belleza hubiese podido él apreciar, bien por conocimiento directo, bien rastreando en empolvados manuscritos sus inmortales huellas. Doña Trinidad Grund, caritativa dama malagueña y Sor María Jesús de Agreda, abnegada consejera de Felipe IV, de las cuales fué inspirado apologista, sumi-

nistran la comprobación de aquel perpetuo enamoramiento de Silvela por la hermosura de las almas.

Oid cómo describe Silvela, en su estudio necrológico de Doña Trinidad, el carácter y la silueta de aquella santa mujer. Después de referir cómo su heroína perdió por muerte prematura á su esposo, cómo el *croup* le arrebató á su hijo único varón, y cómo dos de sus hijas perecieron en el naufragio del vapor *Miño*, donde estuvo en poco que no encontrara también ella el fin de su vida, dice:

«Su traje fué ya hasta su muerte el manto, el vestido negro y sin forma de una viuda que usa sus lutos hasta llegar á la trama del tejido; sus abundantes cabellos castaños y de apiñada raíz, blanquearon, y surcaron su semblante las huellas profundas que dejaron tantos raudales de lágrimas y tan violentas impresiones de angustia y dolor; pero en los pliegues de aquel manto descolorido y polvoriento, cuando se sentaba á la cabecera del enfermo ó aparecía á consolar al afligido, ó acudía á solicitar del político ó del gobernante apoyo para una obra benéfica ó exigirle intervención eficaz y pronta para reparar un daño contra los pobres, se veía toda la majestad y elegancia de una gran señora, que había abdicado voluntariamente las alturas, trasladándose con toda su grandeza moral á vivir entre los humildes para amarlos y socorrerlos, y en su mirada brillaba, como en los días de su juventud, la indiferencia á todo respeto humano que pudiera alarmarse con las audacias de la verdad, la fe ó la convicción, que salían de sus labios sin deformarse en lo más mínimo, tal y como las sentía su corazón ó las forjaba su entendimiento.»

Modelo de sobria elocuencia patética son estos párrafos en que Silvela pinta la agonía de su excelsa amiga: «Ya había recibido, cuando llegué, el Santo Viático con la serenidad del justo: en su despejada frente, adornada aún por espesos cabellos blancos, en su boca, no contraída por el dolor, no se mostraba las señales de la muerte; pero en la mirada de sus ojos

claros, dirigida al cielo, y que sólo por instantes se fijaba en las cosas y personas que la rodeaban, me parecía ver la imagen de su alma disponiéndose á dejar el cuerpo abandonado en la tierra: algo como una paloma que en la cornisa de un palacio prepara sus alas y mira á lo alto para tender el vuelo. Cogió mis manos con efusión y me dijo con cortas alteraciones de forma, estos conceptos que son precioso resumen de convicciones y observaciones de una vida entera de abnegación, de meditación y de sacrificio: «Nunca hablé de política ni es bien que las mujeres hablen de ella; pero yo no soy ya una mujer, yo soy un alma que se va, y que antes de comparecer ante Dios quiere decirte lo que siente y lo que ve en esta hora que es de claridad y de luz, cuando de veras es la última como ahora es la mía.»

«No creas nunca, ni pienses, ni dejes de entender á los demás que lo piensas, ni los induzcas á creer jamás, que la política, el negocio más importante de la vida, se puede ni se debe separar jamás de la Religión y de la fe: en éstas se encierran todas las enseñanzas prácticas de la moral, y en ellas está el alimento precioso del espíritu, sin el que los hombres necesariamente se corrompen y se envilecen, y los pueblos se pierden, se acobardan y si les llega un momento de peligro, se humillan ó se desesperan y destrozan. No sabéis bien los que no tratáis al pueblo en los dolores del hogar qué recursos encuentra el alma en la fe en los momentos de prueba, aun en aquellos hombres que han aprendido y practicado poco y mal, pero que han creído y han amado algo espiritual y sobrenatural siquiera en algunos días de su vida. Ya sé que los pueblos viven mucho y resisten muchos errores de las leyes y de los Gobiernos; pero los que dirigís conciencias ajenas tenéis gran deber y pesada responsabilidad en dirigirlas al bien con la acción y con el ejemplo; y piensa que te lo dice una moribunda que ha pasado la mayor parte de su vida consagrada á consolar desgracias... porque el consuelo para el que sufre, la energía para

el que pelea, el amor á la justicia en el que manda, todo lo que es bueno y lo que se pide á un Gobierno y á un pueblo bien ordenado, *todo, todo, todo*,—y aquí alzaba su voz y apretaba mis manos contra su pecho—se aumenta, y se sostiene, y vive, y se multiplica por la Religión y por la fe».

Sin alguna afinidad moral con la moribunda, sin una adoración íntima por las virtudes que la enaltecían, parece imposible pintar esta escena, recogiendo, como recoge Silvela, no ya las palabras de la agonizante, sino el alma misma que aleteaba en aquellos suspiros, semejante á la paloma del hermoso símil que emplea, en la cornisa del palacio. «Nunca he sentido con mayor convicción—añade recalcando su impresión culminante—que el espíritu no muere y se desprende para otra vida superior; el cuerpo que dejamos cubierto con el vestido del naufragio del *Miño*, era él también, la destrozada túnica con que se había adornado un alma á la que yo había visto con mis ojos y que me había hablado sin el intermedio de los sentidos, momentos antes de arrojar su envoltura terrena y cuando se sentía más libre y más cercana á su centro verdadero y eterno en el seno de Dios».

## V

Pudiera creerse que esta emoción vibrante del apologista de Doña Trinidad Grund nace de haber conocido á tan noble dama, de haber admirado su hermosura, compadecido su desgracia, compartido sus anhelos bienhechores y recibido de sus labios las confidencias de un alma que se despide para la celeste patria, motivos todos para enardecer la sensibilidad más glacial y mover con ímpetu la pluma más habituada á discurrir con so-

siego. Pero no fué sólo por eso ciertamente. Silvela experimenta el mismo calor emotivo cuando examinando una época histórica con la frialdad del que rebusca materiales para reconstituir tragedias pasadas, tropieza con figura de resplandor tan suave como la de Sor María Jesús de Agreda. Le basta ver su sombra deslizándose entre los oropeles de una Corte en decadencia para seguirla hasta su retiro claustral como el héroe de la leyenda becqueriana sigue el giro de un rayo de luna. Diríase que más que pintar una época, desea pintar una mujer; más que las agitaciones y mudanzas de una Monarquía decrepita, la serenidad de una Virgen anciana que guía y sostiene con desinterés maternal en sus desfallecimientos constantes el ánimo de Felipe IV. Para Silvela aquella religiosa era la *doctrina cristiana* en persona.

En el bosquejo histórico con que exorna la presentación al público de las históricas Cartas de la venerable madre, todas las facetas del brillante ingenio de Silvela esplenden con sus mejores luces. En aquellas páginas la austeridad del estilo se hermanan con los donaires y agudezas del filósofo conocedor de los hombres, que observa con sagacidad penetrante, no exenta de ironía compasiva, los vicios de los hombres y las flaquezas de las instituciones.

Concebía Silvela la historia para ser obra definitiva y seria, como algo superior, «á meras relaciones militares y políticas» ó «consultas oficiales de Juntas ó Consejos». Exigía, en su sentir, el análisis propio y el estudio comparado de cada clase social en su vida íntima, «la fisonomía de cada personaje sin aparatos teatrales preparados por panegiristas mercenarios ó satíricos apasionados», la huella, en suma, que dejaron pensamientos, pasiones é intereses en su medida real.»

A este patrón ajustó Silvela su estudio, de tal modo que quedará como modelo de narraciones fieles, amenas, variadas, anecdóticas y sugestivas. Si Velázquez fijó eternamente en sus

llezos la vida corpórea de Felipe IV y del Conde-Duque, y otros pintores coetáneos perpetuaron las efigies de los Osunas, Haros, Lemos, Oñates y demás próceres de la época, el espíritu que animaba á todos, el alma que con los fulgores del arte brilla en los ojos del Rey y de los magnates, no acaba de descorrer los velos de su reconditez psíquica, como no penetremos en el análisis que Silvela hace en su celebrado ensayo.

Así vemos á Felipe IV «como hombre de complexión sana, aunque un tanto linfática y poco vigorosa, escaso de estudios y en lecturas substanciosas, pero con aptitudes literarias singulares», exento de esos despóticos caprichos en cosas y personas que tan fácilmente engendra el poder absoluto en alma menos recta que la suya, «propenso á la paz en la política y á la indulgencia en el gobierno»; pero débil de carácter, irresoluto de voluntad, inhábil para realizar el pensamiento propio, como destinado, en suma, á vivir bajo dirección ajena, porque—como dice con frase cincelada—«la vida es ante todo y sobre todo voluntad y el que no usa la propia vive necesariamente de la extraña».

De la Reina Isabel hace este sobrio retrato:—«Era doña Isabel de notable belleza y agradables maneras: convertida á las costumbres españolas, gustaba por demás de fiestas de toros y comedias, en las que había dado rienda suelta á su condición alegre y bulliciosa». Más que la fábula dramática, parece que agradaban á S. M. las diabluras de los cortesanos que, para entretenerla, soltaban sabandijas entre los espectadores. Estas aficiones y divertimientos van—dice el autor—muy á menudo acompañados en las damas de piedad sincera y de honestidad exquisita, pero rara vez dejan de prestar ocasión á atrevimientos más ó menos insensatos y murmuraciones que cada cual acoge con la incredulidad ó el aprecio que le dictan sus grados de caridad para el prójimo».

En el Conde-Duque señala desde luego nuestro autor las

cualidades de disimulo en el pensar, prontitud en resolver y audacia en el ejecutar, indispensables — dice — para arrebatarse el mando cuando se hace patrimonio exclusivo de la intriga. Y termina la pintura de este carácter burilando al agua fuerte la silueta moral del valido con estas frases en que, como observarán los oyentes, el razonamiento se desliza pausado, pero dejando huellas de cauterio.

«Habremos—dice—de clasificarle entre esos ingenios, más abundantes en nuestros tiempos que en los pasados, que costeando el Código y sus conclusiones directas y expresas, aciertan á utilizar, ya las posiciones administrativas, ya las influencias políticas, para esprimir con provecho de su fortuna particular las flotas de Indias ó lo que en los modernos sistemas financieros las han reemplazado para el efecto; hombres de los que se murmura en voz baja cuando circula la noticia de sus inexplicables aumentos ó cuando se da á luz alguno de sus inesperados derroches, pero que conservan en la opinión y en el trato social y político una respetabilidad relativa, de la que no disfrutan los que rutinariamente se atienen á los anticuados procedimientos de *recibir de particulares*, que en el siglo XVII eran más usuales que ahora en altos dignatarios, y que el progreso de los tiempos va relegando á las últimas escalas de la administración pública.»

Cuatro rasgos bastan á nuestro autor, en ocasiones, para fijar indeleble la condición de un personaje.

Del Duque de Híjar dice, por ejemplo, que se pasaba de ingenioso por lo expedito de su lengua en chistes y maledicencias contra cortesanos y ministros; y en D. Luis de Haro dibuja el ambicioso de la Corte, recatando el propio deseo bajo cierta aristocrática indiferencia, «muy liberal en buenas palabras, pero inseguro en satisfacerlas.»

Semblanzas igualmente justas hace de los demás magnates, sin omitir virtud, ni perdonar pecado. Desfila la egregia farándula tal como debió ser en vida, y es de notar que crítico tan justo,

observador tan implacable con los poderosos, no tiene más que laúdes y palmas para la humilde religiosa de Agreda, cuyo desinterés, cuya austeridad, cuyo acierto como consejera del Rey, alcanzan de la pluma de Silvela los más floridos elogios. La oculta fuente de esta simpatía hemos de encontrarla en aquel sentido estético, tan refinado y sensible en nuestro autor, que parece reposa feliz explorando la limpieza inmaculada de las almas selectas.

Catástrofes, intrigas, murmuraciones, toda la vida de una época, aun agotando en su examen la agudeza y retratando el natural soberbiamente, no son más que el marco donde esplende aquella figurita de altar de negras tocas y sayal humilde que, iluminada por la fe escribe y aconseja al Rey desde el fondo de un monasterio olvidado en los montes que forman el antiguo confín de los reinos de Aragón y Navarra. Por eso, en primer término, advierte el historiador que Sor María fué, ante todo y sobre todo, un espíritu sincero y convencido, ajeno á toda personal ingerencia en los sucesos políticos y á todo medro individual ó de comunidad ó de familia que su ascendiente sobre el Rey pudo proporcionarla.

«Apenas se encuentra en el personaje histórico—dice con suma complacencia el biógrafo de Sor María—á la mujer con vida propia, con personales aspiraciones de secta ó de peculiar interés ó pensamiento, como acostumbbran á tener todos aquellos que con fines diversos influyen en las sociedades; era la pura encarnación de la doctrina cristiana aplicada al gobierno del pueblo español en el siglo XVII, el órgano de una inspiración que debía pasar de Dios al Rey...»

Tanto interesa al historiador esta abstinencia de todo propósito mundano en la consejera del Rey, que apura personalmente la rebusca de datos que confirmen ó enmienden tan bello aspecto del protagonista de su estudio. «En papeles del tiempo —dice— en correspondencias íntimas y secretas, pacientemente

descifradas, en expedientes y procesos, hemos seguido y apurado hasta los ápices sus propósitos é influencias, y la veremos revelarse siempre, en cuanto hizo y dejó de hacer, como un alma enamorada del bien y del deber, sin torcerse jamás en la elección de los medios con el usual achaque de la grandeza de los fines, ansiosa de consagrarse con la más perfecta abnegación de sí misma á cuanto pudiera redundar en la mayor gloria de Dios y la más cumplida prosperidad y justicia para estos reinos.»

Por eso exhuma complacido el biógrafo de la santa monja, en prueba de la austeridad con que ejerció aquélla su papel de consejera estas frases de una de sus cartas á D. Fernando de Borja, Virrey de Aragón y Valencia, caballero mayor del Rey y personaje de grande influencia en palacio. Sor María se duele en esta carta de que un hermano suyo, religioso por cierto, pero más pretendiente que religioso, intentara utilizar cerca de S. M., para obtener una gracia en su oficio, la predilección que Felipe IV mostraba por la madre:

—«No deseo huir de mi cruz, sino abrazarla y quedarme con ella sin dependencias de parientes, ni de pretensiones ni de mundo; y tengo ofrecido con aseguración que ni al Rey ni á ninguno de esta Corte he de pedir jamás nada, porque no podría conseguir yo mi deseo si tal hiciera, que es pedir sólo al Rey lo que le conviene para sí y su reino.»

Y cuenta que mientras tan noble resistencia, no quebrantada en ningún instante, oponía la venerable anciana á granjear provecho temporal de su valimiento, padecía la casa que regentaba hartas estrecheces, tenía en desnudez desconsoladora el templo, y ella y las hermanas que la acompañaban en tan edificante vida pasaban verdaderos apuros para asegurar su parquísima pitanza. ¡Con qué delectación perfila Silvela estas virtudes recatadas de la monja de Agreda; cómo parece elevarse su corazón sobre las miserias políticas que sin duda le rodearon al

trazar estas páginas, siendo los pretendientes en Corte la más pesada carga que el oficio de gobernar tiene!

«Contrastan—dice melancólicamente—tantas y tan graves demostraciones en vida y en muerte de lo mucho que significó en el mundo aquella eminente mujer, con la pobreza y humildad que eligió y abrazó para sí y para su convento, elevando el alma tales ejemplos á la contemplación de un mundo de sentimientos y de ideas en que las luchas por la dominación y la riqueza que llenan la historia parecen cosa bien mezquina y menuda.»

He prolongado é insistido tanto en el tema de demostrar cuan afectiva era el alma de Silvela, porque la opinión pública, considerando sólo aspectos parciales pero acaso más visibles de su personalidad, ha dado vida á un fantasma que no corresponde á la realidad latente en sus obras. Ese Silvela, de talento mefistofélico, daga al cinto, sonrisa páfida, corazón helado, y cachaza de árabe para esperar que desfilase por su puerta el cortejo funerario del enemigo, no existió nunca más que en el lápiz cáustico de los caricaturistas y en la pluma batalladora de los cronistas políticos. Hora es de restituir á tan noble figura sus verdaderas líneas austeras y graves, como fueron sus obras de gobernante y sus pensamientos de historiador y filósofo.

## VI

A honra tengo el ser periodista—y periodista que, aunque de opuesto bando, mereció de aquel hombre, tenido por cauteloso, las confidencias más francas y delicadas—para que sea mano del oficio la que suprima deformidades que la pasión del momento, obligada musa de las hojas impresas, produjo al di-

vulgar la silueta moral de mi personaje, que subió y se mantuvo puro en las más altas cumbres. Aun habiendo reproducido su retrato tantas veces con tan escasa fidelidad y respeto, no sintió Silvela el menor enojo contra lo que el gran Pereda llamó los *chicos de la prensa*, ni mucho menos contra la institución poderosa que representaban. Consideróla siempre como un agente bienhechor que el gobernante no debe desdeñar, por lo mismo que cuando se extravía aplicando su poder inmenso á malas causas, produce en el cuerpo nacional considerables quebrantos y estragos. Tanto conocía Silvela la fuerza del periodismo, que cuando sus previsiones de gobernante le indujeron á romper el aislamiento internacional que por largos años mantuvo Cánovas, esbozó por primera vez su pensamiento en artículos periodísticos autorizados con su firma, cruelmente acogidos por la generalidad de la prensa, donde no abundan, por causas ajenas á sus elementos directores, sino por pobreza del mercado y lo reducido de la difusión que el analfabetismo impone, los especialistas consagrados al estudio de la política mundial y que tanta autoridad incorpora á algunas publicaciones extranjeras. Para defender su política fundó también un periódico, *El Tiempo*, que ha pasado á la historia dejando honroso nombre. A sus salones concurrió asiduamente; fraternizó con sus redactores; participó de las emociones, tan vivas, tan penetrantes, de la lucha diaria, con la pluma en ristre; él mismo no desdeñó el escribir, con aquella su letra imprecisa y menuda, artículos y comentarios inspirados en los sucesos del día. Los redactores de su periódico le llamaban cariñosamente el *meritorio*, mientras que sus amigos políticos le apellidaban con halago el *Zar*: el amor de los unos y la admiración de los otros acertaron en sus denominaciones respectivas: como periodista no tuvo los éxitos que alcanzan los grandes dictadores de la opinión cuando se asoman á la primera columna de un periódico prestigioso; fué como uno de tantos talentos que entran

y salen en las redacciones de los periódicos sin florecer y sin agostarse. Como político justificó el renombre, porque asumió el imperio, aunque á la postre abdicase la corona.

Pero Silvela penetró bien en la psicología del periodismo, y en una interesantísima conferencia que dió en el Ateneo sobre este tema, pinta, gráfica y bellamente, el carácter de esta gran institución contemporánea.

«La prensa de principios y mediados de nuestro siglo —decía— semeja aquel buque de vela que esperaba para marchar á que el viento hinchara de pronto sus lonas, como inspiración que llega inesperadamente de lo alto y de lo desconocido, se agita y surca las olas por impulsos ajenos á la voluntad de los tripulantes, unas veces perezosamente, otras crugiendo sus antenas y aparejos al impulso de los huracanes, y tendida sobre el costado, amenazando con sumergirse en el fondo del mar con cuanto lleva; y la prensa de hoy parece ser como el majestuoso é inmenso vapor que sale á hora fija, á campanada segura, del puerto, y marcha indiferente por las borrascas y los escollos retardando apenas su paso y moviéndose al compás de las revoluciones de su hélice con una velocidad que no alteran vientos ni corrientes y en la que nada quede para la poesía de lo imprevisto, de lo apasionado, de lo desconocido.»

En esta misma conferencia, dando una prueba más de la rectitud constante de su espíritu, señalaba como la principal condición del periodista la de ser veraz.

«Desde el momento —decía— que la prensa es ante todo y sobre todo un elemento de información, de intervención y de conocimiento de los asuntos públicos y de los hechos, la virtud suprema, la condición esencial, la que marca el nivel moral de la prensa de un país, es sobre todo y ante todo la verdad.» Y en este punto la «hombría de bien», el sentido ético de Silvela se revuelve y fustiga el gran defecto de la prensa española, que es, no la ignorancia, no la venalidad, no la mentira, no la difa-

mación, sino la benevolencia excesiva, la hipérbole encomiástica, la adulación constante á todos y á todo. Porque aquellos defectos no son comunes á la generalidad de los periódicos. Son afecciones individuales bien especificadas que el público advierte y á la postre castiga con mermas en el crédito y prestigio de la publicación indigna; al paso que la inclinación excesiva al elogio, al *bombo*, es enfermedad cuyo contagio alcanza aun á los órganos de publicidad que más engreídos aparecen de su poder é independencia.

Silvela advertía, no sin donosura, pero con severidad, que los estragos del *bombo* alcanzaban á las esferas de la política, de la administración, del arte, de la filantropía, de la vida moral y material en todas sus manifestaciones, desde las más inocentes hasta las más frívolas.

Esto—dice—de que todos los oradores han de ser eminentes, y todos los jurisconsultos notabilísimos, y todos los poetas inspirados y sublimes, y todos los discursos científicos profundísimos, constituye nuestra crítica en una notoria inferioridad respecto á la de otros países y hace que la inmensa mayoría de nuestros hombres públicos resulten colocados en una categoría preeminente, muy superior á sus verdaderos medios y á lo que en el juicio privado se les reconoce y abona como valor efectivo; pero atribuye no poco á hacerlos más inquietos y dificultosos para toda racional disciplina y jerarquía. Y no es éste tan sólo un mal ó un vicio de condición social ó literaria; tiene una trascendencia política, y me atrevo á decir administrativa y económica, más grande de lo que á primera vista parece, porque no pocos se satisfacen y recrean excesivamente en ellos; y como los encargados de dispensarlos, por natural benevolencia, amistad particular y malos hábitos no suelen disponer tampoco de mucho tiempo para estudiar atentamente las reformas ó los programas que los motivan, no suelen pararse mucho los reformadores en la materia de su acción; lo que les importa y preocupa

es *hacer reformas*, inaugurar su elevación á este ó el otro puesto conspicuo, no con actos y gestiones útiles que mejoren positiva, aunque modestamente, lo existente, sino con pomposas circulares y meditados preámbulos para los que hay en todas redacciones como una especie de estereotipada alabanza sobre el *espíritu innovador* y los alientos de *hombres de reformas y de iniciativas* con todo lo que constituye ese género de literatura; de ahí que se despierte y aumente el afán verdaderamente inmoderado de lanzar proyectos y trabajos administrativos, vengan de donde vinieren, encargados á los amigos ó subalternos ó aficionados voluntarios, que siempre abundan, en esto de regenerar pueblos ó departamentos ministeriales, proyectos que á menudo duermen en las páginas de la *Colección Legislativa* sin que nadie vuelva á recordarlos, pero que otras veces perturban hondamente ya los intereses de clases respetables, ya las ideas, pensamientos y aspiraciones creadas en este ó en el otro ramo de la administración; y yo por mí lo tengo por cierto y averiguado, que gran parte de los daños que de esta manera se han realizado y se realizan, preciso es atribuirlos á la prodigalidad verdaderamente triste de elogio y á esa manera de ser examinados y juzgados los hombres públicos y sus obras por la prensa de nuestro país.»

Por lo mismo que del vicio fustigado no se advierte propósito de mudanza y la pintura de ayer encaja en la actualidad que vivimos, conviene exhumar la lección severa y divulgarla para gloria del que la formuló, ya que no para enmienda de los llamados á aprovecharla. Hombres al fin, unos y otros, seguirán rindiéndose á las flaquezas de su natural condición, abierta por lo general al soborno de la alabanza; pero bien señalado queda el rumbo á los ánimos valientes que quieran seguirlo.

En los mismos párrafos que, con abundancia, me he complacido en trasladar á esta oración mía, se acreditan las dotes de prosista que justamente galardonasteis en Silvela. Era un des-

cendiente directo de los Moratines. Más que deudo, fué heredero espiritual suyo en las letras, y muy legítimo. Tan próximo les seguía, que parecía beberles los alientos. Y se adelantó á las extravagancias y dislocaciones modernistas torcidas y enrevesadas, diciendo ya en 1869 que lamentaba la desatentada manía que se iba apoderando de algunos que parecían críticos y literatos, protegiendo y fomentando una extraña invención de giros arcaicos y de palabras mal embalsamadas, que así parecen sentar en los escritos donde las espolvorean como un casco de visera sobre un frac azul y unas tirillas inglesas.

Aunque no lo confesara, se tuvo por el hombre de mejor gusto de su tiempo. Su chispeante reglamento para la *constitución del Club de los Filocalos* fué algo más que el desahogo de un humorismo juvenil adoctrinado en Quevedo: fué la confesión de un amor á lo artísticamente bello, tipo de distinción al que ajustó siempre palabras y obras. No sorprende, conociendo su condición, verle replegarse dentro de sí mismo. Ser como uno, acusa cierto aristocrático sentir; ser como todos, abominable condición vulgar, y para ser como algunos, no juzgaba merecía el trabajo de haber venido al mundo. Despreciaba lo malo y solía olvidarlo; lo mediocre era lo que tenía presente para aborrecer, y donde encontraba lo bueno, exigía lo perfecto, lo inmejorable.

Tal fué el varón insigne cuyo retrato pretendí bosquejar en homenaje á la gloriosa herencia que me disteis. Con los ojos del alma veo yo ahora aquel rostro grave y señoril, su talante fino é hidalgo y su gesto aristocrático de imperceptible desdén, espejo á veces y á veces antifaz de un corazón á la par austero y efusivo; recordad su imagen, ya que no en mi torpe dibujo, en el ancho lienzo de vuestra memoria.

Aunque el olvido gaste, con soles y con lluvias, el nombre

ilustre grabado en el sepulcro, todavía la huella de sus acciones perdurará con rasgos inmortales en el gran teatro de la patria. En el mundo moral, como en el mundo físico, nada se pierde, nada se aniquila, todo se incorpora á la fecunda sementera humana, y germina y florece y fructifica después en las glebas eternamente removidas del espíritu. Hasta el fondo de las tumbas y el silencio de la muerte son tálamo y cuna de maravillosas germinaciones. ¡Quién sabe la huella que labraron en almas españolas el pensamiento y la palabra de aquel buen caballero! Tal vez en el surco remoto de una provincia, en el hogar de un solitario, en el corazón de un poeta, en el secreto laboratorio de las ideas y sentimientos nacionales, reviven las enseñanzas, los ejemplos, los propósitos, cuanto había de bello y generoso en el carácter y en la voluntad de quien supo ser político luchador sin dejar de ser cristiano, sin dejar de ser artista.

Consoladora esperanza para los que gobiernan á su país, puesta la mano en el timón y los ojos en la cumbre; esperanza consoladora también para los humildes, para los que labramos, como yo, el pobre pegujal de la llanura. Glosando una frase célebre, bien podría decirse: todos somos sembradores que la cosecha preparamos. ¡Feliz quien al echar sobre la tierra la simiente sonrío sin egoísmo y sin codicia, pensando más en el ajeno fruto que en el propio nombre! ¿Qué mayor gloria para un varón de buena voluntad?

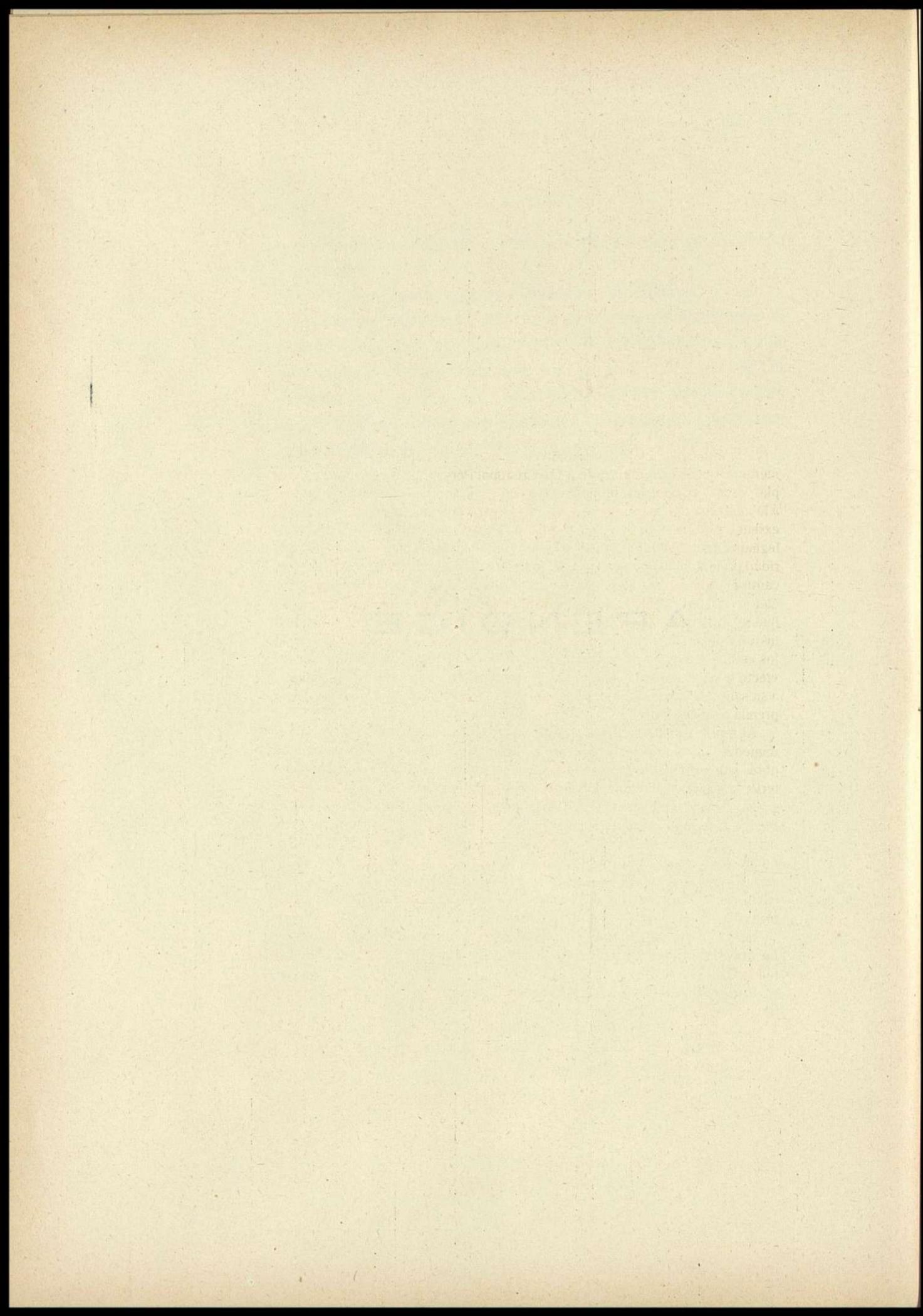
De esta manera pasó por el mundo, sin curar de su medro y fortuna personales, D. Francisco Silvela, desdeñoso del fácil aplauso de los hombres. El asiento que aquí dejó, al partirse de esta vida mortal, ha de seguir vacío, como sitial de respeto siquiera yo le ocupe, merced á vuestra singular benevolencia. Así, en casa de alto linaje, cuando la muerte pone su luto en el estrado familiar, arrebatando al varón clarísimo que dió honor y paz á la estirpe, si alguien se sienta en el sillón vacío, antes

que orgullo y vanagloria, muestra la pesadumbre del recuerdo y del dolor.

Así llego hasta vosotros, señores Académicos, y únicamente así me creo digno de ocupar esta silla iluminada por el grande espíritu de mi noble antecesor; y si la admiración y la melancolía no fuesen bastantes, ved que traigo también con las efusiones de la gratitud, amor religioso á nuestras glorias seculares y fe y esperanza fervientes en los futuros providenciales destinos de la inmortal raza española.



APENDICE



## Apéndice.

Á la muerte de D. Francisco Silvela la Academia Española muy acertadamente votó para reemplazarle á D. Cristóbal Pérez Pastor, sacerdote ejemplar, doctor en ciencias, bibliófilo insigne y hombre que á sus altas virtudes y á la modestia del verdadero saber unía entendimiento clarísimo, erudición extensa y sólida, laboriosidad infatigable, y las dotes todas de los seres privilegiados que dominan las ciencias y las letras. Sin los esplendores de popularidad parlera, huyendo siempre del mundanal ruido y buscando poesía y encanto en bibliotecas y archivos, al hacer revivir el espíritu de los que merecieron la inmortalidad, dió cima á trabajos tan perfectos, que premios y lauros de varias Academias consagraron el fruto de estudios. Ilustró la historia de la imprenta y enriqueció con tesoro puro y valioso el caudal de los estudios críticos y documentales en nuestra historia literaria. Cuando fué electo y se preparaba á ocupar la silla vacante, Dios fué servido de llamarlo á su santo seno y de otorgarle aquella otra inmortalidad gloriosa con que premia á sus elegidos.

Al rendir un tributo á su memoria en esta página de quien tan inmerecidamente vino á su lugar, consigno en breve reseña unos apuntes sobre sus obras más celebradas é interesantes, que no fué intercalada en el discurso anterior por evitar involucraciones y porque no apareciera obscurecido el elogio si se redujera á un incidente de la oración principal. Don Cristóbal Pérez Pastor, habiendo obtenido el doctorado en la Facultad de Ciencias, fué catedrático por oposición durante mucho tiempo. Llevado de su afición á la Bibliografía, renunció á la cátedra é ingresó en el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios. Prestó durante largos años servicio en la Biblioteca de la Academia de la Historia, y antes de morir, en el Archivo Histórico Nacional.

En 1886 presentó al Concurso de la Biblioteca Nacional su primer libro, *La Imprenta en Toledo*; obtuvo el premio y se imprimió á expensas del Estado en 1887.

En 1893 dió su nueva obra *La Imprenta en Medina del Campo*. También fué premiada y su obra impresa por cuenta del Estado en 1895.

En el Concurso de 1888 había ya redactado la primera parte de su gran *Bibliografía Madrileña*, que comprende las obras impresas en el siglo XVI. Fué, como todas, premiada é impresa en 1891.

La segunda parte de esta Bibliografía comprensiva de libros stampados entre 1601 á 1620 la presentó en el Concurso de 1893 y fué impresa en 1906. Y la tercera, que abarca de 1620 á 1625, es del Concurso de 1897 y dada á la estampa en 1907.

No son estas obras mero catálogo de libros y ediciones, sino que el Doctor Pérez Pastor atendió principalmente á estos fines:

Primero. Seguir el desarrollo del arte de imprimir, haciendo la historia de los establecimientos tipográficos, biografías de impresores, sus escudos y divisas y otras circunstancias interesantes de este ramo de cultura.

Segundo. En la descripción de las obras cuidó muy especialmente de señalar su interés literario y científico, dando amplios extractos de libros rarísimos y copiando integras las piezas más curiosas y cortas (poesías, farsas, etcétera).

Tercero. En la parte tercera dió al final un extenso catálogo de escritores españoles de la época, con noticias tan curiosas como nuevas de su vida y merecimientos. Esto mismo había hecho, aunque en menor escala, en los tomos anteriores, intercalando las noticias según se ofrecía la ocasión al citar las obras de los escritores.

No contento con ilustrar de este modo nuestra antigua bibliografía, formó empeño en indagar el pasado de los grandes escritores españoles á través de los miles de tomos contenidos en nuestro Archivo general de protocolos. Fruto de esta pacientísima é inteligente busca fueron los dos tomos de *Documentos cervantinos*, impresos á expensas del Marqués de Jerez de los Caballeros en 1897 y 1902, y que han transformado por completo la biografía del autor del *Quijote*.

En 1901 había ya publicado el famoso *Proceso de Lope de Vega*, por sus sátiras contra unos cómicos, entre ellos la Elena Osorio, á quien antes había cantado Lope con el nombre de *Filís* y amado tiernamente. Este libro vino á derramar luz vivísima sobre la primera juventud de Lope, cosa casi por completo desconocida antes.

Calderón le debió también un tomo I (y único) de *Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca*, impreso en 1905. Todos son, lo mismo que los anteriores, inéditos y sumamente curiosos.

El ilustre académico D. Emilio Cotarelo, á quien debo lo principal de estas noticias, publicó en una Revista que dirigía por el año de 1901 unos interesantes *Datos nuevos para la Historia del histrionismo en España*, de que se hizo una tirada aparte que regaló al autor. La segunda parte de estos *Datos*, que tanto llamaron la atención en Europa (la Europa *hispanista*, se entiende) y que han provocado libros como uno del italiano Bestori y el *The Spanish Stage*, de Alberto Rennert de los EE. UU., se continúa publicando por el *Bulletin hispanique*, de Burdeos.

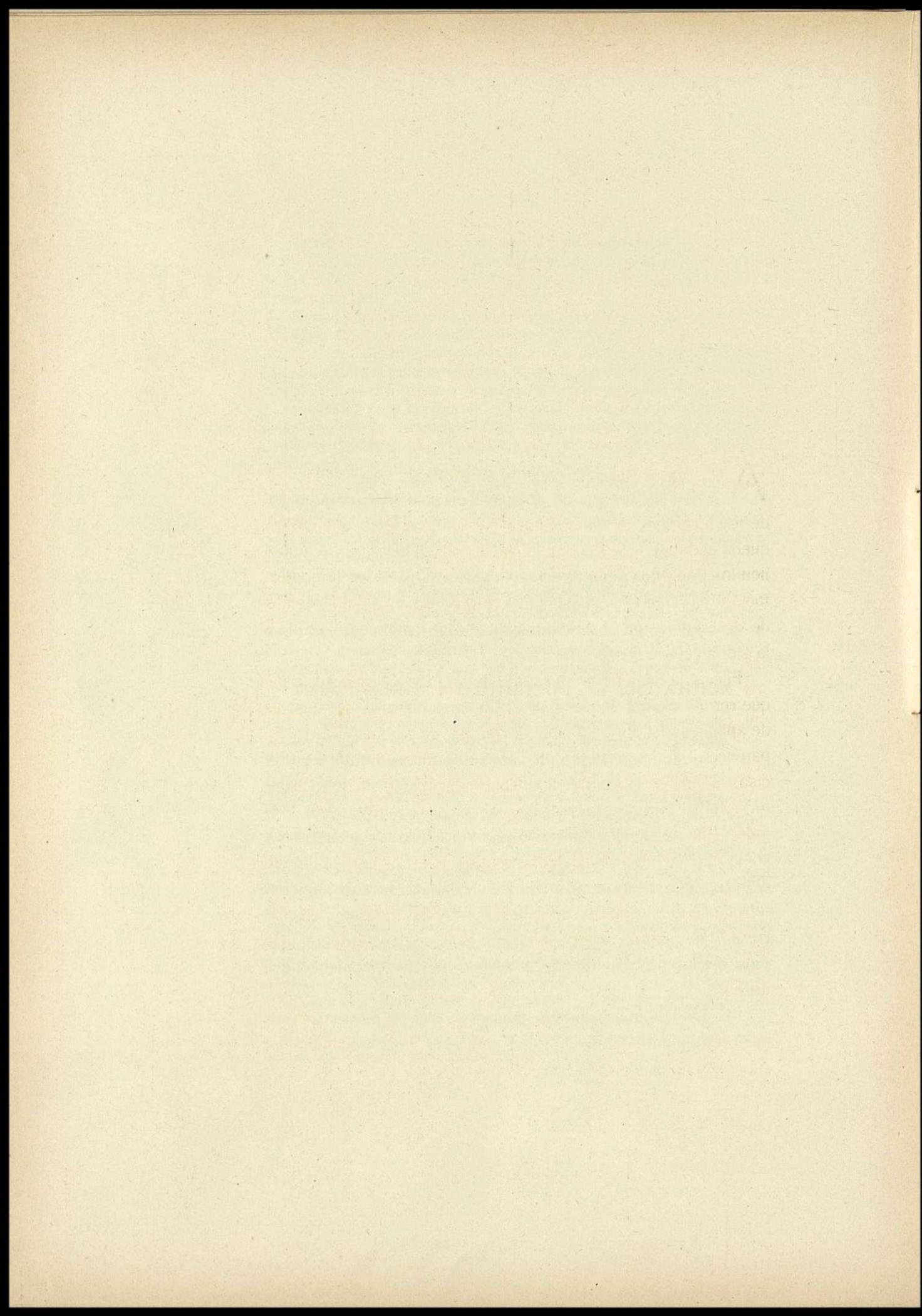
El *Boletín de la Academia de la Historia* y la *Revista de Archivos* han dado á luz varios artículos del Padre de mucho valor histórico.

El nombre de Pérez Pastor ocupará siempre lugar preeminente en los anales académicos y literarios de España.

CONTESTACIÓN

DEL

Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon



SEÑORES ACADÉMICOS:

**A**CABÁIS de oír el elocuente discurso del Sr. Mellado, y estoy seguro que me compadecéis, pues tal es la unidad de totalidad que en sus brillantes párrafos encierra que no me queda nada que decir en cumplimiento del deber que me imponen los Estatutos de la Academia al llevar su voz en la contestación y dar la bienvenida al nuevo compañero en la hora solemne de su recepción en el seno augusto de este templo consagrado á la gloria de las letras patrias.

Pues á la manera de un espejo de gigante y luminoso cristal que retrata cuanto se le pone delante, el discurso que acabáis de aplaudir, lleno y palpitante de verdad, de ambiente, de transparencia y de luz, refleja con caracteres tan admirables y precisos al lado de la figura del antecesor, protagonista de su asunto, la de su presente sucesor que se nos acerca trayéndole de la mano, que engañados los ojos por la verdad de la ilusión parece como que los miramos adelantarse hacia nosotros desde el fondo del azogado cristal cogidos del brazo, como si los años hubieran retrocedido volviéndose rápidamente atrás en su desatentada carrera, y la muerte, arrepentida por esta vez, restituyera á la vida el robo precioso de que la despojó tan inesperadamente á deshora.

Por eso ante tan palpitante visión, ya que no pueda repartir mis acentos entre la memoria del antecesor, la personalidad del sucesor y el asunto de su discurso, como suele hacerse en casos

tales, por la soberana unidad en que se confunden y en que se completan los tres, dirigiré los ecos de mi voz velada por los dejos de mal encubierta melancolía al alma, por decirlo así, de esta unión presente y viva en las páginas de ese discurso, en el que, á imitación de Velázquez, el Sr. Mellado con el renombrado pincel que tanta gloria le acarreó en las candentes luchas de la prensa, acaba de pintarnos su alma al pintarnos el alma del señor Silvela, y el alma de su tiempo, de su época y de su generación, así como Velázquez al pintar su célebre cuadro de las *Meninas*, pintaba á las Meninas y se pintaba á él al pintarlas, y pintaba toda la Monarquía española durante el imperio de los Austrias al pintar en la sombría y austera estancia del viejo alcázar con los trajes y muebles de á la sazón y con los enanos y hasta de los perros de la corte de Felipe IV, á las invisibles figuras de los reyes, sujeto único de la composición aparente, que se destacan, aunque ya como fuera del lienzo en el espejo que forma el fondo del cuarto, como el alma viva de toda aquella generación clavada para siempre en la inmortalidad por la garra omnipotente del genio.

Feliz estrella es para mí, en la hora de mi difícil empeño, que en vez de pertenecer al mundo triste de los desdichados que sólo ven en cada personalidad combinaciones químicas de carbono agrupadas en huesos, nervios y músculos, y en cada época de la Historia ordenaciones fatales de la ciega casualidad, pertenezca al número de los *positivistas de arriba*, muchísimo más *positivistas* que los *positivistas de abajo*, que creemos mucho más que en las realidades tangibles de la materia, en las realidades inteligibles del espíritu, hasta el punto de designar como Ser *Realísimo* á Dios, porque gracias á esta clasificación puedo entregarme sin vergüenza y por lo tanto sin escándalo á mi constante admiración por la hermosura de las almas, consecuente con el parecer de cierto ilustre escritor que opinaba que «sólo nos complacemos en ellas».

Y en verdad, ¡cómo no complacerse en el alma del discurso del Sr. Mellado, en ese espíritu inmortal, trascendental y magnífico que se revela, se ostenta y personifica en el sagrado verbo castellano que refleja en sus esplendores la luz del mismo Verbo divino, en que esplende el foco eterno de los fulgores del Ser como forjado por la mano divina de la fe sobre el yunque humano de la razón para alumbrar con su luz las ideas serenas, elevadas, precisas de la clarísima inteligencia, y los sentimientos nobilísimos, generosos, altivos del valeroso corazón, de la raza que escribió su nombre con su espada en las gradas del trono mismo del Sol! y habló de Dios con acentos que merecieron ser considerados por su elevación, sonoridad y grandeza como la propia lengua de los ángeles que, deseosos, sin duda, de dar timbre y plasticidad á las iluminaciones celestes de sus naturalezas angélicas, hablaron por los labios purísimos de los escritores castellanos, como León y Granada, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, aquella palabra soberana que ilumina como una revelación y suspende como una armonía; y derramaron la claridad y la transparencia de su luz en aquella otra palabra insuperable que inunda y baña con su resplendor el ser de todas las cosas, coloreándolas con el matiz distinto de su propio color, como si llevara en sus acentos el pincel de la madre naturaleza y hubiera recibido de Dios el encargo de manifestarlas, exponiéndolas ordenadas, claras y limpias como son, para que esplenda en ellas el orden que refleja la unidad de su Creador en la opulenta variedad de la vida que palpita en las páginas de oro, delicia y encanto de la humanidad, de Miguel Cervantes Saavedra.

Sí. Con razón lo acaba de decir el Sr. Mellado en su discurso. «Sí. ¡Todavía el espíritu español vuela como las águilas sobre las cumbres, y pasa por encima de los mares, y se remonta á los cielos con esplendores divinos, merced á la virtud y eficacia de este noble instrumento que fué de hierro y se tornó de oro, gracias á la elocuencia y á la excelsitud moral del pulcro idioma castellano!»

¡Excelsitud moral, señores! que imprimió en sus entrañas el verbo mismo de Dios al informarle con la sublime doctrina de Cristo que es, como todos unánimemente confiesan, lo divino de la moral y que con su belleza infinita deslumbra y atrae y purifica á la humanidad convirtiéndola en una familia de hermanos por lo que, mientras no la perdamos nosotros arrojándola de nuestra lengua, podremos ser una hermandad generosa los que nos entendemos en ella en vez de ser una manada de fieras, como lo llegaremos á ser si apagando la luz del Verbo sobre la haz de nuestras almas borramos su resplandor sobre la lengua castellana, destruyendo en ella el sello que la imprimió la verdad de la realidad de las cosas, ordenada por la razón iluminada por la fe, para forzarla á expresar con sus términos vueltos del revés la mentira que llama á la Nada Dios, al Mal Bien, Civilización á la Barbarie y progreso y adelanto social á la caída irremediable, definitiva y total en las tinieblas del abismo.

El amor á la hermosura de esa alma cautivó el corazón del Sr. Mellado como cautivó el de Silvela y el mío y el de casi toda nuestra generación que aparecía en la vida cuando todavía estaban en pie nuestros eternos ideales. Eran entonces todavía para todas las gentes: el Cristianismo el ideal de las religiones, el Espiritualismo el ideal de las filosofías, el Evangelio el ideal de la moral, el Cid el ideal de la caballería, Guzmán el Bueno el ideal del patriotismo, Cisneros el ideal de la autoridad, Isabel la Católica el ideal de la monarquía, Gonzalo de Córdova el ideal del valor, Fray Luis de León el ideal de la poesía, Fray Luis de Granada el ideal de la elocuencia, Cervantes el ideal del novelista, Calderón el ideal del dramaturgo, Miguel Angel el ideal del escultor y Rafael el ideal de la pintura. El *siglo de oro* de León X, el siglo de oro de la civilización española y el siglo de oro de la humanidad redimida. Siglo de oro que bautizó uno de nosotros con el nombre eternamente feliz de *¡La Grecia en Gracia de Dios!*

Nadie entonces soñaba con hacer alarde genial de materialismos groseros, ni de sensualismos vergonzosos, ni de positivismos rastreros. Nadie tronaba científicamente contra Dios, contra el alma, la razón, la libertad ni el derecho. La tentación constante era la de subir, jamás la de rebajarse. La luz, la armonía, la paz, eran las estrellas radiantes del cielo de nuestras aspiraciones comunes. Era un agravio personal arrojarnos al rostro la sospecha de partidarios ocultos de la *mueca* infame de Voltaire, del sensualismo torpe de Condillac, ó de tibios execradores de los feroces monstruos de la sangrienta orgia del *Terror* en los fastos abominables de la satánica Revolución francesa.

Hasta el clasicismo literario y artístico nos parecía *pagano*, y un romanticismo desenfrenado pseudo-cristiano á su vez, nos arrebatava con ciega y loca exaltación en sus brazos á las regiones quiméricas de un misticismo vaporoso bajo las bóvedas inmensas de los templos fantásticos de una soñada Cristiandad.

Ya lo ha dicho elocuentemente el Sr. Mellado al hablarnos de las épocas de su juventud y de la juventud del Sr. Silvela. Los pecados de aquella generación eran pecados de ilusiones, de ensueños, de aspiraciones fantásticas, descabelladas si queréis, ¡pero elevadas y generosas al fin!

¿Por qué hoy han cambiado los ideales?

¿Por qué hoy se hace gala de ser agnóstico, positivista y ateo?

¿Por qué en vez del idealismo de Hegel y hasta del armonismo de Krausse, abominados por todos, se tiene á gala y ostentación ser partidario de Augusto Comte ó de Littré, de Büchner, de Stuar Mill, ó de Häckel, cuando no de las demencias de Nieske?

¿Por qué en vez de aquel culto al derecho, de aquel amor á la libertad, de aquel individualismo político, económico, y sobre todo social, se ostenta y se adora ya como único posible Señor el ídolo tiránico del socialismo absorbente que hace del Dios-Es-

tado absoluto, opresor, asfixiante y liberticida como el Saturno devorador de todas las energías individuales?

¡Ah! Ya nos lo ha dicho el Sr. Mellado en su discurso esta tarde al comparar las alegres esperanzas de aquella generosa generación con las perplejidades, desmayos y pesimismo de las generaciones sucesivas: «porque ya son tristes realidades las ilusiones de antaño y muy otras las influencias mundiales que vienen á completar nuestros graves problemas interiores.»

Y ¿por qué son otras, Sr. Mellado?—preguntaría yo ahora al concienzudo escritor.

¡Ah! Son otras, porque el árbol ha dado naturalmente sus frutos, la simiente se ha transformado lógicamente en la flor de los venenosos aromas, el huevo se ha roto para dar salida al reptil y los vientos sembrados alegremente á deshora han traído la tempestad que al presente se cierne sobre nosotros y sobre los futuros destinos de esta hermosa civilización de que estábamos tan ufanos.

Ya lo dijo un gran pensador, ya nos lo anunció un gran filósofo y lo repitieron muchos después: todo el orden social descansa sobre el orden moral y todo el orden moral descansa como sobre su único fundamento, sobre la idea de Dios. El ateísmo más ó menos disimulado ó disfrazado, el ateísmo de guante blanco y de frac, el ateísmo filosófico de la cátedra, el ateísmo político del Estado sin Dios, mina y destruye la sociedad por su base, y minadas las bases de la sociedad, toda ella se bambolea y derrumba al ímpetu debelador de sus eternos y naturales enemigos irreductibles, los que, lejos de buscar en la sociedad la garantía del derecho para los fines legítimos del desarrollo de su armónica personalidad, sólo buscan la mina en que apropiarse por la violencia de los tesoros del trabajo acumulado por otros, bien así como los merodeadores de oficio, entre las ruinas y los escombros de las ciudades conmovidas durante los clásicos terremotos, en los países volcánicos, se aprovechan de la catástrofe

universal, no para atenuar sus efectos á fuerza de abnegación y heroísmo, sino para aumentarlos con daño de las víctimas inocentes aprovechando la confusión y el trastorno para apoderarse de todo lo que legalmente no es suyo y de que no podían disfrutar por otra vía que la violencia.

Hoy el mundo moderno es presa del ateísmo oficial, y al ateísmo oficial ha respondido el ateísmo social; á la cátedra racionalista ha respondido el agnóstico; á la enseñanza materialista, el anarquista libertario; á la escuela laica, el *apache*.

Y por eso, si bien lo consideráis, veréis desde lo alto del observatorio imparcial, la correspondencia perfecta, armónica y soberana de las *dos mareas antisociales: la marea de la secularización antieristiana y atea*, que va inundando paulatinamente la sociedad en alas de la enseñanza oficial, desde la imposición del naturalismo en la cátedra hasta la proscripción del crucifijo en las escuelas sin Dios y hasta el monopolio despótico de la corrupción oficial impuesta en nombre de la libertad en el violado seno del hogar ¡templo sagrado de la familia!; y la *marea de la barbarie antisocial* que sube lenta é implacable al compás con que avanza la otra, en brazos del aprendizaje inmoral que no sabe de otro Dios que la *fuerza*, y cuya única aspiración es hacer de la cultura el tabuco con que violar en provecho propio, exclusivo, la ley social del trabajo y de la justicia con la imposición de otra esclavitud al revés: la esclavitud del Capital al servicio de la Pereza.

Estas *dos mareas*, señores: la *marea de la Persecución* y la *marea de la Barbarie*, empezaron por la tolerancia del mal, hipócritamente pedida é hipócritamente concedida bajo la máscara de una mentira oficial; máscara arrojada cínicamente después á nombre del individualismo triunfante y del liberalismo indiferente. A poco esta libertad del error se transformó en imposición de la mentira por el monopolio tiránico de un estado infalible é inquisidor; la concurrencia aclamada cedió su puesto al exclu-

sivismo burocrático, y el liberalismo individualista al jacobinismo radical, padre auténtico del socialismo (parricida en el orden de los principios aunque hijo obediente y cariñoso en el orden de los medios, de los fines y de las consecuencias sociales). Hoy el resultado final de todo el proceso está visto: la vociferada *libertad religiosa* se ostenta en *persecución* y se evidencia en *tiranía*; la exaltada *libertad del trabajo* se manifiesta en *sindicalismo industrial* y se resuelve en *esclavitud*; y mientras se expulsan y se despojan las *Hermanas de la Caridad* y los *Hermanos de la Doctrina* en los *Hospitales* y en las *Escuelas sin Dios*, los *anarquistas antisociales* hacen su propaganda por el *hecho* cobrando las letras giradas contra la sociedad por los Maestros de las escuelas en que se enseñó la *Moral laica* á la juventud, á tiro limpio de armas de repetición perfeccionadas y en automóviles del modelo de la última novedad, como discípulos convencidos del gran principio del *Kulturkampf*, ó sea de la *cultura sin religión*, cuyo símbolo más perfecto está en el *browning* del *apache*, ó sea del *héroe* redentor de las injusticias sociales que acarrea la libertad.

Hay coincidencias... transcendentales. ¿Habéis reparado en el Nombre de uno de los asesinos infames que roban y matan por convicción haciendo alarde de sus crímenes en automóvil en el vecino pueblo de Francia?

Pues tiene por Nombre «*¡La Ciencia!*», y la causa de este apodo es que su estribillo constante para justificar sus delitos es que *¡La Ciencia!* ha demostrado que no hay Dios, que no hay cielo, ni infierno, ni eternidad, y que, por lo tanto, *¡La Ciencia!* está en *saber* aprovecharse de la fuerza para despojar á los *ignorantes*.

Por eso la carta del condenado á muerte *Tisseau* acusando á la enseñanza oficial de su formación de asesino, me hizo al leerla el efecto de un bofetón en la mejilla de los organismos sociales; pero como la injuria de un bofetón supone honor que lo sufra y

los organismos materialistas no pueden suponer el honor, que es patrimonio del alma, el bofetón ha sido un poco de aire que el aire se llevará mientras no se alce en los aires el ronco y definitivo clamor de las enseñanzas antisociales aclamando el incendio desolador que se alce como el *gran apóstol* del hecho del *credo* antisocial del *nihilismo*, que será la definitiva sanción de la *Teofobia* imperante en sus últimas consecuencias.

¿Y cuál podrá ser, señores, la razón por que estas dos colosales mareas avanzan tan á compás, que parecen movidas por una fuerza común?

Pues la razón es muy sencilla: Porque las une y las enlaza la lógica; ¡la lógica inexorable y fatal! La lógica racional que une la *consecuencia* con la *premisa*, y la lógica Providencial que enlaza el *crimen* con el *castigo*.

Y sucedió, Sres. Académicos, que la juventud española como la juventud europea, fué encaminada en sus generosos alientos, no por la vía amplia, elevada y feliz de los derroteros cristianos, sino por la vía tortuosa, enmarañada y fatal de los derroteros racionalistas. En nombre de la Razón se la hizo renegar de la Fe, y después de renegar de la Fe la Razón proclamó en alta voz su suicidio. En nombre de la Libertad se renegó de la Autoridad, y renegada la Autoridad la Libertad afirmó su *determinismo*. ¡En nombre del Derecho se abominó de la Ley, y una vez abominada la Ley se hizo escarnio del Derecho proclamándole hasta *inmoral!* Y aquel individualismo triunfante, y aquel idealismo transcendental, y aquel racionalismo omnipotente se trocaron como por arte mágico, de repente, en una *Estato-latria* brutal, en un *sensualismo* grosero, en un imbecil *agnosticismo*, cuyas absurdas negaciones no ha sido posible formular en el idioma castellano forjado por la razón y por la fe para expresar la verdad y no para formular el error por su noble *Excelsitud Moral*, como nos ha dicho tan profunda y tan elocuentemente también, el señor Mellado esta tarde.

El Sr. Mellado y el Sr. Silvela lo han recordado mil veces en sus conversaciones conmigo. ¿Qué era el Sr. Mellado, por ejemplo, cuando vino á los diez y seis años de Málaga por primera vez á Madrid? El Sr. Mellado era un adolescente cristiano lleno de virtud y de fe como educado por una familia española en un ambiente social en que se *vivía* el lenguaje de Cervantes y Calderón; el Sr. Mellado era un *clásico* en cultura y en religión y en literatura y en arte; sus autores más favoritos eran Tácito, Quevedo, Meléndez Valdés, Garcilaso, Martínez de la Rosa y Selgas; su primer ensayo, una traducción del primer canto de la *Iliada*. El Sr. Mellado era un *equilibrado* social que veía clara, apaciblemente la verdad en el templo sereno de su razón, trasunto aunque débil, fiel, del santuario divino de la eterna sabiduría.

Con este bagaje desembarcó el Sr. Mellado en Madrid. ¿Qué era á los pocos años de llegar á Madrid el Sr. Mellado? Él mismo nos lo acaba paladinamente de confesar al describirnos las ideas y los sentimientos de la juventud de que formaba parte. «Todo en filosofía menos cristiano: racionalista, escéptico, soñador, alucinado, utopista; todo en política menos gobernante: individualista, librecambista, demagogo; lo más incoherente, amorfo y peregrino que puede mover las entrañas y el pensamiento de una colectividad.»

¿Y cuál fué la causa de tan honda perturbación? ¿Cuál había de ser? Se lo estáis acabando de oír: la *enseñanza* racionalista oficial. Aquello no era la voz augusta de la verdad ni la voz serena de la razón que desenvuelve sosegadamente sus tesoros para que los recoja el alumno. Aquello era la gritería discordante y desentonada de todos los errores contradictorios á un tiempo, que se desacreditaban constantes, injuriándose con toda suerte de epítetos, que si consiguieron quebrantar con sus negaciones blasfemas la antigua y gloriosa fe en el ánimo del Sr. Mellado, no pudieron levantar en su alma, como en un altar despojado, otra divinidad ni otra fe.

Le habían arrebatado el tesoro heredado de la verdad, y en el arca de sus creencias sólo le pusieron la *duda*. La duda, que ó es el tormento desgarrador del espíritu entenebrecido, anhelante y hambriento y sediento de luz, ó es el frío glacial de la indiferencia en que atrofian su vida y su vigor todas las energías del alma.

Una sola verdad! una sola virtud! un solo amor! una sola esperanza! le quedó al Sr. Mellado en el fondo de aquella caja, al revés de la de Pandora, que fué la única tabla de salvación del Sr. Mellado en aquel naufragio espiritual: ¡la lengua! ¡la luz irradiada del patrio idioma! infusa y radiante en él por una sabiduría trascendental bajada sin duda de lo alto, á un pueblo que hablaba el lenguaje de la verdad porque entendía, sentía, cantaba y vivía su fe! ¡Aquel resplandor fué su brújula entre las tempestades del mar! ¡Fué su faro entre las tinieblas de la noche! fué su norte en los caminos de la vida!

Por su acendrado amor á su diáfana claridad se apartó con horror de las tenebrosidades krausistas, por su horror innato á la vil mentira se enamoró de la propiedad de las voces que dan su nombre á las cosas, y abominó de la jerga de la impiedad que sólo consiste en llamarlas todo lo contrario que son, y al verlas todas ordenadas en el hilo de oro de la verdad á la luz celeste de su razón que encendía el verbo de Dios en su alma, trocó en realidad el espejo que también las representaba, é hizo un ídolo del sonoro verbo español, sin ver todavía en este verbo el reflejo divino del Verbo eterno de Dios que da el ser á todas las cosas y la luz á todos los entendimientos para conocerlas y nombrarlas con el nombre que define su esencia y da á conocer su verdad.

Pero al fin el ídolo era la imagen representativa del Dios; á la grandeza de la imagen iba proporcionándose el templo, y el incienso con que la daba culto adorándola en el fondo del corazón se iba poco á poco elevando hasta perderse en lo alto del

cielo en donde esplende á los ojos de la inteligencia, la unidad, la verdad, la bondad y la belleza de la palabra creadora de Dios, que irradia y refleja los resplandores de su luz sobre la haz de todas las cosas.

«Mil gracias derramando  
pasó por estos sotes con premura  
y yéndolos mirando  
con sólo su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.»

El alma del Sr. Mellado era demasiado inteligente para no ver en la propiedad castiza del lenguaje la marca auténtica de la realidad, el sello real del legítimo conocimiento, el contraste inimitable de la verdad y por tanto el reflejo de oro de aquella luz cuyo foco arde en las mismas cumbres del ser. La armonía total del sistema que comprende y explica toda la trama del Universo tanto físico como moral, tanto espiritual como físico, no pudo ocultarse á la vista de su espíritu inteligente; y enamorado de su belleza moral quiso empezar á ordenarse en él, entrando por la puerta grande de la razón en el templo sereno del Deber para rendirle el homenaje de su culto.

El *Deber*, por su belleza moral, ha sido otra de las divinidades á cuyo altar ha sido llevado el Sr. Mellado por el hilo de oro del lenguaje. No hay que olvidar este carácter distintivo de los pensadores españoles y cuya clave es la claridad propia de su razón que esplende y alumbra todas las cosas ordenándolas según su ser, tanto en la expresión de sus relaciones teóricas al nombrarlas, como en la realización de sus mociones prácticas al hacerlas. El que piensa *bien*, habla *claro* y obra con *rectitud* si piensa, habla y obra con *sinceridad*, y éste ha sido el distintivo literario del Sr. Mellado en todo el curso de su vida y en todos los rasgos de su pluma.

Jamás ha escrito nada que no sintiera, y aunque en el trans-

curso de su vida, ya por las lecciones de la experiencia, ya por el estudio de la realidad, tal vez principalmente por la influencia de los años, que suelen dar madurez al juicio, ha cambiado de criterio en sus opiniones políticas y filosóficas, mas siempre sus artículos y comentarios respondieron á su estado de conciencia, revelando sus anhelos de dar á todo trance con la verdad que buscaba su alma. Si en este terreno ha habido quizá alguna excepción, ha sido efecto de la lástima que le inspiraba algún autor al fustigar como merecía sus trabajos. La perspectiva de los efectos sociales de un juicio desfavorable en periódicos de inmensa circulación, hicieron vacilar los fueros de su justicia ante la súplica de indulto formulada por los fueros de la Misericordia. En lo demás era inflexible, y sus yerros había que ponerlos á cuenta de su razón, de su juicio y su inteligencia, jamás á cuenta de su voluntad. Siguió á Castelar, combatió la demagogia y el cantón, perdió en dos meses 30.000 suscritores del diario que á la sazón dirigía, y no siéndole posible seguir en su constante política de orden moral y social, se retiró á su casa sin periódico, sin sueldo y sin fortuna. Poco menos le ocurrió con el célebre crimen de la calle de Fuencarral; también entonces por no prestarse á secundar los malsanos anhelos de la opinión, hizo perder á *El Imparcial* más de 10.000 suscritores; pero no se rindió á los halagos y ventajas de una fácil y productiva popularidad que consideraba injusta. Fué por entonces cuando, hablando de Mellado, dijo *Clarín* «que sólo le reconocía el talento de adivinar todas las noches lo que á la mañana siguiente pensarían 70.000 tontos». *Clarín* por lo visto ignoraba que esos tontos no tenían en su cabeza más pensamiento que adivinar, que el que les colocaba recién formado y caliente todos los días, *El Imparcial* por la mañana. «No es cierto eso», oí contar que le decía un redactor al director de un gran periódico una noche en la Redacción al ir á dar á la imprenta una noticia. «Pero mañana lo será», repuso satisfecho el director, poniéndole el *visto bueno*

como seguro de la aceptación de la letra girada contra la cómplice credulidad de sus habituales lectores.

La gran época de Mellado como periodista fué la época en que fué director omnipotente del periódico *El Imparcial*. Sus fondos, superiormente escritos, es cierto, fueron el *credo* diario de muchas gentes; su pluma hacía y deshacía ministros. El *general*, como le llamaban sus colegas, gozaba de una autoridad universal. Fué el *¡Maestro!* de muchos de los periodistas actuales de nota y celebridad, y sean las que fueren sus culpas, siempre le abonarán dos descargos: el culto al deber moral y lo castizo de su estilo acerado y deslumbrador, mesurado, correcto y persuasivo. De esto, todos los que aquí estamos podemos dar autorizada razón por lo mismo que muchos estamos muy lejos de compartir las ideas en él vertidas y tan discretamente propagadas.

Pero donde verdaderamente se explayó el espíritu y la pluma del Sr. Mellado, fué en sus trabajos clásicos sobre Roma; en sus estudios críticos de la Edad Cristiana, de la Edad Media y del siglo glorioso de nuestros Austrias. Allí, apartados los ojos y la atención de la política menuda parlamentaria y de los chismes políticos de los partidos en que se consumen las energías de la Patria, sin otro ideal que la imitación servil de la última moda según el último figurín francés, y todo lo más italiano ó alemán, se refugiaba el alma soñadora del Sr. Mellado como un sonámbulo que abandona la realidad para ambular, como un espíritu de otro mundo, por los ámbitos del Anfiteatro y del Foro, por las Catacumbas y las Basílicas, por los claustros de las Catedrales y por las cuadras del Alcázar y bajo las bóvedas de El Escorial. Sus trabajos sobre Calígula y Domiciano son anteriores al *¿Quo-Vadis?*, están hechos con la paciencia de un benedictino y podrían anotarse poniendo al pie de cada página otra media página en latín, citando los autores clásicos de donde fué tomando cada dato histórico particular, con los que entreteje su

estudio, y lo mismo sucede con todos los demás. Recuerdo haberle oído decir que para su trabajo sobre el duque de Alba, que es de los más cortos de todos, había tenido que consultar nada menos que *cincuenta* obras.

Sobre todas sobresale el libro sobre Roma que publicó con ilustraciones artísticas dignas de toda ponderación, y que es lo que más ha contribuido á su prestigio de escritor sobre materias históricas. Con un respeto casi religioso á la verdad, tal como se aparece ante los ojos del historiador concienzudo, ha resucitado aquellos tiempos el Sr. Mellado, presentando á los personajes con toda la vida y todo el color con que se ofrecían á la vista de sus contemporáneos, ya en el Senado, ya en el Foro, ya en el Circo, ya en el festín, ya en el Palacio en consejo con el Emperador, ya en las conversaciones de esclavos en que alborea la aurora del próximo triunfo del Cristianismo, ya entre gladiadores y parásitos y demás gente característica y peculiar de aquella sociedad tan interesante, sin olvidar ni las *altas Diurnas*, que tenían vez y lugar de periódicos, ni los oficios divinos celebrados á puerta cerrada en las Catacumbas, donde aparece en persona San Juan Evangelista hablando con las palabras propias de sus Epístolas y el espíritu sublime de su Evangelio.

En el fondo de todo el cuadro domina como un estado psicológico la demencia propia de los Césares, señores divinizados del Universo, y las voces que resuenan en su alrededor parecen ecos de las voces que repercuten por labios de Séneca, Suetonio, Tácito, Juvenal, Stacio, Marcial, Casio, y Velejo Patérculo los acéntos de aquellos seres, engendros de aquella organización social que nos presenta como verdaderos monstruos la Historia, sobresaliendo á mi juicio en fuerza dramática y retórica el *Monólogo de Domiciano* y el terrible *Delirio de Calígula*, así como entre los estudios de la Época Moderna merece especial mención el pintoresco relato del veterano español contando el *saco de Roma* por las tropas del Condestable.

Desde el 30 de Septiembre de 1868, en que publicó su primer artículo el Sr. Mellado, y que le mereció una felicitación de oficio del Duque de la Torre, hasta ayer mismo, no ha dejado de escribir en los periódicos ni una sola semana; es decir, en el espacio de cuarenta y cuatro años.

Hace ya tiempo se retiró de la lucha diaria y de las campañas activas de la prensa de combate, para redactar revistas y crónicas desapasionadas é imparciales en *El Diario de la Marina*, de la Habana, donde colabora desde 1885, y en *El Diario Español*, de Buenos Aires, órganos ambos de acendrado españolismo y que trabajan con celo y fe constantes en defender la honra y los intereses de la Patria. Si se coleccionaran los artículos y todos sus escritos, podría formarse multitud de tomos donde vibra toda nuestra historia contemporánea, no contada con la frialdad de lo pasado, sino llena de vida y de color, como trazada en medio de la lucha, viendo las convulsiones y los incendios, compenetrándose con los heroísmos del momento, llorando las desgracias ó cantando los triunfos del día.

Son muchos los artículos que tuvieron celebridad, que produjeron gran efecto: una correspondencia suya de *El Diario de la Marina*, determinó, al llegar á Madrid, la dimisión instantánea del Sr. Silvela, que dejó el Ministerio de la Gobernación, y una carta, de fecha más reciente, relatando las inundaciones de Málaga, transmitida por el cable á *El Diario Español*, de Buenos Aires, movió la caridad de los argentinos y españoles de aquella República, haciendo que á las cuarenta y ocho horas enviaran para el socorro de las víctimas del siniestro, setenta y cinco mil pesetas, que el mismo Sr. Mellado tuvo la satisfacción de repartir en la semana de la catástrofe.

Fuerza es, señores, en obsequio á la brevedad, contentarme con alusiones escuetas á las obras más afortunadas, sin deleitarme en citar, copiando las elocuentes palabras de sus estudios, y viéndome precisado tan solamente á recordar artículos

sensacionales como «El fulanismo y los fulanistas», «El triunfo de los ejércitos del Pretendiente», «Un cuento de Teófilo Gauthier», y sobre ellos, el sentidísimo escrito sobre la muerte del rey D. Alfonso XII, el del nacimiento de D. Alfonso XIII (dos páginas solemnes de nuestra historia), la brillante alocución á las damas españolas cuando las inundaciones de Murcia, y la impetración ferviente pidiendo indulto á S. M. la Reina Cristina para los reos sentenciados por una sublevación militar.

Como esos trabajos, palpitantes de emoción, una vez impresos y leídos, desaparecen y son como hojas lanzadas al viento, que el viento se lleva, me complazco en reproducir en apéndice algunos de ellos, pues así consignados, quedarán para algún lector amigo y curioso en lo porvenir, como muestra y ejemplo de lo que fué el periodismo en los días á que me refiero, y de cómo improvisaba entregando las cuartillas escritas á vuela pluma á la imprenta el nuevo académico.

Cito estas muestras entresacándolas de la copiosa labor por lo que tienen de literarias más que de políticas, y por el elogio que hubieron de merecer por su forma á todo el público en general (1).

Porque esa era entonces la voz de todos los críticos imparciales. El talento de escritor del Sr. Mellado, su inteligente discreción, su estilo brillante y persuasivo era lo que daban realce y valor al periódico de un partido político que era un partido nada más y del que eran contrarios y enemigos otros partidos españoles; pero el secreto y la clave de la pública aceptación de los artículos de Mellado no estaba en el argumento político puramente circunstancial, sino en los andamiajes morales y en los revestimientos estéticos con que autorizaba el sofisma ó disfrazaba

(1) Como los trabajos periodísticos están llamados á desaparecer á los pocos días de publicados, me parece oportuno insertar en *apéndices* más que en *notas* algunas muestras de las que cito de esta brillante labor, consignándolas aquí como un dato del estilo del Sr. Mellado y del periodismo en su época y como prueba y confirmaciones además de lo que decimos en el *texto*.



el error ó hacía estable á la verdad en medio de los embates de todos. El agua corría limpia del manantial, pero el caño de oro con que la encauzaba el Sr. Mellado, si la conservaba en su limpidez y la aumentaba en su frescura, no la evitaba caer en vasos que unas veces eran de cristal, otras veces eran de plomo y de barro alguna que otra vez, aunque siempre parecieran de plata por el brillo que les daba al caer en su seno con el resplandor de sus ondas, la clara linfa que el caño tomaba del manantial que brotaba allá en las alturas, de las entrañas del suelo del venerable, clásico y tradicional hogar sagrado de la Patria.

Todo lo cual viene por fin á concluir, coronando todo cuanto venimos diciendo, en que el Sr. Mellado es un escritor clásico en toda la fuerza de la palabra del clásico idioma castellano, que hizo del culto clásico de la noble lengua de Castilla una verdadera religión y que sea cual fuere el ídolo que coloque sobre el altar, la liturgia es siempre cristiana porque cristiano es el canto, las palabras de la oración y hasta el incienso con que le ofrenda. ¡Que éstos son los misterios recónditos del amor! pues ya hemos visto cómo el alma del Sr. Mellado se transfiguró al calor del alma de nuestro idioma ¡alma santificada, educada, informada y sublimada por los esplendores de la cruz! y cómo el Sr. Mellado, seducido y fascinado primero por la forma castiza accidental de la lengua, se hizo amante casi sin sentirlo después, de su forma sustancial castiza, y cómo la belleza moral del orden de que brota el sentimiento del deber y en que está informado su verbo le llevó al respeto, por lo menos, de la verdad, que es el manantial purísimo del deber como fuente del orden divino que lo contiene.

Así se realizó en el alma del Sr. Mellado, descristianizada por las enseñanzas racionalistas, al contacto espiritual con el alma de nuestra lengua informada por las verdades eternas del orden espiritualista cristiano y al conjuro de todos los inmortales acentos de nuestra patria literatura, el hondo, misterioso y sublime fenómeno psicológico que nos canta en sus dulcísimas lirás

Fray Luis de León, hablando de la extremada música de Salinas.

El alma *naturalmente cristiana* de Mellado oye la voz acorde de los excelsos genios que forman el coro de las constelaciones del cielo de nuestras letras entonando el himno religioso y patriótico español en el sonoro verbo castellano...

«Á cuyo son divino  
el alma que en olvido está sumida  
torna á cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primero esclarecida.»

Y si recordáis los últimos y sentidos acentos del Sr. Mellado al relatar y comentar los párrafos rebosantes de unción cristiana y caridad alta y sublimemente divina del Sr. Silvela al dibujar entre las solitarias estrecheces del claustro del Monasterio perdido entre las montañas de Navarra y de Aragón, la figura ideal de la religiosa consejera de Felipe IV y sobre el lecho de muerte de la heroica consoladora de los pobres de Málaga á doña Trinidad Grund, en los instantes de entregar su alma al Creador, no podréis menos de confesar todos conmigo que gracias á aquella sublime *Excelsitud Moral* del noble idioma castellano, el alma del Sr. Mellado, como el alma del Sr. Silvela, como el alma de su generación, remontándose hasta el cielo con resplandores divinos, vuelan todavía por encima de todas las cumbres y los mares con rumbo á las celestes esferas en que impera el Sol, como almas que llevan impreso el sello divino de la imagen y semejanza de Dios y escuchan en los acentos de sus voces el eco de la palabra creadora del Eterno que siembra de mundos los espacios para que canten su gloria por la inmensidad con el inextinguible brillo de sus luces

«y como se *conoce*  
en suerte y *pensamientos se mejora.*»

Y así como el Sr. Silvela se conoció y se mejoró sustrayéndose á la fascinación sofística de una espantosa negación que encubría sus horrendos abismos con la aparente y engañadora modestia de una falsa neutralidad, y ascendió desde una crítica superficial y ligera de guante blanco y de salón, á una Ética trascendental, á una Ética metafísica, á la Ética religiosa, á la Ética mística iba casi á decir, que se revela en esas páginas memorables en que á través del cuadro de los dolores humanos se transparenta el admirable espectáculo de la celeste aparición del orden moral, espiritual y religioso invisible, como la escala santa de Jacob por donde suben y bajan oraciones, auxilios y consolaciones los ángeles luminosos del cielo, así también el Sr. Mellado no pudo perder del todo en su naufragio espiritual el hábito moral de su fe, y entre las negaciones absurdas en que vió caer á sus compañeros de Universidad y de Prensa y de Parlamento, y su inteligencia clara, sana, equilibrada y serena, se levantó como un muro infranqueable, diamantino y espiritual la lengua de Santa Teresa de Jesús, de los Luises, de Lope de Vega y Calderón, de Cervantes y de San Juan de la Cruz, que le preservaban del daño con el santo horror á las nieblas de las *germanías del sofisma*, manteniéndole en el ambiente purísimo de las ideas y sentimientos cristianos, con el bautismo regenerador de los rocíos celestes y la viva presencia del orden eterno moral, que no se concibe sino basado y coronado por Dios, y solo brilla transfigurado en todo su divino esplendor en las sobrenaturales esferas del orden propiamente cristiano.

¡Que tal y tanta es la virtud de esos sonos en que encarna y sangra el amor á los luminosos ideales que los transfiguran al fijarlos como los signos vivientes de la realidad avasallada por el conocimiento de la inteligencia soberana del pueblo que los habló!

Ya lo habéis oído esta tarde en aquel canto al divino verbo de la Patria, grabado como en mármol y bronce por sus acentos

pujantes en el discurso del Sr. Mellado; canto hermosamente resumido en aquellas palabras del pensador germánico hablando de los helenos, que me atrevo á condensar en esta fórmula irreductible, lapidaria y trascendental:

*«La lengua es el verdadero maestro de los pueblos y la forma substancial, suprema de su nacional patriotismo.»*

De donde se debe por inexorable lógica concluir lo que tan profundamente dijo Valera y repite Mellado hoy: «que donde decae el idioma, el genio nacional decae, y donde el habla guarda su pureza y su hermosura, el espíritu nacional cuenta con esperanzas de vida imperecedera».

Tal lo demuestra, señores, el caso del alma del Sr. Mellado, tal es el alma que vibra en su magnífico discurso, tal es el alma de mi contestación deficiente, pero alma que es imperiosísimo deber de todo buen ciudadano señalar á la consideración de todas las gentes, para que no sucumba vencido el noble pueblo español por el robo violento de su *Paladium* triunfante, invencible y tradicional.

Por eso, en nombre de la Academia, saludo con emoción verdadera el valeroso refuerzo del Sr. Mellado, á tan gloriosa empresa nacional como la que asiduamente conllevamos, dirigiéndole estas últimas palabras, síntesis de todo mi pensamiento y alma de toda mi contestación.

¡Bien venido sea hoy el Sr. Mellado á nuestro seno, en donde no se profesa otra religión, literaria, política ni social, que el culto al alma sagrada de nuestro idioma, como expresión propia, castiza y feliz de las ideas y de los sentimientos que lo formaron y que imprimieron tan hondamente en sus giros el sello del verbo que lo creó, que será necesario corromperle para que deje de ser clarísimo espejo de luz en que se refleja esplendente el sol radiante de la verdad!

Pues mientras el habla castellana resuena en los ámbitos sagrados de la Patria española con la pureza, la propiedad, la ele-

vación y la grandeza de nuestros clásicos, ¡los genios evocados por la palabra creadora de Dios para hacer coro al invencible valor de nuestras armas que tan alta pusieron la gloria y la fama del poderío español!; mientras no se borre de sus acentos la marca divina con que los señaló el golpear incesante de nuestras espadas en ocho siglos de combate por la Patria y la Cruz; mientras no se apague en el cielo de nuestras letras el esplendor clarísimo de la luz que irradian incesantes los ideales eternos del amor, del valor, del honor de la razón y de la fe, que constituyen el carácter propio y distinto de la naturaleza de nuestra raza, nuestra única fuente de renacimiento y de regeneración y el luminoso horizonte de nuestro porvenir de gloria, de grandeza y de felicidad, la clara lengua de Castilla mantendrá viva en su seno, como en el santuario de un templo se contiene un Dios, una fuerza espiritual tan invencible y potente, que en vano será querer forzarla para que aulle los salvajes rugidos de la bestia humana, despojada de su espíritu y su razón, ni para que ladre las impotentes blasfemias del odio satánico contra el Ser Supremo, ni para que sirva de órgano á una civilización al revés que sólo podrá ser una irremisible y definitiva barbarie; y habrá siempre por irreductible necesidad que optar por uno de los términos del dilema: ó renunciar á hablar en español ó evocar con ella, al noble conjuro de su elevación y grandeza, de su pompa y su majestad, al Dios todo poderoso, creador y redentor á quien invocaba el *Mío Cid* en sus inmortales *Canciones de Gesta*, que forman la Epopeya histórica de nuestra Patria, al alma espiritual, inteligente y libre que campea triunfante de todas las fatalidades y de todos los poderes de la tierra y de los infiernos en todas las luchas de la vida que forman la trama de nuestro *Teatro Nacional*, á todos los dogmas y los misterios de la fe cristiana que se ostenta en toda su magnificencia y esplendor en los *Autos Sacramentales*, á toda la gallardía, nobleza, generosidad y valor que esplende nuestro *popular Romancero* y á la más alta y

sublime contemplación y á los ardientes y enamorados raptos del amor divino en que se deifica la humanidad en amorosísimo coloquio con Dios, con Jesús, con la Virgen María, con los Ángeles y los Santos en las obras celestes de los inefables místicos españoles, desde la prosa inimitable y encantadoramente vulgar de la incomparable Santa Teresa de Jesús hasta las canciones espirituales cinceladas con buriles de luz sobre límpidos y cristalinos diamantes de roca antigua en los versos angélicos en su inspiración celestial y humanos en su encarnadura mortal llena de vida y de pasión, del Gran Poeta del Amor, el propiamente divino San Juan de la Cruz.

Bien venido sea pues, vuelvo á repetir para terminar, el clásico y castizo, y popular escritor, D. Andrés Mellado, al seno de este templo consagrado á la gloria y cultivo del nobilísimo idioma español, y no tome á mal que no haya hoy aquí recordado sus títulos políticos y sociales, sus grandes cargos en la Administración como el de Alcalde de Madrid y Ministro, con tanta, y tan hidalga rectitud, como acierto desempeñados. Su valer en todos los campos de su actividad, es de todos bien conocido. Yo hoy sólo he procurado parafrasear su discurso desentrañando de su forma opulenta, elocuentísima y genial, la medula de su trascendental argumento, que si «es *don divino* el de la palabra otorgado para el Ministerio de la razón, que es la participación de la luz increada en nuestras almas para el conocimiento de la verdad, como acertadamente lo estimaron los esclarecidos varones del siglo de oro que alzándose de la haz de la tierra, tanto por la lengua castellana que hicieron rival de la griega y de la latina, como por la espada, arribaron al firme asiento de la inmortalidad» claro está que los rayos de luz de la verdad absoluta que iluminan las inteligencias y alumbran la esencia de las cosas que son, esplenderán á los ojos de la razón, que fueron creados para la verdad como los ojos del cuerpo para la luz, y darán alma y vida á la palabra que toma carne y sangre en la voz de la raza

viva que la habla, de modo que su verbo nacional sea como el *Maestro de la verdad* de los pueblos que se entienden en él y como el *Código fundamental* de los destinos de la Patria que consigna en sus acentos las creencias vivas de su alma y los hondos latidos de su corazón.

No es posible decir mejor que el noble idioma de Cervantes es el *alma* de la Patria española.

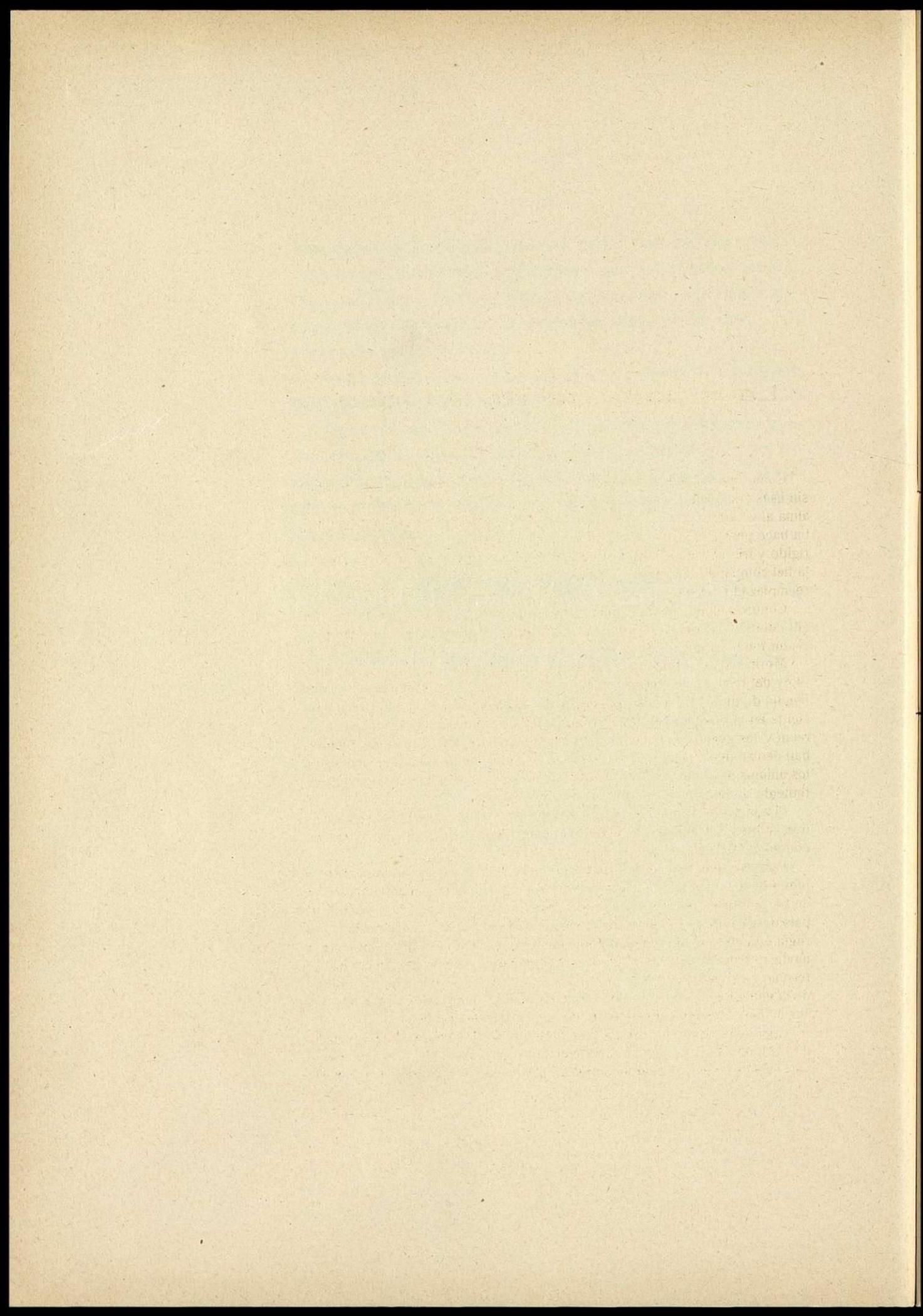
¡Que el hidalgo rostro del *Príncipe de nuestros ingenios* que ya nos preside, reaparecido entre nosotros, irradie la luz de su inteligente mirada sobre los destinos de la Nación que se enorgullece de hablar su lengua, la lengua que lleva como nombre suyo, su nombre:

«¡La lengua de Cervantes!»



ARTÍCULOS DEL SR. MELLADO

á que hace referencia el anterior discurso.



## La muerte del rey Alfonso.

Como una luz que se extingue, como una sombra que pasa, sin agonía, sin esas convulsiones supremas entre la vida y la muerte, ha entregado su alma al Criador el buen rey D. Alfonso XII. En aquel palacio, donde celebraba hace pocos años las fiestas de sus esponsales con la reina, yace ahora rígido y frío su cadáver cubierto de flores que esparció en lecho mortuorio la fiel compañera de su vida y bendecido por la imagen de Cristo que ha reemplazado entre sus manos el cetro de San Fernando.

Conturba hondamente el ánimo aquel cuadro desgarrador de la muerte allí donde la juventud, la grandeza, la fortuna, las glorias y el amor parecían reunir todas las dichas de la tierra.

Morir á los veintiocho años, en un trono, rodeado del cariño de un pueblo y del respeto de Europa, idolatrado por una esposa fidelísima y una familia de quien era la alegría y el sostén, lisonjeado por la influencia creciente en la prosperidad de España, por los horizontes de gloria que le sonreían y las generosas iniciativas de engrandecimiento nacional que palpitaban dentro de su pecho, es una de esas tragedias de la vida que conmueven los ánimos más impasibles y despiertan en todo corazón bien nacido un sentimiento de inmensa piedad y de angustioso duelo.

Fija la vista en aquellos mortales despojos, nos representa la memoria en irresistibles evocaciones las etapas recientes de una vida tan corta y de fecundidad tan bienhechora para esta nación infortunada.

Parece que lo vemos todavía cuando niño aún hacía su entrada entre el júbilo de los unos y la recelosa preocupación de los otros. Asentaba su trono en tierra minada por los volcanes de la anarquía y de la reacción; venía á un país desgarrado por la discordia y ensangrentado por la guerra carlista que rugía en el Norte y la rebelión filibustera que asolaba á Cuba. Sonriente y modesto entraba en Madrid, no como el monarca restaurador que viene á terreno conquistado en que vengar los agravios del destierro y los dolores de la emigración, sino como el jefe de un pueblo que aspira á ganarse por sus afanes y trabajos el cariño de todos y el derecho á reinar.

Como el astro de luz propia y potente que va en su marcha desvaneciendo las tinieblas, así á medida que adelantaba en su reinado aquel joven monarca de tan buen consejo iba ahuyentando los recelos, la frialdad y las hos-

tilidades, y ganándose el amor de muchos, la adhesión de antiguos adversarios del trono, el acatamiento de todo el país.

El respeto á la opinión, á la opinión verdadera de las gentes honradas, era para su carácter un culto y el deseo de ser útil, de figurar el primero en los sacrificios, en los peligros, en los servicios que las desgracias del país exigieran, fué norma constante de su conducta, aspiración suprema de su vida.

Mozo, muy mozo aún, casi adolescente, iba al Norte á participar de las penalidades de la guerra y aun á correr peligros que le amenazaron demasiado de cerca alguna vez. De allí volvía después con el ramo de oliva, símbolo de la paz de su reinado, á cuya sombra tuvimos años de gran desarrollo industrial y acrecentamiento de riqueza y crédito públicos.

Si una inundación asolaba las comarcas murcianas, allá iba el rey Alfonso á llevar el consuelo, el socorro y la esperanza de cabaña en cabaña, á la aldea y á la ciudad, al hospital y al taller.

Si, más tarde, las convulsiones del terremoto convertían en montón de escombros pueblos andaluces, el rey se apresuraba á acudir con su persona y su fortuna á remediar el duelo de la viuda y el huérfano, á alentar el desmayado espíritu, á confortar los pueblos atibulados. Y entonces en el rigor del invierno, en medio de la ventisca y de la nieve, quizá cuando ya en sus entrañas se anidaba el germen de la dolencia que le ha muerto, recorría por caminos trabajosos pueblo tras pueblo, siempre cariñoso, caritativo, jovial, con una sonrisa en los labios ante las penalidades de la jornada y con una palabra de consuelo y una lágrima en los ojos para las desgracias de sus adorados españoles.

Muy recientes están las amarguras de la última epidemia y el recuerdo de la última crisis que planteó, obstinado en ir personalmente al socorro de Murcia. No hallando medios constitucionales para cumplir aquel vehemente deseo, emprendió la temeridad sublime de su fuga á Aranjuez, donde se sentó junto al lecho de los moribundos. Respiró la atmósfera de los hospitales y saturó sus pulmones, acaso ya enfermos, de aquellos miasmas envenenados que arrebataron en breves días más de mil vidas á aquella infeliz población.

A su prudencia en la prosperidad correspondía el temple de su alma en los momentos difíciles. Su paseo militar por España á poco de los acontecimientos de Badajoz, cuando pudo temerse que la indisciplina tuviera raíces para mayores audacias, reveló que no era avaro de su persona ante los riesgos de la incertidumbre y de lo desconocido. Su presencia de espíritu, su serenidad valerosa sin altanerías enfrente de las furiosas procacidades de la demagogia parisiense, fué admiración de Europa y motivo legítimo para las satisfacciones de nuestro orgullo nacional.

Rey á la moderna, deseoso de conservar el brillo de la corona hermanándolo con el derecho popular, viósele romper el antiguo molde de los obstáculos tradicionales y llamar por personalísima iniciativa á los hombres que, militando en el campo de la revolución, tenían por bandera la libertad y la democracia.

Corto ha sido su reinado; malograda por desdicha su vida tan bienhechora

para la patria y para las libertades. Pero en sus actos, en sus ejemplos, quedan páginas de las más hermosas de la Monarquía, base de nuevas tradiciones para el trono y para el país y enseñanza muy fecunda para los pensadores y los políticos.

Muchas veces ha ido este pueblo madrileño á recibir en triunfo á su joven rey, ora cuando nos traía la pacificación del Norte, ora cuando regresaba de sus expediciones de caridad heroica, ora cuando volvía con el lauro de su valor pundonoroso ante las turbas de París.

Ahora, cuando el pueblo vaya á verle la última vez, hallará sólo los restos mortales de aquel hombre en cuyo corazón generoso vivía el amor á España, y en cuya frente pensadora irradiaban los grandes ideales de la patria.

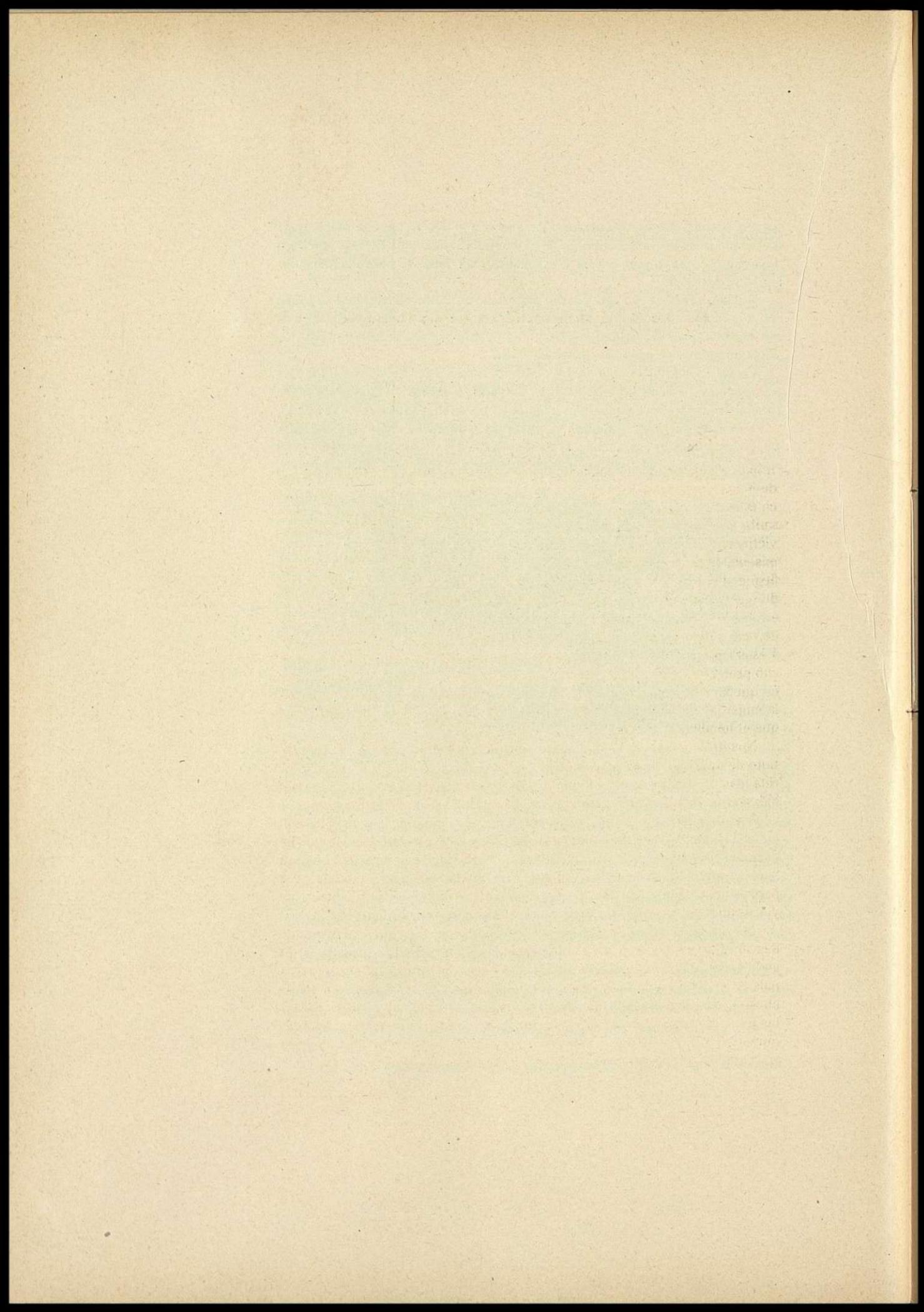
Á medida que pase el tiempo se advertirá el inmenso vacío que nos queda; la triste hora de las alabanzas ha empezado ya; no pasarán muchos años sin que hasta sus más irreconciliables enemigos hagan sus más fervientes elogios.

¡Plegue al cielo que no sea á costa de nuevas y aterradoras desgracias!

No pecamos jamás de aduladores en los días del triunfo. No asistimos nunca á las solemnidades de sus alegrías; mucho tiempo retraídos, permanecemos lejos del campo de los vencedores; lentamente la noble política de don Alfonso fué ganando buena parte de la democracia; después lo apoyamos como emblema de la paz, como defensa ante los riesgos seguros de hondas perturbaciones; más tarde, aunque alejados siempre de Palacio, le rendíamos culto de amor sincero en nuestro pecho; hoy le lloramos con verdadera amargura, con entrañable dolor.

¡Duerme en paz, oh rey! La hora de la justicia ha llegado. La historia inscribirá tu nombre entre los jefes de pueblos más dignos de gratitud. La España, que te ha de llorar mucho tiempo, hará bien pronto un culto de tu memoria y un monumento glorioso de tu reinado!

(*El Imparcial*, Septiembre, 1875.)



## A las damas españolas.

(EN LAS INUNDACIONES DE MURCIA)

Que las madres, dichosas al estrechar entre sus brazos al hijo de sus entrañas, se acuerden de esos pequeñuelos á quienes la inundación ha privado de hogar, de fortuna, tal vez del seno amoroso que no volverán á encontrar en el mundo; que las hijas, á quienes sonríen la juventud y la vida bajo la santa protección del adorado padre, se representen á sus pobres hermanas, víctimas de la catástrofe, ayer como ellas felices, hoy sumidas en la honda miseria, vagando sin objeto y sin más consuelo que la caridad de Dios; que llegue al corazón de mujeres españolas—ese corazón que tan grande ha tenido que ser cuando España no ha sucumbido en las infinitas amarguras de los errores de sus hijos—que lleguen hasta ellas el eco de tantos ayes y la imagen de tantos dolores y esto solo bastará; pero todo esto es preciso para devolver á esos millares de familias desvalidas un pedazo de pan que comer y un techo protector donde albergarse. Sin vosotras, nada podemos; con vosotras, no quedará sin enjugar una lágrima, ni sin consuelo un pobre. «Donde falta la mujer ¡ay del doliente!»—dice la Escritura. La mujer tiene un sentido más que el hombre: la caridad.

Nosotros queremos el bien, pero sólo ellas saben hacerlo. ¡Con qué instinto de ángel adivinan la pena más oculta! ¡Con qué delicadeza curan la herida más profunda sin que se sienta la mano bienhechora! Parece á la mirada indiferente y vulgar que para muchas la caridad es imposible, ó porque no conocen la miseria, ó porque viven en ella. Y sin embargo, la dama que reina en los salones envuelta en atmósfera de lujo y de esplendor, sabe donde hay desgracias verdaderas, y sin que la mano izquierda se entere del bien que hace la derecha, socorre de continuo grandes desventuras ignoradas; y la pobre mujer de la bohardilla, á quien parece que todo falta, aún adivina mayor desdicha que la suya y parte con otros el pan de la caridad.

Así son las mujeres de España, así las hizo Dios, para que en las grandes desventuras tuviéramos cerca la inmensidad de un cielo de virtud: para que en la serie de revueltas del desorden y delirios del orden no se trocara el país en el infierno de la desesperación, para que al vernos tan caídos de nuestra antigua gloria nos quedara como prenda de redención y esperanza de las reivindicaciones del carácter nacional, lo grande, lo inmutable; lo único que no decae en este país, el alma y el corazón de nuestras madres, de nuestras mujeres, de nuestras hijas y nuestras hermanas.

Ayer ellas dulcificaban los horrores de una guerra sangrienta, el herido tenía amparo, el huérfano y la viuda podían llorar al héroe muerto protegidos por las alas de la caridad. Nuevas desgracias llaman hoy á las puertas de aquellos corazones.

Muchas poblaciones que vivían en hermosos y fértiles valles han despertado hace cuatro noches al espanto de la inundación; los torrentes desbordados se han llevado en un momento el hogar, la fortuna y multitud de seres queridos. Ricos y felices los dejó el día, y miserable, con el luto en el pecho y el hambre en las entrañas, los halló el nuevo amanecer.

Hoy que no tienen casa vuelven los ojos á este hogar de todos, que tiene el bendito nombre de Patria; hoy que no tienen fortuna, tienden la mano temblorosa á este tesoro inagotable, puesto por el Dios del Calvario en el alma humana, y que ostenta el divino nombre de caridad; hoy que no tienen consuelo humano, imploran el favor, la limosna, el amparo amoroso de la más buena mitad de España, de la mujer.

Mujeres de España, ¡una limosna para los desvalidos de Murcia, de Alicante y Almería!

(*El Imparcial*.—19 de Octubre de 1879.)

## EL REY

(EN EL NACIMIENTO DE D. ALFONSO XIII)

Cuando no hace aún seis meses España lloraba la muerte de uno de sus reyes más queridos y conmovíanse propios y extraños ante aquel infortunio de tan doloroso término á una juventud de espléndidas esperanzas y pujantes iniciativas, horas de sobresalto y terror conturbaron con sombrías perspectivas todo el cuerpo social. Recelaban muchos que las exequias del rey don Alfonso fuesen los funerales de la Monarquía; imaginaban otros que en su féretro habían ido al panteón las insignias y la vida del poder real, y temían todos que la discordia sangrienta, el pronunciamiento y la guerra civil vendrían á disputarse la herencia, desgarrando más que otras veces las entrañas de la Patria.

La creencia en daños, no amenazadores, sino presentes, fué tan universal, que la prensa europea supuso en los primeros días alzamientos y tumultos, cuyo programa parecía trazado por nuestros anales de medio siglo de combate, de violencia y destrucción.

Grande fué el asombro ante la serenidad de juicio de gobernantes y gobernados, y singular la admiración de las naciones que nos consideraban despedazados y disueltos, al ver cómo en tan angustiada crisis la reina y la nación, juntando sus dolores y sus consuelos, se compenetraban en un solo sentimiento nobilísimo que imponían la necesidad y el deber, cual era el estricto cumplimiento de la ley, pacto fundamental entre los poderes tradicionales y los derechos de la soberanía del pueblo. La reina pidió al país el amparo de la orfandad del trono, y el país pidió á la reina el carácter y la entereza para regir la nación con buen gobierno. Haciéndose superiores ambos á las vacilaciones, á las tristezas y á los peligros, la regente y el país vienen cumpliendo lealmente esta obra difícil y patriótica, que afirmándo la paz garantiza el derecho, y manteniendo el orden salva la libertad.

\* \* \*

En medio de esta corriente de mutuas simpatías y recíprocos servicios entre los dos poderes que juntos encarnan la nación, un acontecimiento esperado viene hoy á estrechar por modo más firme los vínculos entre la familia reinante y el pueblo español.

Los deseos del malogrado rey Alfonso se han cumplido: ha heredado su nombre y su trono un hijo varón. Quizá en las horas de agonía, cuando en sus largos insomnios veía acercarse la muerte y sondaba en las profundidades de lo desconocido los tempestuosos azares de sus huerfanitas, quizá en los amargos presentimientos de los últimos días, cuando al interés del trono sacrificaba hasta el cuidado de su salud, dirigió al cielo ferventísimo voto condensando toda la pasión de su corazón de padre y todo el celo de jefe de una dinastía y de un pueblo, para pedir á Dios un heredero digno del trono y capaz de mantener íntegras la Patria y la corona.

Y quién sabe los secretos de la Providencia y esa relación misteriosa entre el mundo que vemos y la voluntad superior que nos rige: al extinguirse la vida de aquel rey y de aquel padre, sus ruegos eran oídos, y otro ser, otro espíritu, otra vida se agitaba ya en el seno materno para reanudar la sucesión de los reyes en el instante de nacer.

El hijo de D. Alfonso XII es ciertamente el único vástago real que cuenta el primer día de su vida por primer día de su reinado. ¡Suerte singular y extraña, más para temida que para envidiada! ¡Qué de enigmas y de misterios en los destinos del rey recién nacido! ¡En esta tierra donde los volcanes estallan, y se apagan, y remanecen; en este país atacado á veces de la fiebre innovadora, sin que luego se resigne á vivir con las innovaciones; aquí donde el pauperismo de las legiones políticas ha hecho un sistema de las mudanzas más ó menos hondas! ¡Cuánta energía y prudencia no son precisas en los poderes, cuánto patriotismo y constancia no son necesarios en todos los partidos sensatos para salvar los derechos del inocente hijo del rey Alfonso, y con ellos las libertades y los derechos del pueblo español!

Alcanzamos una época más accesible á la reflexión que á los entusiasmos: decadente la fe del mayor número en las palabras y en las promesas, aleccionados los escarmientos de tantas aventuras y ensayos, preocúpase el país más de las realidades y de los hechos que de todos aquellos aparatos bulliciosos inspirados por apasionamientos efimeros ó forzadas manifestaciones que oscilan en sus vehemencias entre la apoteosis y la execración.

El país es mayor de edad, y en vez de entregarse á los lirismos románticos propios de la juventud del siglo, medita y argumenta. Á veces siente y se emociona en lo íntimo de su alma, en el sagrado del hogar; pero rehuye el darse en espectáculo y sólo trasluce lo humano y puro de sus sentimientos en una línea de conducta grave, respetuosa y de noble dignidad.

No corren las masas ya con músicas ni banderas ni hay prurito de aclamar ó de aplaudir en estrepitosas confusiones; pero empieza á ser más poderoso que nunca el imperio de la ley, el respeto á los poderes constituidos, el apoyo real y efectivo á unas instituciones que representan, unidos en inquebrantable vínculo, el derecho histórico y el derecho popular.

Á nadie se ocultan las dificultades y problemas de una minoridad tan dilatada; pero todos ven en la sucesión masculina mayor firmeza y estabilidad para las soluciones de lo porvenir.

Las incertidumbres y las nubes que se destacan sobre la cuna de la angelical criatura, entre cuyas grandezas ha de emboscarse tanta acechanza y

tribulación, están patentes á todo el mundo; pero no es menos cierto que la misma inocencia de un niño y la hidalga confianza de una madre que no tiene en su defensa el esforzado ánimo del compañero de su vida, son, en un pueblo pundonoroso y noble, escudo más prepotente que los ejércitos y fortaleza más indestructible que el acero.

La ola de las iras y de los odios, las tempestades de las ambiciones y de las discordias nos agitarán y combatirán á los hombres y los partidos políticos, que al fin podemos defendernos y vindicarnos; pero se estrellarán á los pies de esa cuna confiada á un pueblo y depondrán su furia ante las lágrimas de una dama y la sonrisa de un niño, que ahí están cumpliendo históricos deberes porque así lo ha dispuesto un providencial destino.

El jefe del Gobierno y los Presidentes de las Cámaras lo han dicho ayer: hay que cumplir la ley, sin la cual ni hay sociedad posible ni libertades seguras. Esa es la suprema razón: fuera de esas órbitas quedaría sólo algo más inseguro é inestable que la minoría de un rey niño, y es la lucha sangrienta de muchos hombres reyes de un mes, de un día y de una hora.

Ardua y delicada es la regencia de una reina; pero cien veces preferible á esa otra tutela ejemplar que se llama dictadura del sable y que imponen las sociedades cuando las violencias atropellan la majestad de las leyes.

\* \* \*

Á más de ese principio legal existe en el corazón y en el alma de este generoso país un sentimiento profundo, tanto más eficaz cuanto rehuye fragorosos alardes. Las amarguras y tristezas de la reina, que despiertan un interés tan atractivo hacia su persona augusta en todas las cortes extranjeras, no ha podido menos de inspirar una piedad inmensa, una simpatía respetuosa en esta tierra española.

Llamada un día á compartir el trono y á dominar el corazón de un rey tan joven, tan apasionado, tan lleno de alegría y de esperanza, mira interrumpido el poema del hogar, donde había reconcentrado ella toda su vida, y ve convertido en capilla ardiente el palacio de sus primeros amores. Cuando llora sin consuelo una viudez eterna siente en su seno un nuevo ser que nacerá sin padre y en un trono cercado de peligros y de amenazas, y aún arrancada á las expansiones del dolor y devorando las hieles de honda pena, vese obligada en defensa del derecho de sus hijos y en homenaje á la memoria del augusto muerto, á entender de la política, á estudiar los partidos, á aprenderse las leyes, á consagrar todo el tiempo y toda la inteligencia á un arte tan rudo y arriesgado como el de la gobernación de los pueblos.

La buena voluntad que ha demostrado se ha visto felizmente coronada por el acierto, y es prenda de que como hemos salvado estos primeros meses, los más difíciles y críticos, sin duda logrará el país, con el patriotismo de

todos, conjurar las perturbaciones que se conciten en nuestro daño, y apoyar lealmente esa obra patriótica con tanta decisión emprendida por la reina para continuar el próspero y glorioso reinado del rey Alfonso.

¡Plegue al cielo que el rey niño, criado al calor amoroso de su madre y dirigido por el espíritu de rectitud austera que la sirve de norma indeclinable, realice un día la leyenda de Víctor Hugo, aquella poesía inefable del recién nacido que reemplaza á un adorado muerto, y diga con sus hechos y con su patriotismo:

*«No lloréis; soy el mismo!»*

*(El Imparcial, 21 Mayo, 1886.)*

## Un cuento de Teófilo Gautier

(1879)

Amor, por dar vida, mata;  
Muerte, por matar, da vida.

(Del *Romancero*.)

En vano agotó el jefe del partido constitucional todos los recursos para cerrar los ojos al sueño reparador; había traído á su memoria varias sesiones de presupuestos, había contado hora por hora los siglos que llevaba lejos del poder, y recitado uno por uno los títulos de Castilla y las grandezas de España creados en los últimos años. El insomnio con sus ojos espantados é inmóviles como atacados de gota serena, y con su frente nublada por preocupaciones y sombrías incoherencias, le mantenía bajo su imperio, negándole el reposo que atenuara las amarguras de la vida. Imágenes luctuosas y fantasías del género realista más desconsolador agobiaban el ánimo del antiguo tribuno. Como patriarca de una familia política se conmovían sus entrañas ante las angustias y pesares de los suyos.

Los plazos vencidos, las esperanzas siempre prorrogadas, tanto ex-gobernador sin romper esa piedra sepulcral del fatídico *ex*, las masas gobernantes y administrativas que, como las notas en el arpa á la mano de nieve, llevaban tanto tiempo esperando oír el «levántate y anda» pronunciado por la mágica voz de la *Gaceta*, las estaciones todas de una oposición eterna, desde la simple nostalgia del ex-ministro hasta el *res augusta domus* del auxiliar, que fué, con 100 pesetas mensuales, desfilaban ante su mente sin hallarles más consuelo que el de las bienaventuranzas para templar aquella hambre y sed de justicia. El poder lo veía cada hora más lejos; las reclamaciones de los suyos más justas; sus exigencias más apremiantes; la solución imposible. Desvaneciósse en sus labios la bondadosa sonrisa que revela la tranquilidad de su espíritu, y lloró sobre las aflicciones del partido constitucional, como Jacob por la pérdida de José, como el profeta de los threnos ante las ruinas de Sion.

La noche avanzaba, y el sueño, como la libertad, seguía en el ostracismo. Convencido de esto, buscó distracción en la lectura el Sr. Sagasta y abrió al acaso un libro. El *médium vidente*, parlante é infalible que nos facilita esta trascendental y verídica revelación, ha tenido la merced de contarnos, letra

por letra, lo que leyó el jefe constitucional. Leyó un delicioso cuento de Teófilo Gautier, titulado «Avatar»; en aquellas páginas, que en sus colores semejan alas de mariposa y en su aroma hojas de reseda, hay un poeta enamorado de un imposible; nuevo Macías, ama á una hermosura ideal que jamás podrá corresponderle, porque el honor y una pasión inmensa la unen con dulce é inquebrantable cadena á su legítimo dueño. El pobre Octavio de Saville se siente morir de amor sin esperanza por la condesa de Labinski, cuando un doctor estafalario y puntiagudo que ha sorprendido el misterio de los éxtasis budistas le da estupenda receta para ver cumplidos sus delirantes ensueños. El doctor Cherbonneau, mezcla extraña de Mephisto y del conde Patrizio, ha inventado el medio de separar el alma del cuerpo, y hace con toda felicidad su primer ensayo de cambiar de almas á dos personajes tan antagónicos como el pretendiente y el marido. Hecha la operación con todas las precauciones consiguientes para evitar un extravío ú otro percance imprevisto, se encuentra, en un momento dado, el espíritu de Mr. de Saville dentro del cuerpo del conde de Labinski, y la propia ánima del conde se despierta aterrada dentro de la mismísima persona de su rival con la cédula personal, la familia y el estado civil que éste tenía antes del cambio de domicilio.

La original mudanza de alma hizo sonreír al discreto político, que, suspendiendo la lectura, volvió á reinar en el tema angustioso de antes. «¡Ah! —exclamó— si hubiera doctores Cherbonneau en el mundo, estaba resuelto el problema. Un par de meses de tener mi pensamiento á pupilo donde yo sé, y no quedaba un conservador liberal para contarlo.»

—Poco son dos meses—replicó una voz melosa y algún tanto sarcástica, como es de rigor que hablen los personajes fantásticos en los cuentos maravillosos.

Volvió la cara asombrado, pero nunca sobrecogido, el Sr. Sagasta, y reparó en una extravagante y mezquina persona fiel trasunto del individuo pintado por Gautier y que en todo su ser revelaba su filiación fantástica, su procedencia contraria á toda realidad y su profesión absurda.

—«Soy Baltasar Cherbonneau en persona—añadió el intruso haciendo una burlona ceremonia;—ha puesto usted en duda mi existencia, no ha creído en mi invento, cuando lo increíble es que no haya recurrido antes á mi ciencia; y á fe de contratista de obras públicas, que no me voy de aquí sin que por experiencia propia reconozca, no ya que mi invento es verdadero, positivo y tangible, sino que con la práctica y el ejercicio saco hoy un alma como una muela y coloco otra con más facilidad que Martínez Campos á un antiguo amigo.

No es preciso encarecer al lector que el jefe constitucional, ni creía á sus ojos ni á sus oídos. Pero al igual del Segismundo, de Calderón, tomó á beneficio de inventario la realidad dudosa, y como él debió decir: «soñemos, alma, soñemos».

Las cuartillas taquigráficas dictadas por los espíritus cronistas de este suceso han debido sufrir algún percance en la fiscalía de los *médiums*, porque á la manera de cierta célebre sesión de las Cortes, sólo tenemos un su-

cinto extracto del coloquio—ó usando el lenguaje de la actualidad—de la conferencia tenida entre el médico brujo y el prohombre español.

Mr. de Cherbonneau manifestó al Sr. Sagasta los progresos que había hecho su arte, atestiguándolo con muchos ejemplos de casos de gran notoriedad en la Península. Sólo por este procedimiento explicaba el hijo de Gautier cómo el conservador Sr. Cárdenas no había hecho en el poder más que llevar con un decreto la perturbación á la familia, y cómo el ateo Sr. Suñer, no hizo en todo el tiempo de su ministerio más que un obispo católico, apostólico, romano. Sólo á esas no explicadas transferencias anímicas puede atribuirse que demagogos furibundos preparen los gobiernos reaccionarios, y que hombres encanecidos en la política de resistencia fueran en un día dados los *buñoleros* del tumulto. Esta alusión al personaje tan conocido de los taurómacos no nos parece de gusto muy irreprochable; pero tal se halla consignada en las notas oficiales del original espiritista.

Al principio hubo de costar trabajo á Mr. Cherbonneau, según dijo, introducir la costumbre en España, y hartos experimentos le salieron mal, pues por la precipitación le resultaron algunos con el alma atravesada, de que se ven curiosos ejemplos por esos mundos. Pero perfeccionado el sistema con los últimos aparatos, el trasplantador de espíritus se ofrecía al Sr. Sagasta para llevar su alma constitucional nada menos que á la propia persona del entonces Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo. «Y no hay que poner reparos, añadía Mr. Cherbonneau, porque, de otro modo, ni usted ni sus amigos llegarán al poder hasta el *dies irae* que cantan en los responsos. Los deberes de jefe y de compañero le imponen á usted el sacrificio. Dígame una sola palabra, y antes de cinco minutos está usted en la calle de Fuencarral poniéndose los quevedos del Presidente y respirando las nubes de incienso y aun de espliego en que *La Política* y *El Diario Español*, víctimas del *quid pro quo*, le seguirán envolviendo; y donde no, condena usted á su partido á oposición y ayuno perpetuos.

—Pero ¿y el alma de Cánovas, qué va usted á hacer con ella?—interrogó preocupado Sagasta.

—Aquí la traigo aletargada entre unas páginas de la Decadencia de la casa de Austria. Si mi señor D. Práxedes acepta el cambio, aquí se quedará á vivir en el cuerpo desalquilado y mañana será jefe del partido constitucional, de quien no se puede negar que es partido de esperanzas, ó por lo menos de espera.

El Sr. Sagasta se acarició con energía la barba, se mesó la cabellera, y después de discurrir sobre la perspectiva del poder como si preparara maquiavélico [programa, exclamó: ¿Y si cuanto yo trabaje por hundir á los canovistas, lo hace mi sucesor accidental por perder á mis constitucionales?

—El Gobierno es omnipotente en España.

—¿Me permite usted siquiera consultar con el Duque?

—Los militares no pueden ocuparse en política según la ley, y en estas transacciones espirituales no hacen al caso los consejos de la espada.

Nuevas dudas y nueva preocupación en el jefe constitucional.—¿Me em-

peña usted su palabra de brujo de bien como garantía de que al expirar los dos meses verificará el trastrueque?

— Ya dije que dos meses eran poca cosa, y aun eso sin contar que tan bien puede irnos, que, como dice Sancho, comeros heis las manos detrás. No acepto condiciones; si encuentra su excelencia otro camino más verosímil de arribar al banco azul, la Magdalena le guíe y la Trinidad de Munich le valga. Aquí está la grande alma de Cánovas, que con apéndice de sus teorías me pesa como la losa de plomo de marras: ó resignarse ó rebelarse.

.....

Pocos momentos después, algún periodista trasnochador ó algún sereno despierto pudo observar un pequeño foco de luz verdosa y transparente que, saliendo por un balcón de casa del Sr. Sagasta, cruzaba el aire echando chispas hacia la calle de Fuencarral y produciendo extraños, tenues y discordantes sonidos, así como lejano eco de una música que al mismo tiempo ejecutara la Marcha Real, el himno de Riego y alguna reminiscencia de La Marsellesa.

## II

Un dilema imposible de retorcer se presenta á los espíritus incrédulos que se atreven á calificar de fábula estrambótica la reproducción fidelísima del «Avatar» de Mr. Gautier. Ó es cierta y digna de toda fe la transmigración del alma del Sr. Cánovas á la del Sr. Sagasta y viceversa, ó es absurda, indescifrable y fuera de toda realidad la historia política de ambos jefes en este último año de gracia ó de desgracias.

En nuestro respeto á la lógica y al carácter de ambos prohombres, preferimos creer en aquella hechicería extranatural antes que admitir que libre y conscientemente se ha dedicado el jefe conservador á hacer cuanto pudieran aconsejarle sus más implacables enemigos, y que lleve tanto tiempo el señor Sagasta haciendo de Cánovas en la oposición. No hay, por lo tanto, inconsecuencia en ninguno, sino un *quid pro quo* que conviene aclarar, refrescando la memoria sobre los incidentes contradictorios de más bulto.

La noche de la transformación, por ejemplo, acababa el jefe conservador de extender una nota á la prensa oficiosa para que publicara la noticia de la pensión generosamente concedida á una infeliz viuda. Fresca estaba la tinta cuando se incautó Sagasta de la persona exterior del presidente, y lo mismo fué ver la minuta que hacerla trizas, exclamando con el placer de los dioses: «¡En qué apuro va á poner á Cánovas mi otro yo, el jefe de la oposición de S. M.!» Y con efecto, el Sr. Sagasta aparente, que era Cánovas por dentro, se acordó de la pensión y lanzó la noticia en pleno Parlamento sin que nadie imaginara por dónde la había sabido, y ¡cómo se reía para su capote el alma

de Sagasta cuando observaba el efecto moral de su traviesa omisión que llenaba de júbilo á sus constitucionales!

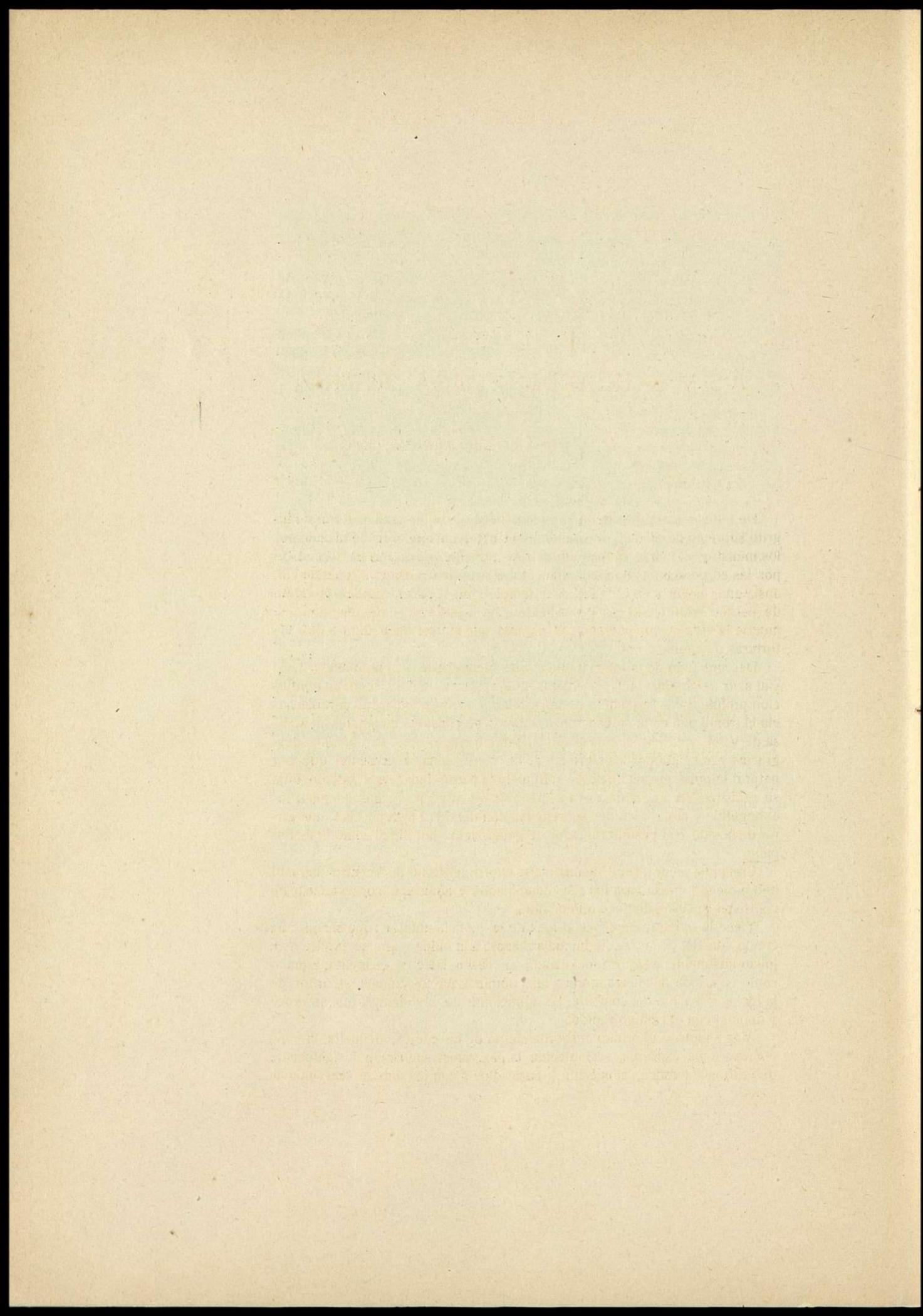
Y á poco que se observe con mirada escrutadora la conducta y el tono de uno de los dos prohombres, ha de saltar á la vista el fondo de la verdad de la declaración con que nos ha favorecido el arte de Allan Kardec.

El Sr. Sagasta de hoy—el lector sabe á qué atenerse sobre la identidad de su espíritu—no es aquel tribuno que tronaba desde la montaña progresista; no es tampoco el hombre emprendedor de las iniciativas del 66 al 69; no es el ministro conservador de las conquistas revolucionarias, que sostenía en una mano los principios democráticos, mientras que enfrenaba con la otra el delirio demagógico. No es el hombre de Estado de la dictadura, ni siquiera aquel orador de las primeras Cortes de la Restauración, cuyos discursos relampagueaban la cólera de su partido y á las veces emprendía amenazador la senda del Aventino. Una calma casi majestuosa lo caracteriza; en el hablar es más mesurado y hasta dogmático; prescinde de todo recuerdo alusivo á la Revolución; ha cambiado en sus predilecciones; su política, que antes respiraba con ansia las ráfagas más liberales del polo que señalan los señores Romero Ortiz y Balaguer, sólo halla hoy regocijo y encanto al lado de los Navarros Rodrigos, León y Castillo y Albaredas.

.....  
.....  
.....

Hace ya algunas semanas que no cesa de enviar correo sobre correo al endemoniado del doctor Cherbonneau para que restituya á cada partido su verdadero jefe; pero el doctor espiritista ha manifestado que no puede venir hasta no terminar la operación más difícil que ha emprendido en su vida secular, cual es el cumplir una disposición testamentaria de Mr. Thiers colocando en el cuerpo de Mr. Gambetta el alma de un verdadero hombre de Estado. Algunos meses lleva trabajando, pero aún teme no poderlo conseguir en lo que resta de siglo.

(*El Imparcial*, 31 de Octubre de 1879.)



## Á S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA

(4 de Octubre de 1886.)

SEÑORA:

De todos los ámbitos de la Península llega hasta las gradas del trono un grito supremo de piedad, un clamor anhelante de misericordia bendecido por los ministros del altar, transmitido por los príncipes de la Iglesia, formulado por las corporaciones donde la ciencia y el arte tienen asiento, repetido con ansia en el hogar y en el taller, en el templo y en la plaza, súplica ferviente de perdón santificado por las ardientes lágrimas de hijas que disputan á la muerte la vida de sus padres y de esposas que sufren hace quince días las torturas de agonía cruel.

Desconfiando de la razón política, que suele obedecer á mudable criterio y al azar de circunstancias pasajeras, la gran masa del país, con una intuición profunda y gran instinto de la realidad, converge todas sus miradas hacia el trono, poniendo su esperanza y fiando su consuelo en el alma generosa de V. M. y en ese su corazón nobilísimo, torturado por tan hondas desgracias y anegado por las lágrimas de un dolor siempre presente: que por natural impulso en sus duelos y sufrimientos ha de tener este pueblo toda su confianza en una reina, cuya espléndida juventud ha acibarado pena inextinguible y cuyas virtudes sobrellevan con dignidad ejemplar las amarguras de la vida y el peso abrumador de gobernación tan difícil como la de España.

Creemos, señora, servir lealmente la causa del trono de vuestro augusto hijo pidiendo gracia para los reos condenados á muerte á consecuencia de los tristes sucesos de hace quince días.

Tiene la opinión tan especial idea de la justicia militar, que siempre ha creído que la pena seguía inmediatamente á la culpa y aun se explica este juicio fácilmente, porque funcionando en casos tales el elemento armado como en acción de guerra, parece que dominan en los ánimos el ardor de la lucha, la pasión del combate, las agitaciones de la violencia, que se vence y domina con el castigo rápido.

Mas templado el primer desbordamiento de los enojos, devuelta la normalidad á los espíritus, restablecida la paz, mostrándose lo insignificante del estrago público, empiezan á pasar días y con los días se reacciona la

opinión, olvidase de los males sufridos para acordarse sólo de las vidas amenazadas, y en breve aún aquellos que clamaban por represión cruel, sienten amarga angustia en las entrañas por la agonía prolongada de los reos, y levantan sus manos suplicantes hacia el trono demandando perdón y clemencia.

El tiempo, ese factor decisivo en la vida de los hombres, es tenido en ciertos casos de derecho como atenuación y á veces liberación de grandes delitos. La ley reclama en dichas causas gran número de años; pero ¡cuántos años de agonía no han pasado en estos quince días transcurridos los delinquentes por quienes pedimos! ¡Qué eternidad de sufrimientos para esas familias acongojadas en este plazo en que cada día les parecía el último de la existencia y cada hora el momento fatal de las ejecuciones! No; la muerte en un plazo de cuarenta y ocho horas no es pena comparable á tal suplicio padecido por esas familias entre la desesperación y la súplica, entre el horror de la tumba y el convulso rebuscar piedad en todas partes sin hallarla en ninguna.

Toda España sigue conmovida esa peregrinación que espanta de una heroica hija que va de puerta en puerta pidiendo piedad para su padre, y que exhausta de fuerzas y de vida, retorciéndose en las congojas de un dolor supremo, aún clama y pide las bendiciones del cielo para las almas clementes y generosas como la de V. M. No habría culpa que no se apreciara reducida en cierto orden moral de consideraciones ante esos horribles sufrimientos y espantosa tortura de tantos días.

Si por el ejercicio de la gracia de indulto corriera peligro el trono de vuestro augusto hijo, y por lo tanto la paz y la prosperidad de España, nos reduciríamos á un silencio resignado, viendo con dolor un nuevo sacrificio de vidas al genio insaciable de la discordia, ensañada en devorar la Patria.

Mas por fortuna el sentimiento de piedad se asocia esta vez con las más altas conveniencias políticas. Aquí, donde el rigor no espanta, la clemencia seduce y fascina.

No hay cadenas que sujeten más á un pueblo hidalgo y bien nacido que las de la gratitud, ni vínculos más inquebrantables que los de la confianza y el amor.

País extraño es el nuestro en que las vicisitudes del destino hacen que las glorias de unos sean delitos de los otros y que en actos semejantes sirvan á unos de escabel del poderío y á otros para banquillo de reo de muerte. De estas duras alternativas, que ofrecen sarcasmos horriblos de la historia contemporánea y hieren á veces cruelmente la conciencia pública, el país ha sacado la convicción de lo estéril de las represiones sangrientas y este supremo instinto de perdón que estalla con fuerza casi unánime cuando el escarmiento no sigue inmediatamente al hecho punible.

De tal suerte nuestro país se halla compenetrado de estos afectos exclusivos de nuestra Patria, como lo son, por desgracia, los males que los motivan, que los mismos elementos, si los hay, que ahora pidan rigor inflexible, pasados unos meses tal vez sean los más enérgicos censores del gobierno,

echándole en rostro la sangre derramada como tributo satisfecho á la falta de previsión ó vigilancia.

La firmeza no es la severidad inflexible, cuando las leyes dejan margen al indulto, ni en las circunstancias actuales menos que en ninguna otra puede nadie ultrajar los sentimientos generosos, achacándolos á debilidad en los poderes.

Para perdonar se necesita más valor que para ser rígidamente severo. El perdón sería hoy, no sólo sublime, sino heroico.

Porque nadie ha de pretender que el trono y la paz queden indefensos, y el indulto representa una campaña enérgica, inteligente y tenaz que vigorice los resortes todos de la seguridad del Estado.

No con cadalsos ni ejecuciones se arraigan y fructifican los poderes de la nación y las dinastías reinantes.

Pasarán los tiempos y con ellos la obsesión de las circunstancias, pero siempre permanecerá vivo en el corazón de los españoles el agradecimiento á la clemencia de S. M. la Reina. La Historia, que ha censurado cien veces los excesos del rigor, siempre ha tenido juicios amorosos para la piedad de los reyes que perdonan.

Estamos en los principios de un reinado: las virtudes y bondades de V. M. son columnas del trono más firmes que los partidos monárquicos y que la misma fuerza material, pues dominan la opinión y cautivan las simpatías del país.

Á su gran corazón de madre y de cristiana recurrimos cuantos, perdidas otras esperanzas, sólo confiamos en la augusta viuda del buen rey D. Alfonso XII. Que ese corazón hable, y enmudeciendo la fría razón de Estado, un grito de júbilo y de agradecimiento resonará en esta Patria idólatra de todo lo grande y de todo lo noble.

Y cuando esa oleada de gratitud y de amor lleve sus gratos ecos á los oídos de las tiernas princesitas y arrullen en su cuna al rey niño, los ángeles que hablan en sueños con los pequeñuelos les contarán la inefable historia de una reina que, porque ha llorado mucho, no quiere que otros lloren, que pudiendo intimidar por la fuerza quiso imperar por el amor; y que esa reina es la madre que vela por su vida, y para que á ellos los quieran siembra piedad y clemencia en la tierra española tan fértil en hidalgúas.

(De *El Imparcial*.)

